

Juanito únicamente, á su querido Juanito; pues Rafael, el pobre muchacho, metido en el mundo elegante, nada sabía de las «materialidades» de la vida, ni tenía bienes propios como su hermano mayor. Pero el bondadoso hortera se mostró más duro que su madre esperaba. El amor le había transformado; mas en vez de hacerlo soñador excitaba sus instintos de economía, predominando en él las aficiones de su padre, lo que su tío y don Eugenio llamaban «sangre comercial».

Que nadie le tocase su huerto de Alcira. Y no es que amase gran cosa una finca que sólo veía una ó dos veces por año. Deseaba convertirla pronto en dinero; pero los ocho mil duros limpios que pensaba sacar de ella eran la base de su porvenir, la realización de sus ilusiones, el medio de establecerse y convertir á Tonica en dueña de una gran tienda de telas.

Doña Manuela experimentó gran extrañeza al tropezar con una tenacidad que nunca había supuesto en su hijo. Se negaba resueltamente á firmar otro pagaré garantizando el crédito de su madre, y menos consentía aún en hipotecar su huerto para adquirir los tres mil duros.

—No, mamá—decía tímidamente, pero con firmeza—; no puedo. Ya sabrá usted más adelante que eso no es posible. Necesito mi dinero; y además, á mí me repugna eso de hipotecas, pagarés y préstamos de los usureros. Como dice el tío, eso queda para las gentes perdidas.

Pero deseaba salvar á su madre del compromiso; encogíasele el corazón al verla tan hermosa, tan «señora», con los ojos llorosos y la frente surcada por dolorosas arrugas, y buscaba mentalmente un medio para sacarla de la situación.

Era posible que don Antonio Cuadros, que tan rápidamente se enriquecía... Pero no. El enérgico

gesto de su madre le dió á entender que no consentía auxilios que lastimasen su amor propio. Tal vez más adelante ella no diría que no, cuando se reanudasen las amistades; ahora, desde la despedida de Andresito, eran bastante frías.

Y Juan, no atreviéndose á nombrar á su tío, dejó de proponer soluciones.

—Lo del huerto no lo consiento... Pero no llore usted, mamá... No llore... ¡Qué demonio! Para todo hay remedio en este mundo. ¡Si no se gastase tanto en esta casa!... No se enfade usted, mamá. Sí; ya sé todo lo que va á decirme: el decoro de la familia, la necesidad de sostener el buen nombre, la conveniencia de colocar bien á las niñas... La verdad es que se necesitan tres mil duros, y que no se adquieren en unos cuantos días economizando. Lo del huerto no lo consiento, lo vuelvo á repetir... Pero en fin, para que usted no esté triste, le prometo encargarme del asunto. Yo lo arreglaré, y poco he de poder ó la próxima semana tendremos ese dinero.

Pero Juanito, como enamorado, tardó en cumplir sus promesas. Sus amores con Tónica, aquella luna de miel ideal, el afán de acompañarla á todas partes, hablando de su porvenir, le tenían tan distraído, que si no olvidó sus promesas, fué difiriendo su cumplimiento siempre para el día siguiente.

Su madre le lanzaba en la mesa miradas interrogantes; le llamaba aparte para saber cómo iba «aquéllo»; y cuando él se excusaba con sus ocupaciones en la tienda, estremecíase ante el gesto doloroso de doña Manuela.

Fué el Jueves Santo por la mañana cuando Juanito se decidió á emprender el asunto. La tienda estaba cerrada. Tónica saldría de casa con su vieja amiga; y él, no sabiendo qué hacer, decidióse á ir en busca de su tío.

A las once salió á la calle. La mamá y las her-

manitas estaban dando la última mano al tocado de circunstancias: el crujiente vestido de seda, el velo de blonda, y al puño el rosario de oro y nácar. Iban á una de las principales iglesias, á sentarse tras la mesa petitoria de una comunidad de origen extranjero, á la hora en que la gente elegante reza las estaciones.

Juanito, á pesar de la anual costumbre, sintióse impresionado por el aspecto de la ciudad. Las tiendas cerradas, el adoquinado silencioso, sin que una rueda lo conmoviese; las gentes vestidas de negro, con aire solemne. Parecía que por la ciudad pasaba una epidemia, despoblando las casas y ahuyentando el ruido de las calles. El profundo silencio turbábalo de vez en cuando los tercetos de ciegos que, agarrados del brazo y golpeando el suelo con sus garrotes para orientarse, iban por el arroyo sin miedo á ser atropellados, prorrumpiendo en lamentaciones poéticas que, en tono quejumbroso, relataban la pasión y muerte del Redentor. Los pasos de los transeúntes sonaban en las aceras como un áspero y ruidoso frotamiento, y aglomerábase la gente en las puertas de los templos, negras y profundas bocas que lanzaban á la fría calle el denso vaho de su interior.

Los soldados, con uniforme de gala y las manos yertas dentro de los guantes de algodón, iban á visitar las estaciones, turbando el general silencio con el arrastre acompasado de sus pies é impregnando el ambiente de ese olor de salud, mezcla de carne sudada, cuero y lana burda. Los caballeros maestrantes lucían sus uniformes oscuros, los sanjuanistas su cruz roja, y hasta los oficiales de reemplazo y los del batallón de Veteranos se adosaban los arreos militares para acompañar á la señora en la visita á los templos y lucir de paso sobre el pecho las recién frotadas cruces. Era un desfile bri-

llante de autoridades y uniformes, que admiraba á los papanatas; grupos de chicuelos y mujeres se agolpaban ante los Eccehomos que se exhibían en las calles sobre un pedestal: imágenes manchadas con brochazos de sangriento bermellón, la corona de espinas sobre las lacias y polvorientas melenas que agitaba el viento, una caña entre las manos y á los pies una bandeja con céntimos y un viejo pedigüeño.

Al llegar Juanito al barrio de las Escuelas Pías entró en una calle estrecha donde estaba el caserón de sus abuelos, una interminable fachada pintada de azul claro, en la cual, como por compasión, rasgaban el grueso muro algunos balcones y ventanas, á gran distancia unos de otros.

Juanito recordaba su niñez. Se veía muchacho pelón jugando con los chicos de la vecindad—los días en que su tío lo convidaba á comer—en aquel portal inmenso, obscuro, rezumando humedad por entre su empedrado de guijarros. Los recuerdos de la niñez seguían despertándose en él á la vista de la vieja escalera con su pasamano de caoba, rematado por un leoncito borroso y gastado, y de sus peldaños de azulejos del siglo anterior, en los cuales veíanse navíos sobre un mar morado, con banderas más grandes que el casco, embozados de gruesas pantorrillas blancas con sombrero de picos y huer-tanas con cestos de frutas, todo en colores tostados y chillones.

Vicenta, la vieja criada del tío, fué quien abrió la reja que obstruía la escalera. Juanito era él único pariente del señor á quien toleraba la vieja sirvienta. Le saludó con una sonrisa de su boca oscura y desdentada, y como de costumbre, no preguntó por su mamá ni sus hermanas. Aborrecía á aquellos parientes del amo, sabiendo la poca estima en que éste los tenía. Don Juan estaba arriba, en los por-

ches, dando de comer á los palomos y á las gallinas.

La criada y el sobrino hablaban en un rellano de la escalera, desde el cual se veían algunas habitaciones. El las conocía perfectamente, y subsistían en su memoria con todos sus detalles estrambóticos. Desde allí percibía el tufillo de las habitaciones cerradas años enteros; aquel ambiente rancio, húmedo, cargado de polvo, que con la diaria limpieza mudaba de sitio sin salir de la casa, y expulsado por la escoba de los rincones iba á caer un poco más allá.

La afición de don Juan á visitar almonedas, comprándolo todo con tal que fuese barato, había convertido su casa en una prendería. Las salas eran grandes como plazas, las alcobas podían servir de salones de baile; y á pesar de esto, no había un palmo de pared libre de muebles ó adornos. Los armarios colosales se contaban á docenas, todos de roble viejo, con tallas tan complicadas como sus enormes cerraduras; los cuadros, buenos ó malos, llegaban hasta el techo, las sillerías incompletas y de distintos colores, no encontrando espacio junto á las paredes, esparciánse por el centro; todo estaba ocupado, como si la casa fuese un almacén, un depósito de rapiñas verificadas al azar; y aunque todas las piezas estaban abarrotadas, la casa sonaba á hueco, y la soledad despertaba esos ecos misteriosos de las grandes viviendas abandonadas. Mirando los solones interminables que parecían iglesias, pensábase involuntariamente en la noche, cuando las sombras ahogaban la macilenta luz de la candileja del avaro y los pasos del viejo y su criada sonaban como en el interior de una cripta, en un medroso silencio interrumpido por los crujidos de la madera vieja y las veloces carreras de las ratas.

La manía de adquirir todo lo barato daba á la

casa un tono grotesco. Sobre la puerta de la escalera destacábase una testa de toro disecada, con unas astas que daban frío. Juanito tenía presente los enormes monos trepando por un tronco, con el lomo apolillado y calvo, y los pájaros vistosos, á quienes no se podía quitar el polvo sin que cayesen las plumas; adquisiciones de almoneda, que convertían en un arca de Noé el gran salón, con su techo al fresco, donde jugueteaban amorcillos descoloridos y macilentos por la pátina de un siglo entero, y con sus enormes consolas doradas sobre las cuales se ostentaban grupos de frutas contrahechas, uvas y melocotones, cuya cera perdía los vivos colores bajo la capa de los años.

—¿Conque el tío está arriba?

—En los porches lo encontrarás, Juanito... Sube, que yo voy á la cocina. Creo que se quema el potaje.

Y el muchacho siguió subiendo la escalera, que ya no era de azulejos vistosos, sino de tostados baldosines. Aquellos peldaños habían sido cincuenta años antes el camino de una gran industria. Centenares de obreros los pisaban todas las mañanas, y por allí descendían, recién salidos del telar, los floreados damascos, los brillantes rasos, la seda listada, todas las magnificencias de una industria oriental que daba á Valencia fama y prosperidad. Ahora era la escalera de un panteón, y se sentía malestar oyendo cómo el eco repetía y agrandaba los pasos.

Los porches eran inmensos. Un taller que se perdía de vista, ocupando todo el último piso del caserón; un bosque de maderos y cuerdas, invadido por las telarañas; una confusión de telares que, inactivos y muertos, parecían siniestras guillotinas, complicadas máquinas de tormento.

Juanito tardó en ver á su tío, agachado entre dos telares, en mangas de camisa, ocupado en ar-

mar una ratonera. A pocos pasos de él, una docena de gallinas picoteaban en un barreño, y por encima de los travesaños y redes de los telares aleteaban los palomos, lanzando su arrullo adormecedor.

—¿Eres tú, Juanito?—exclamó el tío al levantar la cabeza—. No te esperaba. ¿Vienes para que hagamos juntos las estaciones? Pues no pienso salir hasta la tarde.

Y don Juan, abandonando la ratonera, fué hacia su sobrino con la sonrisa paternal, bondadosa, que reservaba para Juanito aquel hombre duro y malhumorado con todos.

La mirada curiosa é interrogante del sobrino llamó su atención.

—¿Desde cuándo no has estado aquí?... Creo que desde que eras un chicuelo y subías á enredar con tus compinches. Lo menos hace veinte años... Está bien arreglado, ¿verdad? Las ventanas cerradas, los postigos de arriba alambrados, para que entre el sol y el aire... Me he gastado una barbaridad de dinero: lo menos doce duros; pero tengo un palomar en el que se criarían perfectamente todos los animales de pluma que entran en la plaza Redonda durante medio año. El único inconveniente son las malditas ratas. No hay ratonera ni polvos que puedan con ellas. Parece que los telares paran las ratas á montones. ¡Y qué atrevidas! ¡Degüellan á los polluelos, se comen las crías, y cualquier día creo que bajarán para devorarnos á Vicenta y á mí! ¿Y lo desvergonzadas que son?... ¡Mira... mira!

Y al mismo tiempo que señalaba á un extremo del vasto taller, cogió un pedazo de madera y lo arrojó con fuerza al lugar donde se agitaba el terrible roedor. El proyectil, pasando por entre los telares, rebotó sobre un poste, cayendo casi á los pies del tío.

—¡Se escapó!... ¡Figúrate lo que harán esas maldi-

tas cuando estén solas. Se comen más palomos y gallinas que yo, rompen los huevos, y resulta que hago gastos para mantenerlas regaladamente. El día menos pensado mato todos los animalitos, y se acabó la diversión.

Y mientras decía esto, por no estar inactivo, cogía de un telar la cazuela llena de granos, lanzando con voz de falsete un *¡pul! ¡pul!*... interminable, y arrojaba puñados al suelo, arremolinándose en torno de él las gallinas y palomos, escandalosas, agresivas, disputándose aquel maná con furiosos picotazos.

Juanito seguía contemplando el aspecto desolado del porche: el techo, de cuyas viguetas pendían largos pabellones de telarañas; los telares, que en sus superficies planas tenían capas de polvo cuya formación suponía docenas de años; las ventanas, con sus cerraduras enmohecidas y arriba unos enrejados por los que lanzaba el sol barras de luz en cuyo interior danzaba un mundo de moléculas.

El joven recordaba confusamente las grandezas que había oído de boca de don Eugenio: los recuerdos gloriosos del arte de la seda, los brillantes trabajos de los *velluters* que cincuenta años antes hacían danzar las lanzaderas allí mismo, desde el amanecer hasta la noche; y sentía cierta pena, un malestar extraño, como si se encontrara ante las ruinas de una ciudad muerta y todavía vibrasen en el espacio los últimos estallidos de la catástrofe. Aquello era un panteón al que no se había quitado el andamiaje; la ruina y el silencio habían pasado por allí, petrificando el taller, antes ruidoso y ensordecedor.

La melancolía del joven parecía comunicarse á don Juan, que ya no arrojaba granos á sus aves.

—¡Cómo está esto! ¿No es verdad que entristece?... Y menos mal para ti, que no has conocido los

buenos tiempos, cuando desde el amanecer reinaba aquí un estrépito de dos mil demonios, y abajo, tu abuelo y yo sentíamos temblar el techo al empuje de los telares, mientras arreglábamos cuentas ó sacábamos de los armarios las ricas piezas para enseñarlas á los compradores... ¡Ah, qué tiempos aquellos!...

Y el viejo se conmovía, coloreábase su tez, gesticulaba con entusiasmo, y sus ojos brillaban como si viese en movimiento aquel centener de telares y una turba activa y laboriosa en torno de ellos.

—Aquí, en estos talleres, estaba la riqueza y la honra de Valencia; aquí trabajaban los *velluters*, aquella gente que por su tonillo docto era el prototipo de la pedantería, pero que resultaba respetable por ser la fiel guardadora de las costumbres tradicionales, la sostenedora de ese carácter valenciano, sobrio, alegre y dicharachero, que casi ha desaparecido. ¡Qué hombres aquellos! Tenían sus defectos, Juanito; pero así y todo, los cambiaría yo por los hombres de hoy. Su carácter era sutil como la seda; acostumbrados á las labores difíciles, menudas y complicadas, eran meticulosos, y tan amantes de la equidad, que hasta se cuenta como chiste que uno de los del gremio hizo parar una vez la procesión para recoger del palio una pasita que se le había caído comiendo en la ventana. Esto será ridículo, pero á mí me entusiasma. Con hombres así no había miedo á ser robado, y la confianza entre amos y obreros era completa. El tejedor entraba de aprendiz en un taller, y sólo lo abandonaba para irse al cementerio. Todos los trabajadores de la casa me vieron nacer. Eran como de la familia... ¡Oh, qué tiempos aquellos!...

Y don Juan, animado por sus rancios entusiasmos, entornaba los ojos, como para ver mejor el hermoso cuadro del pasado.

—Ahora—continuó, apoyando sus palabras con pataditas nerviosas—, ahora, todo muerto por culpa del maldito Lyon, de esos gabachos que con sus máquinas endiabladas nos han arruinado... Ya no hay moreras en la huerta; en las barracas se ha perdido la memoria de las cosechas de capullo, y ha muerto una industria... industria no; un arte que nosotros, aunque cristianos viejos, heredamos directa y legítimamente de nuestros abuelos los moros... ¿Y en esto consiste el progreso? ¿En que unos pueblos roben á los otros sus medios de vida?... Pues me *futro* en él y en los que le defienden.

Y el viejo, siempre circunspecto y bien portado, animándose con la indignación, hacía ademanes tan enérgicos como incorrectos para manifestar el desprecio que le merecía el progreso condenado.

—Y no es que yo maldiga los adelantos—dijo después, como si se arrepintiese—; sobre todo me gusta que vayan á Madrid en menos de un día, cuando en mis tiempos se necesitaban nueve de galera y hacer testamento. Pero me enfurece que lo que estaba bien, y muy en su punto, venga el señor Progreso y lo eche á perder con su afán de revolucionarlo todo. Callaría si el arte de la seda hubiese ganado algo con nuestra ruina; pero me sublevo al ver que lo de allá, que es lo que priva, ni es arte ni nada. Industrialismo vil: estafa y nada más. ¿Dónde están los tejidos de pura seda que un puñal no podía atravesar? ¿Dónde los terciopelos que pasaban de abuelos á nietos, como si acabasen de salir de la tienda? Aquello acabó, y ahora sólo queda la sedería de Lyon, «mírame y no me toques», algodón malo, géneros que no duran un año, porquerías con las que van tan orgullosas estas señoritas del día... ¿No es esto, Juanito? ¿No lo ves tú así?

Y el sobrino contestaba á todo con afirmativas cabezadas, muy preocupado en su interior por el

modo como expondría la pretensión que le llevaba allí. La aprobación de Juanito templó las iras del viejo.

—No creas por eso que me forjo ilusiones. Esto está muerto y bien muerto. No es culpa de los de allá, sino de la gente de aquí. Se acabó el buen gusto. Hoy se tiene horror á lo que es rico y vistoso; los señores visten como los criados; todos van de obscuro, como sacristanes; el chaleco, que es la prenda que da majestad á la persona y pregona su clase, es de la misma tela que los pantalones; ya no se ostenta sobre el vientre el terciopelo floreado, aquellas rayas de cien colores que tanto golpe daban en mi juventud, y hasta los labradores se encajan la blusa y el hongo, como asistentes, y se ríen cuando sacan del fondo del arca el chupetín de raso de sus abuelos, la faja de seda y el pañuelo de flores, que tanto lucían en los bailes de la huerta... ¡Y las mujeres? No me hables de ellas... ¡Valientes imbéciles! Ni en las aleluyas del mundo al revés... Se visten como los hombres, con lanilla inglesa; van feas como demonios con esos colores de enterrador, apagados, sombríos; y en el verano gastan, cuando más, percal de tres reales, con lo que creen ir tan elegantes. ¡Oh, aquellos tiempos míos! Se estrenaba menos, era menor la variedad, pero se lucían cosas buenas y sólidas, que pasaban docenas de años en los roperos sin que hubiera polilla con valor para hincarlas el diente. ¡Todo se ha perdido! ¡Adiós, cortinajes de damasco! ¡Abur, seda chinesca! Ahora adornan los salones con unas telas ásperas, de tejido burdo y borroso; y cuando no, para que la cosa tenga «carácter» (¡vaya una palabra!), echan mano de las mantas jerezanas y arman una decoración de taberna.

Y el viejo, con el bigote un tanto erizado y los mongólicos ojos echando chispas, se movía y bra-

ceaba furioso, como si arrojara su indignación á la cara de un ser invisible. Su voz despertaba ecos en el inmenso porche, más silencioso que de costumbre por la calma en que estaban las calles; y á pesar de que las gallinas y los palomos picoteaban en torno de él, quitando grandeza á la escena, don Juan parecía un personaje bíblico, un profeta desesperado gimiendo lamentaciones ante las ruinas de la ciudad amada.

Pero no era el avaro hombre capaz de entregarse por mucho tiempo á esta indignación con arranques líricos.

—Pero vamos á ver, muchacho... ¿á qué has venido?... Algo te trae aquí. Lo adivino en tu preocupación.

Juanito balbuceó, sorprendido por esta pregunta inesperada. Sí... Algo tenía que decirle á su tío; pero le turbaban tanto los ojos interrogantes de éste, la calma con que esperaba su respuesta, que se le embrollaban sus pensamientos y no sabía cómo empezar.

—Es cuestión de la mamá... ¡Si usted supiera, tío!... Está en situación muy apurada.

Y rápidamente, sin tomar aliento, como si arrojara lejos de sí un peso asfixiante, disparó las pretensiones de doña Manuela, aquella demanda de quince mil pesetas, cantidad necesaria para salvar la honra de la familia.

—Y bien, muchacho: ¿qué es lo que quieres decirme con todo esto?

—Que usted... como hermano... como tío mío que es, podía...

—Nada puedo, ¿lo entiendes?... Nada, absolutamente nada; y más tratándose de tu madre.

El viejo dijo esto con un acento que no daba lugar á dudas. No había que esperar que retrocediese en su negativa.

—¿Es que aún no conoces á tu madre? ¿No te he dicho muchas veces quién es?... ¿Que debe?... Pues que pague; y si no tiene con qué hacerlo, que sufra las consecuencias. He jurado no tenderle la mano aunque la vea con agua al cuello. Si fuese como Dios manda, una persona arregladita y económica, la sangre de mis venas le daría; pero á una derrochadora, que sólo se acuerda de su hermano en los apuros, y cuando tiene cuatro cuartos desprecia sus consejos, á esa no le doy ni esto.

Y metiéndose la uña del pulgar entre los dientes, tiraba con fuerza, produciendo un chasquido.

—De seguro que ella es la que te envía aquí.

—No, tío; puede usted creermelo. Vengo por mi propia voluntad.

—Pues entonces—dijo sonriendo el ladino viejo—es que ella te ha pedido á ti el dinero, y vienes á ver si lo saco yo.

Enrojecióse el rostro de Juanito al ver que su tío adivinaba en parte la verdad.

—No niegues, muchacho; la cara te hace traición... Oyeme bien: si eres tan imbécil que te dejas explotar por tu madre, no cuentes con el cariño de tu tío. Lo que te dejó tu padre para ti es, y no para que se lo coman tus hermanitos los cachorros de Pajares. Vamos á ver; di la verdad: ¿No te ha metido Manuela en sus trampas? ¿No te ha hecho firmar algún pagaré? La verdad, y nada más que la verdad.

La mirada del viejo era fija, inquisitorial, escudriñadora; pero Juanito tuvo serenidad para mentir.

—No, señor; nada he firmado.

—Te creo, y lo celebro. ¡Mucho ojo, muchacho! Tu madre tiene hambre de dinero, y de seguro que no pierde de vista tu fortunita. No quiero que te roben. Cuando yo muera, tendrás más, algo más que ese huerto de Alcira; no quedarás en medio de

la calle, como tu mamá, tus hermanas y el *perdis* de Rafaelito... Pero vuelvo á repetirlo: no quiero que te roben. Además, no tomes tan á pecho eso de la ruina de tu madre. Ella vive en la trampa como en su propio elemento, y ya sabrá salir de este apuro como de otros. Aún le queda algo para ir tirando; y cuando no tenga ni camisa, reventará, tenlo por seguro. Es de esas gentes que no mueren hasta gastar el último ochavo.

A Juanito le molestaba este lenguaje rudo que hería tan en lo vivo á su madre, á su ídolo; pero al tío le había profesado siempre tanto cariño como respeto, y fluctuando su carácter entre los dos afectos, limitábase á callar. Más de media hora estuvo oyendo los agravios que don Juan tenía con su hermana, el odio nacido al casarse ésta con el doctor Pajares, que sobrevivía á pesar del tiempo transcurrido.

—Adiós, Juanito, y no hagas caso de tu madre —dijo al despedirle en la escalera—. Lo que debes hacer es preocuparte menos de tu familia, que nunca ha pensado en ti, y preparar tu porvenir. Ve pensando en establecerte, y si encuentras una muchacha buena, hacendosa y modesta, lo que no es fácil, tampoco será demás que te cases. Para ser comerciante necesitas familia. Adiós, muchacho. Ven á la tarde y haremos juntos las estaciones.

El muchacho salió de la casa, llevando sobre sus hombros una verdadera olla de grillos. Era verdad lo que decía el tío: le querían explotar. Los lujos y prodigalidades de la familia tenía que pagarlos él, jél, que en su casa había ocupado un lugar intermedio entre los criados y sus hermanos! No daría un céntimo; que se arreglase su madre como pudiera. Nada le debía, pues le entregaba íntegro el salario de la tienda, satisfaciendo con creces sus gastos.

Pero todos sus propósitos de energía desvane-

ciéronse ante las miradas suplicantes de su madre. ¡Qué hermosa estaba! Con sus ojazos lagrimeantes y tiernos, parecía la Virgen que tiene el corazón erizado de espadas. El no la abandonaba; sería un mal hijo si correspondía con el desdén al cariñazo maternal que le mostraba la buena señora tan pronto como se veía en apuros de dinero.

—Bueno, mamá; no llore usted. No encuentro quien nos preste; pero estoy dispuesto á firmar lo que usted quiera, dando en garantía el huerto. Crea usted que me cuesta mucho desprenderme de ese dinero.

—Yo te lo devolveré, hijo mío; te lo devolveré pronto—dijo la arrogante señora abrazando á Juanito y mojándole el rostro con sus lágrimas.

Y lo decía con toda su alma, con la buena fe de los tramposos cuando se ven salvados, que confían ciegamente en el porvenir y creen mejorar su fortuna en lo futuro.

—Está bien, mamá—dijo Juanito, que en medio de su enternecimiento no se cegaba—. Firmaré, pero sólo por quince mil pesetas.

Larga pausa.

Doña Manuela, pensativa:

—Mira, hijo mío, quince mil pesetas justas no han de ser. Puedes firmar por diez y seis mil. No digas que no, rico mío. Completa tu sacrificio. Necesito algún dinerillo para pagar ciertas cuentas, y además, las Pascuas vamos á pasarlas en nuestra casa de Burjasot; vendrán amigos, y hay que quedar bien. Ante todo, el decoro de la familia y no caer en el ridículo. Conque no tuerzas el gesto, niño mío; quedamos en que serán diez y seis mil... ¡Ay, qué peso me has quitado de encima!...



VI

Había abandonado la mesa la familia y aún duraban los elogios á Visanteta por el mérito de la *paella* que les había servido, cuando comenzaron á llegar los amigos.

—Mamá—gritaba Amparito desde la puerta de la calle—, las de López, que vienen en su faetón. ¡Calle! El tranvía ha parado en la esquina... ¡Si son «las magistradas»! ¡Ay, y también el papá de Andresito, guiando su *charrette*!... ¡Si parece que se han dado cita! ¡Todos á un tiempo!... Venid, Conchita, mamá! ¡Mirad qué guapo está el señor Cuadros guiando su cochecito! ¡Parece que en toda su vida no haya hecho otra cosa!...

Y los convidados de doña Manuela entraron en la casa, confundiéndose unas familias con otras, saludándose las mujeres con un tiroteo de besos y elogiando todas las cualidades de la «posesión» que la viuda de Pajares tenía en Burjasot. Era un *chalet* que parecía escapado de una caja de juguetes; un edificio construído por contrata, tan bonito como frágil, con sus tejados rojos y escalinata con jarrones de yeso, situado en el centro de un jardincillo excavado en las rocas, con dos docenas de árboles tísicos que gemían melancólicamente, martirizadas sus raíces por la capa de dura piedra que encontra-

ban á pocos palmos del suelo. A pesar de su aspecto de decoración de ópera, que tanto entusiasmaba á doña Manuela, el tal *chalet* no pasaba de ser una casa de vecindad, enclavado como estaba entre otras construcciones de la misma clase, todas frágiles y pretenciosas, con sus jardincillos como sábanas, y sobre la verja, en letras doradas, los campanudos títulos de Villa-Teresa, Villa-María, etcétera, según fuese el nombre de la propietaria.

La viuda había empeñado y perdido para siempre un centenar de hanegadas de tierra de arroz que le producían muy buenos cuartos, para adquirir aquella ratonera brillante y frágil, á la que puso el título de Villa-Conchita, no sin protestas y rabietas de Amparo. Creía que una «villa» para el verano es el complemento de una familia distinguida que tiene coche; y en las tertulias, al dirigirse á sus amigas, llenábase la boca hablando de su «lindo hotelito» de Burjasot y de las innumerables comodidades que encerraba.

La casa era mala, pero el paisaje magnífico. Los hotelitos—había que llamarlos así, para no disgustar á doña Manuela—, ocupando la suave pendiente de una colina yerma, eran un magnífico mirador, desde el cual se abarcaba la vega con todas sus esplendideces.

Al frente, Burjasot, prolongada línea de tejados con su campanario puntiagudo como una lanza; más allá, sobre la obscura masa de pinos, Valencia achicada, liliputiense, cual una ciudad de muñecas, toda erizada de finas torres y campanarios airoso como minaretes moriscos; y en último término, en el límite del horizonte, entre el verde de la vega y el azul del cielo, el puerto, como un bosque de invierno, marcando en la atmósfera pura y diáfana la aglomeración de los mástiles de sus buques.

El día era hermoso; un verdadero domingo de

Pascua. La primavera enardecía la sangre, y la ciudad entera, solemnizando la vuelta del buen tiempo, lanzábase al campo, levantando en él un rumor de avispero.

Los convidados de doña Manuela veían á poca distancia los famosos Silos de Burjasot, gigantesca plataforma de piedra, cuadrada meseta agujereada á trechos por la boca de los profundos depósitos y en la cual hormigueaba un enjambre alegre y ruidoso: corros en que sonaban guitarras, acordeones y castañuelas acompañando alborozados bailes; grupos de gente formal entregada sin rubor á los juegos de la infancia; docenas de muchachos ocupados en dar vuelo á sus cometas con grotescos figurones pintados, que al remontarse moviendo los inquietos rabos hacían el efecto de parches aplicados al azul cutis del infinito y daban al paisaje un aspecto chino de abanico ó de pañolón de Manila.

En casa de doña Manuela, las señoras, despojadas de sus sombreros y mantillas, y los hombres fumando con la confianza del que está en su propio domicilio, contemplaban desde los balcones la alegría popular.

Bastábales volver un poco la cabeza, y su vista caía sobre la inmensa vega, silenciosa y esplendente, con sus tonos verdes de infinitos matices, que deslumbraban, abillantados por el sol de la primavera. Los pueblos y caseríos, compactos y apiñados hasta el punto de parecer de lejos una sola población, matizaban de blanco y amarillo aquel gigantesco tablero de damas, cuyos cuadros geométricos, siendo todos verdes, destacábanse unos de otros por sus diversas tonalidades; á lo lejos, el mar, como una cenefa azul, corriase por todo el horizonte con su lomo erizado de velas puntiagudas como blancas aletas; y volviendo la vista más á la izquierda, los pueblos cercanos: Godella con su obs-

curo pinar, que avanza como promontorio sombrío en el oleaje verde de la huerta; y por encima de esta barrera, en último término, la sierra de Espadán, irregular, gigantesca, dentellada, mostrando á las horas de sol un suave color de caramelo, surcada por las sombras de hondonadas y barrancos, decreciendo rápidamente antes de llegar al mar, y ostentando en la última de sus protuberancias, en el postrer escalón, el castillo de Sagunto, con sus bastiones irregulares, semejantes á las ondulaciones de una culebra inmóvil y dormida bajo el sol.

La esplendidez del paisaje tenía como embobados á los convidados de doña Manuela, á pesar de ser todos ellos gente poco susceptible de entusiasmarse ante cosas que no fuesen útiles.

—¡Muy hermoso!—exclamaba «la magistrada»—. Yo he vivido en Granada cuando mi difunto estuvo en aquella Audiencia, y su vega no tiene comparación con ésta.

—¡Qué ha de tener!—dijo el señor López el bolsista con expresión doctoral—. Cuando á Fernando VII lo trajeron á los Silos, declaró que esto era el balcón de España.

—Pues figúrese usted—añadió doña Manuela, que enrojecía de satisfacción con estos elogios que alcanzaban á su casa—. Si los Silos son el balcón de España, ¿que será Villa-Conchita, que está más alta que ellos?

—El balcón de Europa, Manuela, no lo dude usted.

El señor Cuadros, después de soltar esta barbaridad, miró á su mujer, que, como siempre, le admiraba.

Mientras tanto, las niñas de la casa, las de López y «las magistradas» paseaban por el jardincillo con Rafael, que hablaba de su amigo Roberto, á quien estaba esperando.

Andresito, cariacontecido y triste, seguía en un extremo del gran balcón, alejado de las personas graves. Sabía de buena tinta que la traviesa Amparito había tronado con el artillero; consideraba además como de muy buen signo que doña Manuela hubiese invitado á su familia, desechando la anterior frialdad; pero á pesar de esto, el bebé le había recibido con una sonrisa maligna, burlona, y antes de que hablara, se agarró del brazo de sus amigas, dejándole con la palabra en la boca. Y allí estaba él, plantado en el balcón, paciente y resignado, como si su destino fuese aguantar desdenes de aquella á quien había maldecido é insultado en toda clase de metros. Para ocultar su despecho, fingía contemplar atentamente el risueño panorama con sus ojos turbios. Poco le faltaba para llorar, y queriendo ocultar su emoción, murmuraba con expresión pedantesca:

—¡Qué espectáculo! Esto es una sinfonía de colores, una verdadera sinfonía.

¡Sinfonía de colores! Una frasecilla que había pescado en una de esas críticas que hablan del «colorido» y el «dibujo» de la música y la «armonía» y los «acordes» de la pintura.

El joven repetía con obstinación su frase, como el que, acostado, masculla sin cesar la misma oración para aturdirse y coger el sueño; y poco á poco, como hipnotizado por la brillantez del paisaje, fué sumiéndose en un limbo de quietud contemplativa.

Y ahora ¡vive Dios! iba adquiriendo realidad la dichosa sinfonía de colores; ya no era una frase huera y sin sentido, porque todo parecía cantar, la vega y el Mediterráneo, los montes y el cielo. ¡Qué delicioso era el anonadamiento del poetilla, apoyado en la balaustrada, sintiendo en su rostro el fresco viento que tantas cabriolas hacía dar á las cometas de papel!... Allí estaba la sinfonía, una

verdadera pieza clásica con su tema fundamental... y él percibía con los ojos el misterioso canto, como si la mirada y el oído hubiesen trocado sus maravillosas funciones.

Primero, las notas aisladas é incoherentes de la introducción eran las manchas verdes de los cercanos jardincillos, las rojas aglomeraciones de tejados, las blancas paredes, todas las pinceladas de color sueltas y sin armonizar por hallarse próximas. Y tras esta fugaz introducción, comenzaba la sinfonía, brillante, atronadora.

El cabrilleo de las temblonas aguas de las acequias, heridas por la luz, era el trino dulce y tímido de los violines melancólicos; los campos de verde apagado, sonaban para el visionario joven como tiernos suspiros de los clarinetes, «las mujeres amadas», como les llamaba Berlioz; los inquietos cañares con su entonación amarillenta y los frescos campos de hortalizas, claros y brillantes como lagos de esmeralda líquida, resaltaban sobre el conjunto como apasionados quejidos de la viola de amor ó románticas frases del violoncello; y en el fondo, la inmensa faja de mar, con su tono azul esfumado, semejava la nota prolongada del metal que, á la sordina, lanzaba un lamento interminable.

Andresito se afirmaba cada vez más en la realidad de su visión. No eran ilusiones. El paisaje entonaba una sinfonía clásica, en la que el tema se repetía hasta lo infinito. Y este tema era la eterna nota verde, que tan pronto se abría y ensanchaba, tomando un tinte blanquecino, como se condensaba y obscurecía hasta convertirse en azul violáceo. Como en la orquesta salta el pasaje fundamental de atril en atril para ser repetido por todos los instrumentos en los más diversos tonos, aquel verde eterno jugueteaba en la sinfonía del paisaje, subía ó bajaba con diversa intensidad, se hundía en las

aguas tembloroso y vago como los gemidos de los instrumentos de cuerda, tendíase sobre los campos voluptuoso y dulzón como los arrullos de los instrumentos de madera, se extendía azulándose sobre el mar con la prolongación indefinida de un acorde arrastrado del metal, y así como el vibrante ronquido de los timbales matiza los pasajes más interesantes de una obra, el sol, arrojando á puñados su luz, matizaba el panorama, haciendo resaltar unas partes con la brillantez del oro y envolviendo otras en dulce penumbra.

Y Andresito, con la imaginación perturbada, iba siguiendo el curso de la sinfonía extraña que sólo sonaba para sus ojos. Los caminos, con su serpenteante blancura, eran los intervalos de silencio. El tema, el color verde, crecía en intensidad al alejarse hacia las orillas del mar; allí llegaba al período brillante, á la cúspide de la sinfonía; y lanzándose en pleno cielo, aclarándose en un azul blanquecino, marchaba velozmente hacia el final, se extinguía en el horizonte pálido y vago como el último quejido de los violines, que se prolonga mientras queda una pulgada de arco, y adelgazándose hasta ser un hilillo tenue, una imperceptible vibración, no puede adivinarse en qué instante deja realmente de sonar.

Era una locura; pero el visionario muchacho «veía» cantar los campos y gozaba en la muda sinfonía de los colores, en aquella obra silenciosa y extraña que se parecía á algo... á algo que Andresito no podía recordar. Por fin, un nombre surgió en su memoria. Aquello era Wágner puro; la sinfonía del *Tannhauser*, que él había oído varias veces. Sí; allí unas tonalidades de color enérgicas y rabiosas sofocaban á otras apagadas y tristes, como el canto de las sirenas, imperioso, enervante, desordenado, intenta sofocar el himno místico de los

peregrinos. Y aquella luz que derramaba polvo de oro por todas partes, aquel cielo empapado de sol, aquella diafanidad vibrante en el espacio, ¿no era el propio himno á Venus, la canción impúdica y sublime del trovador de Turingia ensalzando la gloria del placer y de la terrena vida? Sí; aquello mismo era. Y el muchacho, sonámbulo, embriagado por la Naturaleza, hipnotizado por la extraña contemplación, movía la cabeza ridículamente, y al par que pensaba que todo aquello era magnífico para puesto en verso, tarareaba la célebre obertura con tanta fe como si fuera el propio Tannhauser escandalizando con su himno á la corte del landgrave.

—Andresito... oye; oiga usted.

¿Quién le hablaba?... ¿Si sería Elissabetta, la cándida amada del cantor? No; era Amparito, el malicioso bebé, que le sonreía, algo confusa y tímida, como si no supiera qué decirle, y un poco más allá, doña Manuela envolviéndolos en la más tierna de sus miradas maternales.

Bien sabía hacer las cosas aquella señora. Al ver al pobre muchacho solo y gesticulando como un imbécil, había llamado á la niña para que lo llevara abajo con la gente joven, lo mismo que dos meses antes le había mandado que rompiese con él toda clase de relaciones. Era asombroso este cambio de conducta; pero también lo era que el señor Cuadros, que antes medía telas en su tienda sin ambición alguna, tuviera ahora carruaje y todo el empaque pretencioso de un aspirante á millonario.

—Ven conmigo, Andresito. Vamos á dar un paseo.

—Sí—añadió la mamá—, acompaña á Amparito. Reúnete con la gente joven... ¡Qué diablo! A tu edad...

El muchacho siguió á su antigua novia. Estaba

como si acabase de despertar y todavía no hubiera ahuyentado la modorra del sueño. Aún le zumbaba en los oídos el eco lejano de la extraña sinfonía.

En el jardín estaban las jóvenes, muy alborozadas, en torno de Rafael y su amigo Roberto, que acababa de llegar. Juanito habíase metido en el piso bajo, donde reinaba gran algazara por estar reunidas las criadas de la casa con las de las familias invitadas.

Amparito llevaba á remolque á su antiguo novio.

—Vamos á ver; ¿qué hacemos?... Podemos dar un paseo por la montaña.

Y el alegre enjambre transpuso la verja del jardincillo, dirigiéndose á lo que llamaban «la montaña», árida colina, suave hinchazón del terreno, cariada como una muela vieja, rajada y perforada por las excavaciones de las canteras y las minas de greda.

El bullicioso escuadrón encaminábase lentamente á un horno de cal que había en la cumbre. Otros grupos de paseantes destacábanse á lo lejos como hormigas trepadoras.

Andresito y el bebé quedábanse rezagados, andaban lentamente y se detenían para recalcar sus palabras con gestos vehementes.

—Ea, que no te creo. Me la pegaste con el artillero, te burlaste de mí... «destrozaste mi alma», ¿y ahora quieres que yo me trague esa bola de que me querías entonces y sigues queriéndome?

—¡Pero tonto, si todo fué por probarte!... El artillero, ¡valiente mico! Yo sólo te he querido á ti; pero á mamá no le parecía bien nuestro noviazgo, lo tenía por cosa de poca formalidad, y hube de obedecerla.

—¿Y ahora?

—Ahora es otra cosa. No sé qué mosca le ha

picado á mamá. Antes eras un títere, y ahora parece que te considera mejor. En esto debe bailar tu papá.

—¡Mi papá!—exclamó Andresito con terror infantil, como si temiese una mano de azotes por la travesura.

—Calla, memo, no te asustes. Yo «distingo» más que tú, y creo que nuestro noviazgo es ya pan comido para la mamá y tu padre.

—¡Entonces!...

—Entonces, señor mío, podemos querernos como antes y sin miedo alguno; pero te advierto que nuestro noviazgo no ha de ser cosa de tapujo. ¿Para qué el novio, si no puede una lucirlo?... ¡Ah! Queda prohibido que me endilgues más versitos como los que me enviaste después del rompimiento. Señores, tiene gracia el modo como se desahoga este caballero. Con esa cara de pascua, y tiene más ponzoña que una víbora. «¡Pérfida!, ¡desleal!, ¡traidora!»... Por eso tuve tanto gusto en hacerte rabiar con el teniente; para vengarme. Se acabaron los versos; y si me disparas algún soneto, te frotaré los hocicos con él, ¿sabes, niño? como á los gatitos cuando son cochinos.

Y Andresito sonreía, embelesado por la gracia con que el bebé le hablaba, ahuecando la voz para imitar grotescamente el tono de sus poesías y acompañando sus palabras con gestos de pillete. ¡Oh, qué criatura! Había que creerla, y él se lo tragaba todo á ojos cerrados, incluso la afirmación de que sus relaciones con el teniente sólo fueron para aumentar sus rabietas.

—Pero ¿no vienen ustedes?

Eran las de López las que llamaban; unas «perchas», según Amparito, á las que caían rematadamente mal los vestidos lujosos y recargados con que las obsequiaba el papá á cada operación afortunada en la Bolsa.

—¿Ya se han arreglado ustedes?—añadió una de ellas, sonriendo de un modo que picó la susceptibilidad de Amparito.

¡Ya les ajustaría las cuentas á aquellas pavas!... Y abandonando á Andresito, se unió al grupo de jóvenes que, en fila y cogidas del talle, corrían como unas locas por la suave pendiente. La alegría del campo, al verse libres de la mirada interrogante y severa de las mamás, convertíalas en niñas revoltosas, y á pesar de sus altos peinados, de sus faldas largas y ajustadas, correteaban, enseñando sus lindos pies y aleteando con sus enaguas como una bandada de pájaros. Las mejillas se enrojecían, expeliendo en su dilatación la capa de polvos de arroz; los ojos brillaban, los empellones y las corridas impetuosas parecían enardecerlas, como muchachas que se embriagan con la violencia de sus juegos, y en las expansiones á que se entregaban, acariciándose los inflamados rostros, besándose ruidosamente, parecía notarse algo de desprecio por los hombres que iban detrás. Rafael, su amigo y Andresito caminaban lentamente, con cachaza filosófica, mirando el hermoso grupo, sin intentar mezclarse en él.

Mientras tanto, Juanito pasaba la tarde en la cocina. Era una tendencia que avergonzaba á doña Manuela la que demostraba su hijo mayor. Apenas se formaba en la cocina una tertulia de criadas, allí estaba él, como arrastrado por irresistible seducción. Aquello debía ser hereditario: la afición de sus antecesores los montañeses de Aragón á las hembras fornidas, duras, oliendo á bestia bravía y con las manazas agrietadas por el esparto y la tierra de fregar. Su padre, sin duda, revivía en él, y por esto no podía aspirar el vaho de una cocina sin estremecimientos voluptuosos, ni ver á una muchachota de tez morena, brazo musculoso y robustas posade-

ras sin sentir que la sangre aflucía rápida á su corazón, como si se viera ante el ideal realizado. Adoraba á Tónica, criatura endeble y graciosa, tal vez por la fuerza del contraste; pero cuando estaba en su casa no podía librarse de la «querencia» á la cocina, como decía Rafael, y allá iba á echar su párrafo, sin pasar nunca de ahí, pues Juanito era casto. Adoraba como un idealista las zafias beldades con su olor á limón y tierra, gozaba oyendo sus conversaciones, prestábalas con el mayor gusto pequeños servicios, aguantaba sus groserías é impertinencias, todo á cambio de poder estarse en un rincón, tímido y sonriente, contemplando los brazos hercúleos, los ojazos insolentes y las piernas como columnas, marcadas por el discreto zagalejo.

Al caer la tarde, comenzó á sonar un piano viejo en el piso alto del *chalet*; éste se conmovió con el taconeo de una agitada mazurca. Los señoritos habían vuelto de su excursión por «la montaña», y bailaban, no sabiendo sin duda cómo pasar el tiempo.

La señora había dado orden para que la merienda estuviera lista, y Visanteta se afanaba, yendo de un lado á otro y enviando sus amigas al jardín para que la dejaran en libertad.

Cuando Juanito subió al piso alto, el baile estaba en su apogeo. Rafael y Roberto sacaban á bailar, una tras otra, á todas las señoritas, y el señor Cuadros, ¡oh asombro! entró de refuerzo. Entre aplausos y risas bailó con Amparito, mientras su hijo los contemplaba enternecido, renegando tal vez en su interior de su condición de poeta soñoliento y enemigo de superfluidades, que no le permitía aprender cómo se mueven las zancas en el vals. ¡El mismo demonio era el señor Cuadros, á pesar de sus años y del enorme bigote! Así lo declaraban doña Manuela y Teresa, sonrientes, reconciliadas y puestas ambas al mismo nivel. Sus miradas hablaban. Ha-

bía que hacer algo por los chicos, ya que se querían tanto sus familias.

Terminaba la tarde. Por los balcones entraba el resplandor rojizo de la puesta del sol, que se ensanchaba en el horizonte como un lago de sangre.

Calló el piano, guardándose su ronca y temblorosa voz de viejo, y el enjambre joven, atropellándose, corrió al comedor. ¡Vive Dios, que se estaba bien allí, sentados ante el blanco mantel, con los balcones abiertos y en los ojos el extenso paisaje, que, con la luz anaranjada de la caída de la tarde, iba velando sus tonos brillantes y parecía adormecerse!

Todos tenían excitado el apetito por el paseo y el baile, y miraban con el rabillo del ojo la puerta por donde entraban las criadas.

—Señores, tendrán ustedes que perdonar—decía doña Manuela con aire de castellana hospitalaria—. Estamos en el campo y hay que conformarse con lo que traigan. Aquí no se pueden hacer milagros. En fin, harán ustedes penitencia.

Todos contestaban con un «¡oh!» de protesta, mientras se acomodaban la servilleta en el pescuezo. Ya sabían que la dueña de la casa arreglaba bien las cosas. Y empuñaban el tenedor, como diciendo: «¡Venga de ahí, que estamos á todo!»

No fué malo el desfile de platos organizado por Visanteta. Era la cocina indígena, con todo su esplendor de las fiestas tradicionales. El lomo de cerdo, con las primeras habas de la cosecha, tiernas y jugosas, formando un puré, cuyo olorcillo causaba en el estómago una sensación voluptuosa; los langostinos, con casaquillas de escarlata y la puntiaguda caperuza, doblándose como *clowns* rojos sobre un lecho de excitante salsa; los pollos, despedazados, hundidos en el rosado caldo del tomate, y después las rodajas de salchichón á cen-

tenares, un jamón entero cortado en gruesas lonjas, y una enorme pirámide de huevos cocidos, con la cáscara teñida de rojo ó amarillo; todo con una abundancia capaz de anonadar al estómago más animoso.

Pero los convidados de doña Manuela eran personas de buen diente. Sólo «las magistraditas» y las «perchas» de López comían con cierto dengue y lanzaban miradas escandalizadas cuando veían en sus copas dos dedos de vino; pero los demás tragaban de buena fe, y el ruido de sus mandíbulas parecía gritar en el silencioso comedor: «Aquí se come y se goza... y rueda la bola.»

Además, Rafael y Roberto se encargaban de dar á la merienda el tono de distinción que tanto agradaba á doña Manuela. ¡Vaya unos chicos atentos!... ¡Cómo sabían obsequiar á las muchachas!... «No me desprecie usted esta aceituna...» «Lolita, ¡por Dios! acepte usted esta rodajita de salchichón...» «Vamos, un pedacito más: ¡no me deje usted feo!»

Y procediendo como niñas buenas y bien educadas, incapaces de desear la fealdad del prójimo, aceptaban los obsequios ruborizadas, pero mirando con superioridad satisfecha á las amigas.

Doña Manuela estaba contenta. ¿No era un placer reunir en la mesa tan buenos amigos? ¿No se gozaba contemplando sus expansiones? Allí quisiera ver ella á su hermano, el maldito tacaño, incapaz de convidar á sus amigos á una ensalada. ¡Cómo ensanchaba el alma ver á la familia con sus amigos celebrando la Pascua tradicional! Era verdad que la fiesta resultaba costosa; que llena de trampas como estaba no debía permitirse tales despilfarros; pero ¡qué diablo! hay que saber vivir, y aquella fiesta, pensando egoístamente, bien podía resultar un medio seguro de proporcionarse auxilios en el porvenir. En el señor López no había que

confiar mucho; tenía el alma atravesada, y si gastaba algo adornando á su familia, era para sostener su prestigio de bolsista de fuerza. Pero allí estaba Cuadros, infatuado por la buena suerte, orgulloso, tanto él como su esposa, de que la señora del antiguo principal accediese á admitir á Andresito en su familia; estos dos amigos, seguramente que al verla en un apuro eran capaces de darla la sangre de sus venas.

Y doña Manuela, animada por estas ilusiones que garantizaban su futura tranquilidad, envolvía la mesa y sus comensales en una mirada infinita de benevolencia y cariño. Todo marchaba bien. Andresito y Amparo se pellizcaban por debajo de la mesa; Roberto se acercaba de un modo inconveniente á Conchita; la mamá lo veía todo, pero sonreía con dulce tolerancia. Un día es un día; hay que dar á la juventud lo suyo, y ella ¡ay! recordaba enternecida cuando el doctor Pajares era estudiante y se sentaba á su lado en la mesa.

La merienda se animaba. Nelet había encendido la lámpara del comedor, y los moscardones y mariposas del vecino jardín, atraídos por la luz, aleteaban nerviosamente, chocando con la pantalla de porcelana. Sobre la mesa aparecían las doradas naranjas de terso cutis, el *panquemado* de Alberique, con miga porosa, la corteza oscura y barnizada y el vértice nevado, y las bandejas de dulce seco, confitería indígena, sólida y empalagosa: peras verdosas con la dureza del azúcar petrificado, limoncillos de las monjas de Sagunto, trozos de melón, yemas envueltas en rizados moñetes de papel, todo destilando azúcar y atrayendo á los insectos que revoloteaban en torno de la luz.

La concurrencia se atracaba de huevos cocidos. Partíanlos en la frente del vecino, á pesar de las muchas precauciones que se adoptaban para evitar

esta broma tradicional; y eran de ver las señoritas tapándose la cara con las manos, chillando como gallinas asustadas, por miedo á que les golpeasen encima de las cejas, y los aplausos y vivas con que se acogía la travesura de alguna joven cuando era ella la que agredía á los audaces pollos.

Cuando se hacía momentáneamente el silencio en el comedor, oíase cómo se regocijaba fuera la plebe; el rasgueo de la guitarra, el estallido de los cohetes, el cacareo de las mujeres; y algunas veces el estruendo venía de abajo, de la cocina, donde sonaban el vozarrón de Nelet y las corridas medrosas de las criadas, con chillidos de protesta débil. También allí partían huevos.

Las personas mayores la emprendieron con el dulce, y el señor Cuadros descorchó frascos de licor de colores vivos é infernales, que hacían retorcer el estómago. Las copitas de color rosa besaban las bocas, dejando en los rojos labios de las jóvenes adorables gotitas de azúcar líquido.

La sobremesa, alborozada y ruidosa, duró mucho rato. Nadie miraba el reloj del comedor, que seguía indiferente marcando el curso del tiempo. Cuando sonaron las nueve, todos se sobresaltaron. Fuera del *hotel* la algazara iba disminuyendo.

Doña Manuela hizo prometer á sus amigos que la honrarían con su visita en los dos restantes días de la Pascua, y comenzaron los preparativos de marcha. Las criadas comparecieron rojas y sudorosas. Bien habían bromeado con Nelet y el cochero del señor López.

Comenzó la confusión de la despedida. Buscaban los abrigo abandonados sobre los muebles; olvidaban dónde habían dejado el sombrero; recogían los velillos rotos en el revuelto montón de prendas, y transcurrió más de media hora antes de que todos estuvieran listos.

El señor López ofreció su faetón á «las magistradas». Irían todos apretados, pero esto entraba en la fiesta. En cuanto al señor Cuadros, sacó de la cuadra del *hotel* su carruajillo, del que estaba orgulloso, y amontonó en él la esposa, el hijo y las dos criadas.

—¡Buenas noches!... ¡Hasta mañana!... ¡Descansar!... ¡Arre, valiente!

Y los dos carruajes, esparciendo en la sombra la roja luz de sus dobles faroles, partieron al trote, conmoviendo el silencio de la noche tibia, estrellada y serena. La familia de Pajares los vió alejarse desde la puerta del *hotel*.

Frente á los Silos, la multitud arremolinábase en la obscuridad, asaltando á brazo partido las plataformas de los tranvías ó regateando con los cazurros tartaneros. Sonaban los pitos; el vocerío era grande en torno de los ojos inflamados de los coches, y el público esperaba impacientemente el momento de emprender el viaje, entonando canciones á coro, en las cuales, sobre las voces aguardentosas, destacábanse otras jóvenes, claras, argentinas.

De vez en cuando, griterío y corridas; brazos en alto, bastones enarbolados, una guitarra estrellándose quejumbrosamente en una cabeza, y cuando la calma se restablecía, saludábase con sonrisas y aplausos irónicos á la ristra de valientes que, sin paciencia para esperar, emprendían la marcha carretera abajo, cogidos del brazo, moviéndose con torpe balanceo, como si estuvieran sobre la cubierta de un buque en día de gran marejada, charlando incoherentemente ó soltando sus vozarrones para entonar los estrambóticos y lánguidos corales que inspira la musa amíllica.

Los tres días de Pascua fueron de felicidad para la familia de Pajares. El noviazgo de Amparito se consolidó, desapareciendo los escrúpulos del poeti-

lla, temeroso de que el recuerdo del teniente viviese todavía en la memoria de la joven. Era cosa decidida, y el bebé siempre contestaba con el mismo tono burlón á sus recriminaciones:

—Pero ¡tonto!... ¡si nunca le quise!... ¡si aquello fué una broma, un caprichito para hacerte rabiar!... ¡Yo sólo te quiero á ti, insultador!...

Y Andresito, cerrando los ojos, despreciando los punzantes recuerdos del pasado, se sentía feliz, tanto casi como Conchita, que en los días de Pascua, en la agitación de las alegres meriendas, había conseguido turbar á Roberto hasta el punto de arrancarle la deseada declaración. Por fin era su novio «oficial»; ya podía hablar con él á todas horas, sin miedo al ridículo de una intimidad falta de garantía.

Juanito fué el único que sufrió en aquellos tres días. La mamá mostrábase con él amable y cariñosa como jamás la había visto; tenía arranques de lirismo casero, se enterneceía reuniendo toda la familia en la mesa, y él, por no contrariarla, permanecía en Burjasot, víctima de las contradicciones de su carácter, tan pronto atraído por la «querencia» á la cocina, como pensando en Tónica con la dulce nostalgia del enamorado.

Por esto, cuando regresó á Valencia, volviendo á encargarse de *Las Tres Rosas*, experimentó la alegría del que sale del destierro. Quiso resarcirse del breve paréntesis en su vida de amante, y esperó á Tónica en las calles, sosteniendo con ella largas pláticas que la hacían llegar tarde á casa de las parroquianas, enterándose con minuciosidad de las tardes que había pasado en melancólica calma leyendo novelas sentimentales, mientras Micaela, la fiel amiga, cocinaba, preparando la modesta merienda.

Sus pláticas con aquella muchacha tranquila y

juiciosa le daban nuevos ánimos para trabajar; y él, que hasta entonces había vivido tranquilo é indiferente, amarrado á la noria de la dependencia, sin pensar en el porvenir, sentíase ambicioso, soñaba con una gran posición comercial, que compartiría con Tónica, y miraba la tienda de *Las Tres Rosas* con el mismo cariño del heredero ante una cosa que espera ha de ser suya. Su plan estaba formado. Esperaría hasta fines de año, vendería el huerto de Alcira, y don Antonio le haría traspaso de la tienda por unos cuantos miles de duros.

El afortunado bolsista seguía abominando de la tienda y del mezquino comercio al por menor; no era difícil alcanzar la cesión de *Las Tres Rosas* por lo que el joven quisiera darle. ¡Valiente cosa le importaba á él mil duros más ó menos! La suerte le había hecho audaz; realizaba jugadas con éxito sorprendente, y así como aumentaba su fortuna, transformábase su persona. Permanecía en la tienda lo menos posible; cuando no estaba en la Bolsa, pasaba las horas en el café, mediando en las riñas de «alcistas» y «bajistas», con expresión de superioridad; enganchaba la *charrette* é iba con Teresa, muy emperequilada, á pasear su nuevo lujo por la Alameda, entre los brillantes trenes, para que supieran más de cuatro que él también, «aunque le estuviera mal el decirlo», era de la aristocracia, de la del dinero, que es la que más vale en estos tiempos; y hasta en su misma casa introducía reformas radicales, pasando la familia con violento salto de la comodidad mediocre á la ostentación aparatosa. Seducido por los guisos de fonda que saboreaba en los banquetes conmemorativos de grandes jugadas, no podía avenirse con el talento culinario de su Teresa, y había tomado una cocinera procedente de una gran casa. La riqueza improvisada daba al señor Cuadros un airecillo petu-

lante y fanfarrón. En competencia con su mujer, pocos dedos conservaba en sus manos libres de sortijas; sólo que las suyas no eran baratas, sino de oro macizo, gruesas, pesadas y con cada pedrusco que quitaba la luz de los ojos. Rompía los ojales del chaleco con la enorme cadena cargada de dijes, y él, que antes cuidaba de salir con poca calderilla en el bolsillo, por miedo á los compromisos ó á la tentación de entrar en algún café, sacaba ahora, á tuertas y á derechas, su gran cartera de hombre de negocios repleta de billetes del Banco, y muchas veces escandalizaba á los camareros presentando para pagar un refresco un papelote de mil pesetas.

Las Tres Rosas estaba patas arriba, según murmuraba el asombrado Juanito. La fortuna del amo los enloquecía á todos. Los dependientes, libres de vigilancia, hacían lo que les daba la gana; el género desaparecía, sin dejar como recuerdo de su paso dinero en el cajón; las criadas robaban arriba, en las mismas narices de doña Teresa, aturdida por tan radicales cambios; pero allí estaba el amo para remediarlo todo, y por mucho que se despilfarrase, los cobros de diferencias á fin de mes eran tan exorbitantes, que empujaban vertiginosamente aquel barco falto de dirección y haciendo agua por todas partes.

El único que protestaba en la casa, revolviéndose furioso contra las desatinadas innovaciones, era don Eugenio. El veterano del comercio escandalizábase, y había que oírle las pocas veces que conseguía entablar conversación con el dueño de la tienda, siempre atareado, viviendo en su casa como en una fonda.

Don Eugenio parecía una sibila, que, en nombre de la honradez y la medida comercial, profetizaba las mayores desgracias. Aquella borrachera de dinero no podía acabar bien. No era legal ni justo ganar

ocho ó nueve mil duros en un mes, jugando, ni más ni menos que los perdidos que van á los garitos; además, ese lucro resultaba criminal, ya que lo que él ganaba otros lo perdían.

Pero don Antonio contestaba con risitas irónicas que desesperaban al pobre viejo. ¡Vaya unas ideas rancias! ¿De dónde salía para atreverse á hablar contra un negocio tan legal y admitido por todos? Los tiempos cambian, amigo don Eugenio, y con ellos los negocios. Es verdad que los afortunados arruinaban á los infelices, pero ¡qué remedio!... Había que amoldarse á las exigencias del mundo, tomar parte en la «lucha por la existencia»; la sociedad estaba constituída así. Para que vivan unos hay que devorar á otros. Y el señor Cuadros repetía con expresión pedantesca estos y otros lugares comunes que había oído en la Bolsa de boca de ciertos pillos de levita, que con la dichosa «lucha por la existencia» justifican rapiñas legales que merecen un grillete. Y para desesperación del pobre viejo, hacía la apología de la Bolsa. Sólo un rancio podía tronar contra ella. Para censurarla había que ser consecuente y hablar mal también del ferrocarril, del teléfono y de todas las conquistas del progreso. Podía esperar sentado á que todas las personas honradas se coligasen, según él decía, para acabar con los negocios bursátiles.

Cada día eran más respetados; se popularizaban, y ya no eran comerciantes y rentistas los que jugaban en la Bolsa; los pobres, los humildes, buscaban tomar parte en el negocio. Y para probarlo, no había mas que fijarse en don Ramón Morte, un filántropo, que hacía el bien encaminando á la ganancia los pequeños capitales que yacían muertos y dedicando las ganancias propias á obras de beneficencia.

Don Eugenio escuchaba con frialdad el nombre

del célebre banquero, que todos los días repetían los periódicos, pero Juanito se estremeció. Aquél sí que era un hombre. Husmeaba la ganancia á cien leguas; colocaba los capitales ajenos con la mayor seguridad; tenía esclavizada la fortuna, y á pesar de esto, ¡qué sencillo! ¡Con qué modesta afabilidad trataba á los pequeños! Era un señor pequeñín, enfermizo por el exceso de trabajo, con gafas de oro y esa sonrisa atractiva y cándida cuyo secreto sólo poseen los grandes hombres de negocios ó los Padres de la Compañía. Dos veces había estado en la tienda buscando al principal, y se dignó hablar con Juanito afectuosamente, como si fuese uno de la clase, enterándose con benevolencia paternal de sus proyectos para el porvenir. ¡Oh, qué hombre! ¡Qué confianza inspiraba! Aconsejado por él, realizaba el señor Cuadros sus magníficos negocios; y Juanito, á no ser por su deseo de verse dueño de *Las Tres Rosas*, hubiese vendido el huerto, poniendo toda su fortuna en manos de don Ramón.

La loca fortuna del principal contagiaba al dependiente, y éste, á pesar de su carácter frío, se sentía animado por el deseo de correr el azar ganando una fortuna en unos cuantos meses ó arruinándose para siempre. Cuando estaba solo y entregado á sus reflexiones, asustábase de las audacias de su pensamiento; pero oyendo al principal enardeciase, y entre las cenizas de su carácter tímido y apático asomaba el fuego del aventurero.

Las contiendas entre don Eugenio y su antiguo dependiente los separaban, y á pesar de hacer la vida bajo el mismo techo, pasaban semanas sin hablarse. El pobre viejo se sentía solo en aquella casa. Teresa no le comprendía; Andresito, entusiasmado por la fortuna del papá, tenía sus ambiciones; mostrábase meticuloso y exigente en materias de vestir, y hablaba de la posibilidad de poseer una

yegua alazana y pasear por la Alameda, siguiendo el carruaje de su novia, para lo cual se estaba preparando todas las tardes en el picadero.

Don Eugenio sólo se consolaba yendo en busca del tío de Juanito, ante el cual mostraba su indignación por los negocios de Cuadros. ¡Cómo se reía don Juan de las fortunas de los bolsistas! Buen provecho. Muchos le habían propuesto aquel negocio; pero él era gato viejo y gustaba de guardar seguro su dinero. Eso de arrojar la fortuna al viento, con la esperanza de una ganancia loca, quedaba para los tontos que se creen poseedores de infalibles secretos. El opinaba como don Eugenio. Aquello sólo era una racha de fortuna, la terrible benevolencia de la fatalidad con los jugadores novatos: primero, la seducción de las pequeñas ganancias, y después, cuando ya están metidos de cabeza en los caprichos del azar, la ruina instantánea, completa, fulminante.

El día de San Vicente supo Juanito hasta dónde llegaba la indignación del venerable don Eugenio.

La fiesta del santo popular verificábase con el aparato de costumbre. En los puntos más céntricos de la ciudad habíanse levantado los «altares», enormes fábricas de madera y cartón-piedra que llegaban á los tejados, con decoración gótica ó corintia, erizados de mecheros de gas, y en su parte media la repisa, en la que se ostentaba el diplomático de Caspe con su hábito de dominico y un dedo en alto entre cirios y flores. Abajo, la plataforma del escenario, donde se representaban los *milacres*, piezas dramáticas, cándidas y sencillas como sus versos lemosines, cuyo argumento, girando en torno del mismo punto, trata siempre de las querellas feudales entre Centelles y Vilaraguts, de la conversión de los moros de Granada ó de alguna treta de los impíos contra el elocuente apóstol, todo sazonado

al final con el necesario milagro del santo y el correspondiente sermón en endecasílabos. La multitud agolpábase ante los altares para oír mejor á los actores, granujillas del barrio, roncós de tanto vocear los versos, orondos en sus trajes de ropería; orgullosos de lucir el bonete con pluma y tirar de la espada cuando lo requería el *milacre*; y era de ver la atención con que escuchaba la predicación de San Vicente, representado siempre por un muchacho paliducho, pedante y melancólico, y las carcajadas con que celebraba las majaderías del motilón, personaje bufo que pasaba el tiempo tragando pan, sorbiendo rapé, sonándose las narices en un pañuelo como una sábana y agujereado como una criba, y diciendo estupideces subidas de color, todo para mayor edificación de los devotos del santo. Un mar de cabezas agitábase ante aquellas plataformas que recordaban el teatro primitivo, lo mismo el tablado de Esquilo que la carreta de Lope de Rueda.

Entre una y otra representación tocaban las músicas alegres polcas, y la granujería de siempre, agarrada de un modo repugnante, improvisaba academias de baile en las aceras, chocando muchas veces contra las mesas donde unas buenas mozas de vestido almidonado, pañuelo de seda y cara bravía vendían garbanzos tostados, orejones y ciruelas-pasas.

Juanito, á las tres de la tarde, había ido á ponerse en acecho cerca de la casa de Tónica, esperando que ésta saliese con Micaela para ver los altares. Una vecina le avisó que ya habían salido, y el joven lanzóse en su persecución, corriendo de uno á otro altar, sin conseguir encontrarlas.

En la plaza de la Constitución vió á don Eugenio, que miraba de lejos el *milacre*, apoyado en el viejo bastón y mostrando su carita de pascua por el

embozo de su capa azul, que no abandonaba hasta bien entrado el verano.

El pobre señor acogió á Juanito con una sonrisa de gozo.

—¡Hombre, cuánto me alegro de verte!... Tú no tendrás que hacer, ¿verdad?

Juanito contestó negativamente, arrepintiéndose en seguida.

—Me alegro. Pasearemos juntos. Mis amigos han salido con sus familias, y yo no tengo á nadie en este mundo; estoy solo... completamente solo.

El viejo recalcaba estas palabras, como si quisiera hacer responsable á alguien de su abandono.

Emprendieron los dos la marcha hacia las Alameditas de Serranos, paseo habitual de don Eugenio. Por el camino hablaba el viejo de su situación con tono melancólico; pero sus quejas eran vagas. Llegaron al paseo: una ancha faja de jardín en la orilla del río, exuberante de vegetación, pero tan sombría, que justificaba su título vulgar de «paseo de los desesperados». La concurrencia era la de siempre. Algunas madres de la vecindad, con su tropel de muñecos voceadores, y grupos de curas y aficionados á la clase sacerdotal, destacando sobre el verde la mancha negra de sus trajes, hablando con misterio de lo malos que están los tiempos, del prisionero del Vaticano y del verdadero rey que vive en Venecia.

Don Eugenio saludaba al paso aquellas caras que veía todas las tardes, sin interrumpir por esto la conversación.

Juanito le oía con la deferencia y el respeto que inspiran ochenta años.

—En una palabra, muchacho: que yo no puedo sufrir esta clase de vida. Serán para algunos escrúpulos necios, pero ¿qué quieres? Después de tantísimos años de probidad comercial, de prosperidad

lenta pero segura, no puedo conformarme con esta vida de agitación y sobresalto que noto en torno mío, ni menos ver con tranquilidad una ganancia inmoral y estrepitosa.

—Pero ¿por qué se ha de molestar usted tanto? —dijo el joven con tono conciliador—. Lo mejor es que deje correr las cosas. Don Antonio gana demasiado dinero para que puedan hacerle mella sus palabras. Además, cada época trae sus costumbres, y no es justo que usted se queje porque las cosas no estén lo mismo que en su juventud.

—Tienes razón, hijo mío. Estos son otros tiempos. Soy un verdadero cadáver; pero me resisto á meterme en la fosa, á pesar de que ésta me reclama, y tengo que sufrir las consecuencias. ¡Qué tiempos, Señor, qué tiempos!

Y el vejete miraba al cielo, mientras su mano arrancaba al paso las hojas de los rosales.

—Tú también—continuó—estás algo tocado de ese afán de hacerte rico, aunque sea arruinando al mundo entero. No te culpo por esto; es la fiebre de la época, y la juventud es la que con más calor apadrina las ideas nuevas. Tienes razón; yo no puedo, yo no debo meterme en los negocios de Antonio; carezco de derecho. ¿Qué soy en aquella casa? Un trasto inútil, un mueble incómodo que se empeña en permanecer intacto y todos desean verlo hecho astillas para arrojarlo al montón.

—No; eso no es verdad, don Eugenio. En aquella casa le quieren á usted todos. Me consta.

—Y yo también—dijo el viejo con gran calor—, yo también los quiero con toda mi alma. ¿Tengo otra familia acaso? Lo que hay, muchacho, es que, por lo mismo que les quiero tanto, me preocupa su suerte y no puedo ver con tranquilidad cómo Antonio se mete de cabeza en tan peligrosas aventuras. ¡Ay, mi pobre tienda! Tiemblo al pensar que puede

ser deshonrada para siempre. He oído decir que los marinos viejos sienten una pasión loca por el barco en que han pasado su vida. Lo mismo soy yo con *Las Tres Rosas*. Yo la fundé; tu pobre padre mantuvo la reputación del establecimiento honrado, y ahora... tiemblo al pensar lo que ocurriría si Antonio se arruinase en la Bolsa como otros tantos... Todo perdido, la tienda embargada, deshonrada para siempre... ¡Gran Dios! No quiero pensarlo.

—¡Bah!—objetó Juanito con juvenil confianza—. No es eso fácil; en la Bolsa sólo se arruinan los tontos, y mi principal tiene buen guía. Don Ramón... ¿sabe usted? don Ramón Morte, el hombre mimado de la fortuna, el gran filántropo.

—No seas tonto, muchacho. ¿Crees que tu tío es listo? Pues pregúntale qué piensa del tal don Ramón. Un pillo, hijo, un pillo redomado que emplea la pamplina de la caridad y se da bombos en los periódicos para engañar incautos. ¡Y qué bien sabe hacerlo el muy ladrón! Se confiesa á menudo, entrega cantidades en las sacristías, diciendo que las ha cobrado de más por un error y quiere sean para los pobres, y hasta se murmura si es él ese famoso sujeto que, con el incógnito de *Un cualquiera*, envía dinero á la Junta de Instrucción Obrera cuando ésta sufre apuros. Esa modestia, ese incógnito á medio velo, es un medio para llamar la atención como cualquier otro reclamo, y un negociante que desea tanto la popularidad no lleva idea buena. Algo prepara. Para mí, lo que hace es arreglarse el vendaje antes que exista la herida.

Juanito sentía inquietud y molestia ante la rudeza con que el viejo destrozaba el ídolo de su admiración, pero calló por respeto.

—Si ese hombre es—continuó don Eugenio—quien tiene que evitar la ruina de Antonio, bien estamos. Yo veo claro, y por eso chillo hasta ser

impertinente. No entiendo de esos negocios infernales, estoy acostumbrado á los tratos sencillos del comercio á la antigua, pero no desconozco lo fácil que es quedarse los bolsistas en medio de la calle de la noche á la mañana. ¿Y puedo yo estar tranquilo?... Al principio, Antonio era prudente y no exponía gran cosa; pero la ganancia le ciega, y ahora... ¿sabes? me he enterado de que se mete tan hondo, que si la fortuna le volviese la espalda, en veinticuatro horas quedaba limpio, sin cubrir sus compromisos, y por tanto, deshonorado. Figúrate lo que esto representa, muchacho. Si tu padre viviera, me comprendería mejor. Se me abren las carnes sólo al pensar en la posibilidad de que el dueño de *Las Tres Rosas* aparezca como un insolvente, como un tramposo, casi como un estafador. Di, muchacho, ¿puedo yo consentir eso? ¿Te parece tolerable?

Y el viejo se animaba, se erguía, apoyándose en su bastoncillo, y al hablar de su querida tienda, una oleada de sangre daba color á su cara fresca de anciano bien conservado.

—No; yo no puedo callar; esto apresurará mi muerte. Necesito tranquilidad, y no me acuesto ninguna noche sin llevar en el cuerpo un berrinche más que regular. Lo que yo digo: pero Señor, ¿por qué se meterá ese hombre en libros de caballerías? ¿No podía vivir tranquilo como yo, trabajando para la vejez y sin exponerse á peligro alguno?... Y es la maldita ambición que hoy todo lo invade. En mis tiempos, antes de gastar un ochavo le dábamos cien vueltas, pero nos contentábamos con lo nuestro y vivíamos felices. Ahora todo el mundo no piensa en otra cosa que en el modo de quitar legalmente la bolsa al vecino. La ambición los devora; á los cuarenta años son más viejos que yo; viven pendientes de un hilo con el afán de acaparar dinero;

y todo para derrocharlo, para satisfacer esa locura de engrandecimiento que á todos domina. Esto está perdido. Los mocosos ya no se conforman con ser aprendices y quieren pasar á amos; y... ¿qué más? Antonio se avergüenza de ser comerciante, y va por las tardes á la Alameda en un cochecillo ridículo, guiando como si fuese un cochero. Antes soñaba con que su hijo fuese abogado, y ahora mira impasible cómo abandona los estudios y se entera con gusto de sus progresos en la equitación. Dice que con la herencia que él le dejará, para nada necesita la carrera; quiere hacer de él un hombre á la moda, y quién sabe si tendrá pensado casarle por lo menos con la princesa de Asturias...

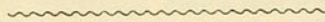
Y reía al decir esto con una risa misericordiosa, como si se sintiera elevado por encima de todas las miserias.

—En fin, hijo mío, tal vez te fastidie con mis quejas, pero á los viejos hay que tolerarles. Yo necesito hablar, expansionarme, echar fuera de mí esta inquietud que me devora, como si fuese yo mismo quien se mete en aventuras. Y te repito que esto acabará mal, muy mal. Tu tío es de la misma opinión. ¿Ves á tu principal? Pues es como tu mamá. Yo no le conocía, pero hay que tratar mucho á los hombres. Depende de las circunstancias que se muestren tales como son. Ahora no me cabe duda de quién es Antonio. Hubiese hecho con tu madre una excelente pareja. Los dos son iguales. Unos «fachendas», hambrientos de figurar, deseosos de meterse en una esfera superior á la suya, aunque se pongan en ridículo. Tu madre arruinándose y Antonio subiendo locamente camino de la suerte, son exactamente lo mismo. Capaces de derrochar una fortuna; la una por mantener lo que llama su «rango», y el otro por meterse entre gentes que de seguro se burlan de él... Esto no

puede seguir así... Vamos á ver grandes cosas, y... ¡ay! me dice el corazón que mi tienda, mi pobrecita tienda, naufraga en esta borrasca, y yo me muero.

El viejo hablaba melancólicamente, como si viese ya la ruina del brazo con la muerte rodando en torno de él.

Juanito se fastidiaba... ¡Bah! Aprensiones de viejo.



VII

Los domingos, á las siete de la mañana, salía Juanito de su casa con el alegre desembarazo del colegial que en día de fiesta todo lo ve de color de rosa.

Iba estirado, satisfecho dentro de su traje de lanilla inglesa, algo incómodo por el cuello de la camisa almidonado y de bordes punzantes; pero le bastaba lanzar una mirada á sus botas de charol y á la corbata, siempre de colores vivos, para darse por satisfecho de todas las molestias que le causaba su transformación. La mamá y las hermanitas le contemplaban con asombro. ¿Qué creían ellas?... El Juanito de ahora estaba muy lejos del de tres meses antes. Ya era hora de dedicar á rodillas de cocina las levitas viejas de su padrastro el doctor Pajares, prendas que la mamá le había hecho usar para mayor economía.

El amor había transformado á Juanito. Su alma vestía también nuevos trajes, y desde que era novio de Tónica, parecía como que despertaban sus sentidos por primera vez y adquiriría otros completamente nuevos. Hasta entonces había carecido de olfato. Estaba segurísimo de ello; y si no, ¿cómo era que todas las primaveras las había pasado sin percibir siquiera aquel perfume de azahar que exhalaban los

paseos y ahora le enloquecía, enardeciendo su sangre y arrojando su pensamiento en la vaguedad de un oleaje de perfumes? No era menos cierto que hasta entonces había estado sordo. Ya no escuchaba el piano de sus hermanas como quien oye llover; ahora la música le arañaba en lo más hondo del pecho, y algunas veces hasta le saltaban las lágrimas cuando Amparito se arrancaba con alguna romanza italiana de esas que meten el corazón en un puño.

El muchacho, antes tan sólido y bien equilibrado, mostrábase inquieto y nervioso, lloraba á solas por cualquier cosa ó se entregaba á expansiones infantiles; pero á pesar de esto, era más feliz que nunca. Su antigua vida parecíale la existencia soñolienta de una bestia amarrada á la estaca, rumiando la comida ó durmiendo, sin noción alguna de un más allá.

Ahora, el amor por un lado y por otro la primavera, parecían incubar en él un nuevo ser, y de la ruda cáscara del antiguo dependiente, con la inteligencia muerta y la voluntad atrofiada, surgía un hombre nuevo, en el cual despertábase el mismo romanticismo de su padre cuando era joven.

El Mercado le atraía los domingos en las primeras horas de la mañana, é iba á lucir sus arreos entre los puestos de las floristas. Allí permanecía confundido en el grupo de curiosos que atisbaban las caras hermosas, y lo mismo abrían paso á las señoritas que volvían de misa con el devocionario en la mano, que echaban piropos á las criadas emperijiladas, que, doblándose al peso de las cestas, metíanse entre la varonil barrera para comprar un mazo de flores.

¡Qué bien se estaba allí! El sol comenzaba á caldear la plaza; esparcíase por el ambiente el tufillo de las verduras recalentadas; pero bajo la techum-

bre de cinc que resguardaba los puestos de flores, entre las cortinas rayadas que tapaban los lados del mercadillo, notábase una frescura de subterráneo, el vaho húmedo de las baldosas regadas con exceso. Y luego, ¡qué orgía para el olfato en esta atmósfera fresca! Experimentábase la misma impresión que en una tienda de perfumería, donde, al entrar, toda una avalancha de esencias distintas sale de cuantos huecos tiene la anaquelera, asaltando el olfato.

Sobre las mesas pintadas de verde amontonábanse las flores como si fuesen comestibles, ó agrupadas en pirámides, sobre una base de papel calado, erguíanse formando ramos monumentales con los colores en caprichosos arabescos. Allí estaban las jardineras: hermosas unas, con la esplendidez de las vírgenes morenas; viejas y arrugadas otras, con esa fealdad de bruja que es final rápido é inesperado de la belleza en las razas meridionales. Acostumbradas todas ellas á la vida común con las flores, tratabanlas con confianza ruda y desdeñosa. Recortaban cruelmente sus tiernos rabos mientras hablaban con los compradores, ó aprisionaban sus finos tallos con el hilo, sin que les enterneciera el perfume que en son de protesta les arrojaban al rostro.

Un mosaico deslumbrador se extendía sobre las mesas. Las azucenas, con su túnica de blanco raso, erguíanse encogidas, medrosas, emocionadas, como muchachas que van á entrar en el mundo y estrenan su primer traje de baile; las camelias, de color de carne desnuda, hacían pensar en el tibio misterio del harén, en las sultanas de pechos descubiertos, voluptuosamente tendidas, mostrando lo más recóndito de la fina y rosada piel; los pensamientos, gnomo de los jardines, asomaban entre el follaje su barbuda carita burlona cubierta con la hueca boina de morado terciopelo; las violetas coqueteaban ocultándose para que las denunciase su olor-

cillo, que parecía decir: «¡Estoy aquí!»; y la democrática masa de flores rojas y vulgares extendíase por todas partes, asaltaba las mesas, como un pueblo en revolución, tumultuoso y desbordado, cubierto de encarnados gorros.

Allí esperaba Juanito la aparición de Tónica, que todos los domingos, por hallarse libre del trabajo, se encargaba de la compra, evitando esta operación á su compañera, cada vez más falta de vista. Formaban una original pareja el hortera endominado y aquella muchacha, que por estar cerca su casa iba de trapillo, sin perder por esto el aire de distinción adquirido en la niñez y llevando su cesta con la desenvoltura de una colegiala que comete una travesura.

Hablaron un buen rato en la entrada del mercadillo, sin fijarse en miradas maliciosas ni darse cuenta de los rudos encontronazos de la multitud; él la cargaba con el ramo más hermoso que veía, seguía la en su correteo por el Mercado, de puesto en puesto, y después la acompañaba hasta su casa, lentamente, saludando á los vecinos de los pisos bajos, que consideraban á Juanito como un conocido y se hacían lenguas, especialmente las mujeres, del «gancho» de la costurerilla, una mosquita muerta que había sabido «pescar» un novio rico, según aseguraban los mejor informados de la calle.

Juanito, poco á poco, había logrado estrechar sus relaciones con Tónica. No subía á la casa, eso no; ¿qué dirían los vecinos? pero si le estaba vedado entrar en aquella escalerilla, que se le antojaba camino de misterioso santuario, podía acompañar á Tónica y su amiga los domingos por la tarde.

El dependiente había entablado amistad con Micaela, una criatura insignificante que pasaba por el mundo como un fantasma, anulada la voluntad, lamentándose de no vivir, como en su juventud, en

la servidumbre doméstica. Sentía una tierna simpatía por aquella mujer casi ciega, con sus ojazos claros siempre inmóviles, como si experimentara eterno asombro. Entre el dependiente y ella establecíase el lazo de la igualdad de caracteres. Los dos eran seres débiles, pacientes, sin voluntad: acostumbrada ella á la obediencia de la servidumbre, supeditado él por la adoración á su madre.

Micaela encontraba aceptables las relaciones entre Juanito y su amiga. El dependiente era para ella un ser de casta superior; causábala respeto la posición social de su familia; y mientras Tonica le llamaba por su nombre, ella, con sus costumbres de criada antigua, nombrábale siempre «señor de Peña», ceremoniosamente, á estilo de comedia.

¡Qué tardes tan hermosas las de aquella primavera! Salían de casa á la hora en que correteaban por las calles los grupos de criadas, con sus faldas almidonadas y al cuello el ondeante pañuelito de seda, seguidas por los soldados de caballería, de escandalosas espuelas, torpe paso y embarazados por el sable, como si fuese un pesado garrote.

Sus diversiones eran siempre las mismas. Iban donde va la gente que no quiere gastar dinero, y se les veía por el pretil del río, camino de Monte-Olivete, los dos jóvenes delante, hablando tranquilamente, mientras se acariciaban con la mirada, y detrás Micaela, con aire de inconsciente, abismada en el crepúsculo eterno que la envolvía y levantando la cabeza, sin sentir la menor molestia por los rayos del sol que se quebraban en sus ojazos hermosos y muertos.

Deteníanse á contemplar los incidentes del tiro de palomo establecido en el cauce del río, pedregoso, inmenso, surcado por unas cuantas venillas de agua, que se cruzaban caprichosamente, formando verdes archipiélagos. La afición meridional

al estruendo, el instinto de raza, ansioso de correr la pólvora, revelábase en el inmenso corro, donde se contaban las escopetas á centenares y el tirador de chaqué disparaba junto al aficionado de blusa. En el centro del corro los enormes jaulones, donde aleteaban inquietos los pajarracos de la Albufera ó los pardos palomos, estremeciéndose á cada descarga, temiendo que les tocase el turno de volar por entre la lluvia de plomo; y junto á ellos el héroe de la fiesta, el *colombaire*, un mocetón des-
pechugado, al aire los bíceps de hércules, limpiándose el sudor, girando como una peonza, haciendo toda clase de muecas y voceando la frase sacramental «*¡á pacte!*» antes de soltar las alas que oprimía entre sus manos. ¡Allá va!... Y aquello era una batalla. Primero el disparo aislado del preferido que paga mejor; después tiroteo graneado; y al fin descargas cerradas, mientras el *colombaire* se agitaba como un energúmeno, con la fiebre de la destrucción, y rugía «*¡á ell, á ell!*» como si su voz fuese el ladrido de toda una jauría. El rojizo humo envolvía al corro; y arriba, en el espacio azul, puro, ideal, deshonorado por un crimen, veíase caer el palomo inerte, apelotonado, atravesado por veinte tiros, como un miserable puñado de plumas. Los curiosos, enardecidos por el tiroteo, seguían con mirada ansiosa al pájaro que lograba escapar; interesábanse en las terribles disputas de los cazadores, reclamando todos la misma pieza; no se fijaban en la lluvia de perdigones fríos que caían en torno de ellos; y si «por casualidad» se perdía un ojo ó se sentía escozor en el cuerpo... ¿qué iban á hacer? esto entraba en la diversión.

La enamorada pareja seguía su paseo, sintiendo á sus espaldas el paso leve de la resignada Micaela. En Monte-Olivete sentábanse en el banco de piedra que circunda la ovalada plaza; henchíase el

moquero de Tonica de cacahuets y altramuces, y volvían á emprender la marcha, siempre por la orilla del río, más agreste ahora, con filas de seculares álamos y verdes cañares, que se estremecían rumorosos al viento con un quejido triste.

Andaban, devoraban distraídamente el contenido del pañuelo. Juanito llevaba en su bigote corpezas de cacahuets; y á pesar de esto, los dos se sentían en un ambiente ideal y caminaban como si no pusiesen los pies en el suelo. En el fondo de los ojos de Tonica veía él la reducción del paisaje, las verdes charcas del río, los cañares, la arboleda, el azulado cielo; y las nubecillas que resbalaban veloces antojábansele, vistas en tal espejo, el alma de su amada, que pasaba y repasaba tras las pupilas envuelta en vaporosas vestiduras. ¡Oh, qué bien se sentía caminando junto á la mujer amada, rozándola el codo á la menor desigualdad del terreno, aspirando el perfume indefinible de Tonica, distinto de todas las esencias de este mundo! Olvidábase de todo, de su familia, de su porvenir, de la pobre Micaela, que iba á sus espaldas rumiando altramuces, y su atención reconcentrábase en los ojos negros, que á cada movimiento reproducían un rincón del paisaje; en la blanca y sana dentadura, tan hermosa, tan brillante, que al reir parecía iluminar la morena cara de la joven.

Y sin embargo, su conversación no podía ser más vulgar. Tonica era un espíritu práctico, que, en medio de sus escapes de pasión, no olvidaba el porvenir con todas sus miserias y monotonías. Insensible á los encantos del paisaje, á la soledad rumorosa que los rodeaba, trazaba planes para lo futuro, para cuando fuesen dueños de una tienda en el Mercado y ella tuviese que desarrollar las facultades de ama de casa. Ya vería él de lo que era capaz su mujercita. Y la linda costurera, con su

aire grave de mujer formal, con la misma expresión vaga y soñolienta que si hablase de amor, marcaba punto por punto el programa de su vida futura. Se levantaría á la misma hora que él, y mientras Juan vigilase la limpieza de la tienda, ella ayudaría á la criada en «lo de arriba»; trabajar mucho y ahorrar más, pues esto es lo que da salud; y después, á la hora de comer... ¡qué felicidad hablar de los negocios devorando el clásico puchero con el buen apetito que da la actividad! Dependientes pocos y buenos, tratados como de la familia, comiendo todos en la misma mesa, á estilo patriarcal. Y la casa adelante, siempre adelante. Queriéndose ellos mucho y amasando ochavo tras ochavo la fortuna para la vejez, en aquel nido estrecho atestado de fardos y piezas de tela. Esto al principio, cuando aún no hubiesen novedades y la casa permaneciese tranquila y en reposo; pero después... ¡figúrate tú! vendrá lo que es natural... uno, dos ó más, ¿quién sabe? Y entonces tendrá que ver que al digno comerciante don Juan Peña, cuando suba á almorzar, se le cuelguen de los brazos unos cuantos angelitos cabezudos, de hinchados mofletes, y no le dejen tragar bocado con tranquilidad.

Pero Tonica se detenía, ruborizándose como si sintiera haber dicho demasiado, y miraba á su novio confusa y avergonzada, mientras éste buscaba la linda manecita de ella para besarla repetidas veces, sin importarle la presencia de Micaela.

La costurera consentía estas caricias. Conocía bien á Juanito. No había cuidado que pasase de ellas. Besábala las manos, sin que sus labios dejaran la ardorosa huella del deseo contenido, y todo el exceso de Juanito consistía en morder las duricias de la epidermis producidas por el contacto de las tijeras ó las rozaduras y pinchazos de la aguja. Estas marcas del diario trabajo las adoraba Juanito

como cuarteles de nobleza, y las yemas de los rosados dedos, ligeramente encallecidas, chupábalas con tanta delicia como si fuesen caramelos.

Tonica, con dulce coquetería, extendía sus manos, dejándoselas besar. Si alguna vez, al saltar un ribazo, quedaba al descubierto algo de su blanca media, veía cómo Juanito volvía á otro lado su mirada con cierta expresión de sorpresa y disgusto. La quería bien: estaba en el período de la adoración extática. Tonica era para él como esas vírgenes de cabeza hermosísima, que bajo la deslumbrante vestidura sólo tienen para sostenerse tres feos palitroques. El, que en la cocina de su casa estremecíase hasta la raíz de los cabellos al menor roce con las fornidas fregonas, nunca había llegado á pensar que Tonica tenía algo más que su gracioso rostro.

Mientras los novios, sentados en los pendientes ribazos, con los cañares á la espalda, hablaban del porvenir, acariciándose castamente, y en pleno idilio daban fin al puñado de altramuces, Micaela permanecía inmóvil, con la mirada mate fija en el sol, que, como una bola candente, resbalaba por la inmensa seda del cielo sin quemarla, y al acercarse en su descenso majestuoso al límite del horizonte, se sumergía en un lago de sangre.

Algunas veces, la pobre mujer sonreía, como si ante sus ojos moribundos pasasen seductoras visiones.

—¿Qué piensa usted, Micaela?—preguntaba Tonica—. ¿Ve usted algo?

—Nada, hija mía; veo el sol, que es lo único que puedo ver.

Pero mentía. Veía con los oídos. Las palabras de los jóvenes, aquellos desahogos de un amor tranquilo, le alegraban, y su fantasía poblaba de imágenes las muertas retinas. Veía á la *siñá* Antonia, la madre de la costurera, tal como era quince

años antes, cuando Micaela iba de visita á su portería para charlar como antiguas amigas. Pero ahora ya no hacía calceta, ni aparecía dentro de sus ojos patiabierta ante el brasero, echando firmas en la lumbre; la veía en el cielo, justamente ganado con sufrimientos y miserias, vestida de blanco, como van los bienaventurados, y desde allí, asomándose á una ventana de nubes, lanzaba una sonrisa como una bendición sobre los dos jóvenes, que parecía decir: «Gracias, Micaela; cuídamela, sacrificate un poco más, no la abandones hasta verla esposa de Juanito, que es buen muchacho. Yo, en agradecimiento, te guardaré un rinconcito para cuando subas.»

Y la pobre mujer conmoviase tanto al soñar despierta, que las lágrimas titilaban en sus ojos, haciendo brillar las pupilas sin vida.

—¿Ahora llora usted?...—preguntaba Tonica—. Pero ¿qué le pasa?

Nada, absolutamente nada. Se sentía feliz y lloraba de alegría, de agradecimiento, satisfecha de sí misma, de la bondad con que le trataba Dios.

Juanito miraba con asombro no exento de envidia á la pobre mujer casi cieja, que saldría del mundo tan inocente como había entrado, después de arrastrar la más monótona y abrumadora de las existencias, siempre amarrada á la argolla de la domesticidad, sumisa y automática, y que todavía sentíase dominada por el agradecimiento, como si la vida de descanso puramente animal que ahora gozaba fuese una fecilidad de que no se consideraba digna.

Aquella primavera fué el período más feliz de la existencia de Juanito.

Amaba, era amado, tenía fe en el porvenir, sentíase á cien leguas de las miserias de su familia, y para mayor felicidad, el tío don Juan, en-

terado de su noviazgo, lo toleraba, reservándose dar su aprobación definitiva cuando conociese á Tonica.

Un domingo, por exigencias de los arrendatarios, tuvo que ir á su huerto de Alcira, y pasó el día como un desterrado, mirando melancólicamente hacia Valencia y sintiendo un inocente enfurruñamiento contra el sol porque marchaba despacio, retrasando la hora del regreso. Por la noche, ¡con qué placer saltó al andén de la estación, hendiendo á codazos la muchedumbre que obstruía la salida! Con los zapatos llenos de polvo, llevando en las manos dos ramas de naranjo cargadas de bolas de oro que esparcían fresco perfume, pasó como un hombre satisfecho de la vida ante los revisores y dependientes de Consumos que vigilaban la puerta, y corrió á la calle de Gracia, metiéndose en la escalerilla con un arranque de audacia que á él mismo le causaba asombro. Micaela perdonó al «señor de Peña» esta transgresión de lo pactado, en gracia á su viaje y al regalo del ramo de naranjas; y desde aquel día, el enamorado, sin abusar de la tolerancia, continuó sus visitas.

Juanito ya no sentía miedo al pensar lo que diría la mamá cuando conociese sus amores. Tenía el convencimiento de que ella lo sabía todo.

El día de la Virgen fué con Tonica y su amiga á la primera misa en la capilla de los Desamparados. Dentro del templo sonaba la música; la multitud, oprimida en la mezquina rotonda, esparcíase por la plaza hasta la fuente, adornada con un ridículo templete que parecía de confitería. Todos estaban en actitud reverente, sin ver otra cosa de la misa que las oscuras puertas, en cuyo fondo brillaban como chispas de oro las luces de los altares, sintiendo en sus descubiertas cabezas el vientecillo de primavera, semejante al halago de una mano

invisible, tibia y olorosa. En esta confusión, cuando Juanito, sacando los codos, guardaba de empujones á las dos mujeres, vió á corta distancia á su familia y la del señor Cuadros.

Desde las Pascuas que era grande la intimidad entre las dos familias; Juanito había oído hablar la noche anterior de cierto plan de esparcimiento matutino, como principio de fiesta, por ser los días de Amparito. Oirían la primera misa en la capilla de los Desamparados, porque á doña Manuela, como buena valenciana, le parecía que ninguna misa del resto del año valía tanto como aquella, y después tomarían chocolate en un huerto de fresas, bajo un toldo de plantas trepadoras, recreándose el olfato con el olor de los campos de flores y el humillo del espeso soconusco.

Doña Manuela vió á su hijo. Juanito la sorprendió fijando los ojos en Tonica con expresión curiosa é interrogante. La altiva señora aparentó después no haber visto á su hijo; pero al volver á casa, Juanito sentíase trémulo é inquieto pensando en lo que diría su mamá, tan amante del prestigio de la familia.

Pasó aquel día y pasaron muchos sin que doña Manuela dijese una palabra sobre el noviazgo de su hijo. Este silencio entristecía á Juanito en ciertos momentos. Veía una vez más hasta dónde llegaba el afecto de aquella madre á la que idolatraba. Era un paria, un advenedizo de procedencia inferior que el azar había introducido en la familia. Para Rafaelito y las hermanas, todas las alianzas eran medianas; pero tratándose del hijo de Melchor Peña, el tendero del Mercado, todo resultaba bien. Podía casarse con una criada de la casa, sin que doña Manuela sintiera un leve roce en aquella susceptibilidad tan despierta para los otros hijos.

La buena señora llegó por fin á darle á entender

con palabras sueltas lo que él se recelaba. Conocía sus amores; se había informado de quién era Tonica, y no le parecía gran cosa; pero si Juanito se mostraba conforme, todos contentos. Esta indiferencia anonadaba á Juan; y á pesar de que nadie en la casa se preocupaba de sus amoríos—pues cuando más, merecían alguna burla de Amparito—, siguió recatándose, como si temiera las maternas censuras.

Desde la noche que subió á casa de Tonica, fué estrechando su intimidad con las dos mujeres. Ya se atrevía algunas noches á hacerles tertulia hasta las diez, y como la presencia de Micaela daba á la conversación un tinte de seriedad, Juanito hablaba del comercio, de los triunfos de la Bolsa, de la buena fortuna de su principal, y sobre todo, de don Ramón Morte, su grande hombre, al que cada vez tributaba una adoración más vehemente.

Si él se sintiera con fuerzas bastantes, sería de ellos; ingresaría en el batallón audaz que, guiado por Morte, marchaba de jugada en jugada á la conquista de los millones; y decía esto con la fiebre de explotación adquirida en la tienda oyendo á los bolsistas, fiebre que comunicaba á las dos mujeres, que le escuchaban como un oráculo.

La falta de valor era lo que le retenía en su posición mediocre; en cuanto al éxito, no era posible dudar. El que ahora no se hacía rico, era porque no quería serlo. Bastaba un poco de dinero y la sabia dirección de Morte para despertar un día millonario.

Y Tonica le escuchaba con la mirada fija, el entrecejo fruncido, los labios apretados, como si dentro de su cabecita se agitase una idea tenaz, mientras Micaela abría sus muertos ojos con la expresión de una niña que oye un cuento de hadas.

Aquellos millones fantásticos, saliendo de la

boca de Juanito, rodaban sobre el pobre tapete de la mesa, parecían difundir por la mísera habitación un ambiente de aplastante opulencia, algo semejante á la sonora vibración de montones de oro. Y esta conversación fué repetida un día y otro, hasta que Juanito quedó desconcertado é indeciso ante una proposición de las dos mujeres.

Aunque era partidario de las audacias financieras, siempre que pensaba en la posibilidad de poner en práctica sus entusiasmos surgían en él la prudencia y la desconfianza, los escrúpulos de la rutina comercial, como una herencia de raza. Por esto sintió cierta inquietud al oír á Micaela que deseaba dedicar sus ahorros á un negocio tan afortunado. Eran ocho mil reales, amasados trabajosamente entre las dos mujeres, arañados al jornal de Tonica y á la pobre pensión de Micaela, adquiridos á fuerza de limentarse con arroces insípidos los más días de la semana, remendar los trajes hasta que se deshilachaban de puro viejos y pasar las veladas á obscuras para evitarse el gasto de luz.

Juanito dudó. No le parecía mal el propósito. Ya que tenía dinero, mejor que guardarlo en el fondo del arca era emplearlo como cebo, para que la suerte mordiese en él. Y repitió varias veces esta frase oída á su principal.

—Pero...—añadió con marcada indecisión—no sé hasta qué punto convendrá á ustedes exponer un dinero que tanto les cuesta. Don Ramón es infalible, pero ¿quién sabe lo que reserva la suerte?... ¿Quieren ustedes creermelo? Nada de jugadas. Esto queda para mi principal y sus amigos, que tienen mucho corazón. Lo mejor es llevarle el dinero al señor Morte y rogarle que lo invierta en papel del Estado. Es un tío muy largo. Adivina el papel que puede subir y el que va á bajar. Si él quiere, el capitalito de ustedes quedará bien colo-

cado; cobrarán ustedes su renta todos los trimestres, y es fácil que lo que adquieran por cinco valga diez dentro de poco. Quedamos, pues, en que iremos á ver á don Ramón.

¡Afortunado mortal! Desde entonces, su nombre pareció llenar la habitación, y las dos mujeres le aposentaron en su memoria, imaginándolo como un ser poderoso, todo bondad, que peloteaba los millones y se divertía haciendo ricos á los pobres.

—¿Cuándo vamos á ver á don Ramón?—era la pregunta que hacían las dos mujeres apenas entraba Juanito en la casa.

Y la visita la hicieron una mañana que Tonica no tenía trabajo y su novio pudo abandonar *Las Tres Rosas*. ¡Qué emoción! En la plaza de la Reina ya le temblaban las piernas á Micaela, pensando en el arrugado papel de estraza que contenía los billetes mugrientos, y más aún en que iba á verse ante aquel señor de quien todos se hacían lenguas.

Entraron en un patio suntuoso, embellecido por la industria más que por el arte arquitectónico, en el que el escayolado imitaba al mármol y el yeso moldeado á máquina fingía un artesonado antiguo. En el primer tramo de la escalera estaba el despacho de don Ramón.

La antesala parecía de ministerio, y apenas si en los bancos forrados de terciopelo quedaba espacio libre para los que iban llegando. Los clientes aguardaban con resignación el turno. Eran curas en su mayoría, pues don Ramón, persona piadosa y amiga de hacer limosnas por mano de la Iglesia, figuraba como el banquero del clero, y en las sacristías su nombre alcanzaba gran prestigio.

Los hábitos negros, la discreta media luz que filtraba al través de los cortinajes de los balcones, esfumando los adornos de la antesala en una dulce penumbra, y la calma discreta que reinaba en toda

la casa, daban á ésta un ambiente conventual de profunda paz, dulce y atractivo.

Juanito y las dos mujeres, después de una hora de espera viendo las entradas y salidas de los clientes, que andaban con aire discreto, como influídos por aquel ambiente de seráfica calma, fueron admitidos á la presencia del grande hombre. Atravesaron la oficina, donde media docena de pobres diablos plumeaban encorvados, levantando la cabeza para lanzar á Tónica una mirada rápida. Abriendo una mampara negra, entraron en el despacho, pieza empapelada de obscuro, con estantes de carpetas verdes y grandes cromos franceses de santos y santas, que parecían acicalados y perfumados para asistir á un baile.

Allí, tras la mesa-ministro, sobre la cual todo estaba arreglado con nimia pulcritud, mostrábase el famoso banquero. Tónica experimentó una decepción. Habíalo imaginado majestuoso, imponente, y veía un hombre raquítico, amarillento, cargado de espaldas, con la cabeza cana y un bigote recortado, que parecía despegarse de su rostro clerical. Hablaba golpeando cadenciosamente con una mano el dorso de la otra, y sus ojos pardos, brillando tras las gafas de oro, eran lo más notable del rostro, por su expresión extremadamente bondadosa y atenta. Su facilidad de fisonomista le hizo reconocer inmediatamente á Juanito.

—Siéntense ustedes... siéntense—dijo con su voz reposada, que marcaba grandes pausas entre sílaba y sílaba—. ¿Qué hay, pollo? ¿Qué le trae á usted por aquí?

El dependiente estaba ruborizado y se expresaba con dificultad, impresionado por la mirada del grande hombre.

Don Ramón acogió con noble modestia las expresiones de confianza de su admirador, y pareció

enternecerse con las pocas palabras de Tonica y su amiga rogándole se dignase aceptar su dinero.

—Estoy muy atareado para poder encargarme de los asuntos de los demás... Sin embargo, basta que vengan con este joven, al que aprecio, para que me decida á hacer algo por ustedes... ¿Dice usted, niña, que son ocho mil reales? Bueno; pues compraremos Cubas: es el mejor papel. Ahora están á noventa y ocho, pero no tardarán á subir, se lo aseguro á ustedes. Compraremos Cubas... Yo no afirmo nada, soy como todos y puedo equivocarme; pero tal vez... tal vez dentro de un año doblaremos el capitalito. Sí señor; puede que lo doblemos.

Y hablaba sonriendo maliciosamente, golpeándose las manos con expresión satisfecha, como si le bastara un simple guiño para que las dos mil pesetas se multiplicaran en millones.

Una corriente de entusiasmo parecía envolver á los tres visitantes. La fiebre de ganancia que les dominaba por las noches al hablar de negocios volvía á reaparecer. Ahora, Tonica ya no encontraba tan insignificante á don Ramón, y hasta creía ver en él cierta aureola de hombre de genio.

El papel de estraza que contenía las privaciones y esperanzas de las dos mujeres quedó sobre la mesa. Allí estaban los ocho mil reales. Podía hacer don Ramón lo que quisiera. Ellas confiaban en él como si fuese su padre.

—Bueno; compraré Cubas. El pollo pasará por aquí cuando guste, para que le entere de la marcha del capitalito.

Y don Ramón les acompañó hasta la mampara, cobijando con mirada amorosa de padre á sus tres clientes. El dinero quedaba á su espalda, sin recibo, sin garantía alguna, resguardado por el espíritu de confianza inquebrantable que circuía la respetable personalidad del banquero caritativo.

Al salir los tres, asomaba un nuevo cliente, un hombre de chaqueta y gorra, industrial, que había abandonado un instante su taller para alcanzar una palabra del ídolo.

—Vamos para arriba—dijo el banquero alegremente, sin dejarle terminar el saludo—. Su capitallito ha aumentado en un cincuenta por ciento. Tiene usted ya treinta mil pesetas.

El hombre, pálido de emoción, se contenía para no arrojarse al cuello de don Ramón y comérselo á besos.

—¡Gracias, muchas gracias! Es usted mi padre.

Y para no estorbar al grande hombre, huyó, trémulo por la noticia, pensando en sus hijos y en lo que diría su mujer.

Los nuevos clientes de don Ramón atravesaron la oficina tan conmovidos como el otro. ¡Aquel hombre era un santo! Lo mismo decían los que estaban en la antesala, gente menuda, con blusa unos y chaqués raídos otros, todos hombres de fe, que llevaban sus ahorros al santuario de la honradez, y mientras aguardaban el turno cuchicheaban, haciéndose lenguas de sus virtudes. Dos días antes, don Ramón, al hacer el balance del mes, notando que resultaban en su favor quinientas pesetas, procedentes sin duda de un error en la cobranza, había ido á confesar la involuntaria falta, entregando la cantidad al cura para que la repartiese entre los pobres.

Y la noticia, circulando de boca en boca, agrandábase, llegando á arrancar lágrimas de enternecimiento. ¡Qué hombre aquél! No ya el dinero, sino la propia sangre se le podía dar con entera confianza.

Micaela y Tónica, al estar en la calle, lanzaron un suspiro de satisfacción. ¡Dios mío! ¡Qué peso se quitaban de encima!

Habían dudado un poco antes de entregar sus ahorros, pero ahora sentían una dulce confianza pensando que quedaban arriba, en manos de un hombre á quien todos los días nombraban los periódicos con los títulos de «acaudalado y filantrópico banquero».



VIII

La vela del Corpus, con sus anchas listas azules y blancas, sombreaba desde los altos mástiles la plaza de la Virgen.

La muchedumbre, endomingada, agitábase en torno de las *rocas*, admirando una vez más las carrozas tradicionales que todos los años salían á luz: pesados armatostes lavados y brillantes, pero con cierto aire de vetustez, luciendo en sus traseras, cual partida de bautismo, la fecha de construcción: el siglo XVII.

Recordaban aquellas enormes fábricas de madera pintada, con su lanza semejante á un mástil de buque y sus ruedas cual piedras de molino, las carrozas sagradas de los ídolos indios ó los carro-matos simbólicos que güelfos y gibelinos llevaban á sus combates.

La gente pasaba revista con una curiosidad no exenta de ternura á la fila de *rocas*, como si su presencia despertara gratos recuerdos.

Allí estaba la *roca* Valencia, enorme ascua de oro, brillante y luminosa desde la plataforma hasta el casco de la austera matrona que simboliza la gloria de la ciudad; y después, erguidos sobre los pedestales, los santos patronos de las otras *rocas*: San Vicente, con el índice imperioso, afirmando la

unidad de Dios; San Miguel, con la espada en alto, enfurecido, amenazando al diablo sin decidirse á pegarle; la Fe, pobre ciega, ofreciendo el cáliz donde se bebe la calma del anulamiento; el Padre Eterno, con sus barbas de lino, mirando con torvo ceño á Adán y Eva, ligeritos de ropa como si presintiesen el verano, sin otra salvaguardia del pudor que el faldellín de hojas; la Virgen, con la vestidura azul y blanca, el pelo suelto, la mirada en el cielo y las manos sobre el pecho; y al final, lo grotesco, lo estrambótico, la bufonada, fiel remedo de la simpatía con que en pasadas épocas se trataban las cosas del infierno, la *roca Diablera*: Plutón coronado de verdes culebrones, con la roja horquilla en la diestra, y á sus pies, asomando entre guirnaldas de llamas y serpientes, los Pecados capitales, horribles carátulas con lacias y apolilladas greñas, que asustaban á los chicuelos y hacían reír á los grandes.

Y todos estos carromatos, legados de la piedad jocosa de pasadas generaciones, eran admirados por el gentío, que, con un entusiasmo puramente meridional, se regocijaba pensando en la fiesta de la tarde, cuando las mulas empenachadas se emparejasen en la aguda lanza y los carromatos conmoviesen las calles con sordo rodar, exuberantes las plataformas de arremangados mocetones disparando una lluvia de confites sobre el gentío.

Así como avanzaba la mañana aumentaba el hormigueo en torno de las *rocas*, que, vistas de lejos, destacábanse como escollos sobre el oleaje de cabezas. El primer sol de verano abrillantaba como espejos las barnizadas tablas de los carromatos, doraba los mástiles, esparcía un polvillo de oro en la plaza, daba al gigantesco toldo una transparencia acaramelada, y este cuadro levantino, fuerte de luz, dulcificábase con el tono blanco de

la muchedumbre, vestida de colores claros y cubierta con los primeros sombreros de paja.

A las doce, cuando mayor era la concurrencia, las de Pajares salieron de la catedral, devocionario en mano y al puño el rosario de nácar y oro. Regresaban á casa después de oír misa, y al llegar frente á la Audiencia vieron correr la gente, oyendo al mismo tiempo un lejano tamborileo.

—¡La cabalgata! ¡la cabalgata!—gritaba la chiquillería corriendo por la calle de Caballeros. Y las de Pajares tuvieron que detenerse ante la muralla de curiosos agolpados al paso de la cabalgata.

Primero pasaron los portadores de las banderolas, con sus dalmáticas de seda con las barras aragonesas y altas coronas de latón sobre melenas y barbazas de estopa; tras ellos el cura municipal, el famoso «capellán de las *rocas*», jinete en brioso caballo encapazonado de amarillo, el manteo de seda descendiendo desde el alzacuello á la cola del caballo, y enseñando la limpia y blanca tonsura al saludar con el bonete al público de los balcones. Y seguían detrás las *dansetes*, escuadrones de pillería disfrazada con mugrientos trajes de turcos y catalanes, indios y valencianos, sonando roncospanderos é iniciando pasos de baile; las banderas de los gremios, trapos gloriosos con cuatro siglos de vida, pendones guerreros de la revolucionaria menestralía del siglo XVI; la sacra leyenda, tan confusa como conmovedora, de la huída á Egipto; los Pecados capitales, con estrambóticos trajes de puntas y colorines, como bufones de la Edad Media, y al frente de ellos la Virtud, bautizada con el estrambótico nombre de la *Moma*; los Reyes Magos, haciendo prodigios de equitación; heraldos á caballo; jardineros municipales á pie, con grandes ramos; carrozas triunfales, todo revuelto, trajes y gestos, como un grotesco desfile de Carnaval, y

alegrado por el vivo gangueo de las dulzainas, el redoble de los tambores y el marcial pasacalle de las bandas.

Detrás, presidiendo la comitiva, como muda invitación hecha al público para asociarse á la fiesta, iban en las carrozas municipales media docena de señores de frac, tendidos en los blasonados almohadones, llevando sobre el vientre, como emblema concejil, la roja cincha y saludando al público con un sombrero protector.

—¡Atrás, niñas!—dijo doña Manuela á sus hijas.— ¡Atrás, que vienen esos brutos!

Los brutos eran los de la *degolla*: un pelotón de gañanes con la cara tiznada, gabanes de arpillera con furias pintadas, y coronados de hierba, que cerraban la marcha, repartiendo zurriagazos entre los curiosos que ocupaban la primera fila con sus garrotes de lienzo, más ruidosos que ofensivos.

Las de Pajares dejaron que se alejase la cabalgata con su estruendo de tambores y dulzainas y siguieron su marcha por las calles cubiertas con espesa capa de arena para el paso de las *rocas*.

A la hora de la comida llegó Andresito á casa de las de Pajares. Lo enviaban sus papás para hacer el ofrecimiento de todos los años. Ya se sabía que el balcón de *Las Tres Rosas* era el mejor del Mercado. Además, los señores de Cuadros tenían gran satisfacción en recibir á sus amigos; y más aún ahora que el afortunado bolsista había amueblado á gusto de los tapiceros, y con una brillantez vulgar propia de café ó de fonda, sus habitaciones, antes tan lóbregas como desmanteladas.

Doña Manuela y las niñas aceptaron con entusiasmo el ofrecimiento. ¡Vaya si irían! Y la viuda de Pajares, que tan mal había hablado de Teresa, su antigua criada, hacía ahora elogios de ella como si fuese una amiga de la infancia.

A las tres salía la familia con dirección al Mercado.

Concha y Amparito llamaban la atención con sus vestidos de vivos colores y las capotitas de paja, que hacían lucir sobre su cabeza toda una pradera de flores y musgo. La mamá las contemplaba por la espalda, experimentando la satisfacción orgullosa de un artista. Obra suya era aquel lujo, y había que reconocer que las niñas sabían lucirlo. Pero ¡ay, Dios! estremecía al pensar lo que aquello le costaba y las terribles intranquilidades del porvenir. ¡Siempre el dinero como eterna pesadilla, amargándole la existencia, á ella que tanto había gastado!

Juanito las dejó á la puerta de *Las Tres Rosas*, para ir en busca de su novia, y ellas, al subir á las habitaciones de los señores de Cuadros, encontráronse con una tertulia formada por todos los amigos de la casa: familias de bolsistas y comerciantes retirados, que imitaban torpemente los ademanes y gestos que habían podido copiar por las tardes en la Alameda, paseando en sus carruajes por entre los de la antigua aristocracia. Hablaban de las modas del verano, «de lo que iba á llevarse», mientras los hombres, formando grupo cerca de los balcones, daban en su conversación eternas vueltas en torno del cuatro por ciento interior y de los billetes hipotecarios de Cuba.

La esposa de Cuadros, que respondía á sus amigas con sonrisas de conejo y parecía muy preocupada por pensamientos tristes y misteriosos, abalanzóse á doña Manuela, saludándola con apretado abrazo y sonoros besos. Parecía una desesperada que encuentra al fin el medio de salvación.

—Tenemos que hablar, doña Manuela—le dijo al oído—. No, ahora no; después se lo contaré todo. ¡Ay, si usted supiera!...

Mientras tanto, las niñas de Pajares, las de López el famoso bolsista y otras amiguitas posesionábanse de los balcones, convirtiéndolos en pajareras con su charla graciosa y sus ruidosas risas.

La plaza era un mar multicolor de cabezas. Los balcones estaban adornados con antiguas colgaduras de sólidos colores, las bocacalles vomitaban sin cesar nuevos grupos en el compacto gentío, y los pájaros que anidaban en los árboles del Mercado huían ante la granujería que, montada en las ramas, silbaba y gritaba á los de abajo, con la confianza del que está en su propia casa. El sol de verano caldeaba la muchedumbre, por entre la cual paseaban las chiquillas despeinadas y en chancla, con el cántaro en la cadera, pregonando el agua fresca, y los mocetones de brazos hercúleos y arremangados, con pañuelo de seda en la cabeza, sosteniendo á pulso las pesadas heladoras y ofreciendo á gritos la horchata y el agua de cebada.

Ya habían sonado las cuatro. En los balcones abríanse, como flores gigantescas, sombrillas de brillantes colores, agitábanse grandes abanicos con aleteo de pájaro, y abajo la muchedumbre removíase inquieta, chocando con las apretadas filas de sillas que orlaban el arroyo.

Sonó un rugido á un extremo de la plaza, é inmediatamente fué contestado por un griterío general.

—¡Ya están ahí!... ¡ya están ahí!

Y hubo empellones, codazos, remolinos de cabezas, empujando todos al que estaba delante para ver mejor.

A lo lejos, empequeñecida por la distancia, apareció la primera *roca*, en torno de la cual, como jinetes liliputienses, hacían caracolear sus caballos los soldados encargados de abrir paso. Un alegre cascabeleo dominaba los ruidos de la plaza y las

voces enérgicas del postillón en traje de la huerta, que gritaba «*jarre! jarre!*» manejando con rara maestría una docena de ramales.

Las *rocas*, una tras otra, fueron desfilando por la plaza, produciendo cada una de ellas una verdadera revolución. Trotaban, arrastrando los pesados armatostes, las docenas de mulas gordas y lustrosas salidas de las cuadras de los molinos, con los rabos encintados, las cabezas adornadas con vistosas borlas y entre las orejas tiesos y ondulantes penachos. Cogidos á sus bridas corrían los criados de los molineros, atletas de ligera alpargata, despechugados y con los brazos al aire, que, á la voz de «¡alto!», se colgaban de las cabezadas, haciendo parar en seco á las briosas bestias. Colgando de las traseras de los carromatos balanceábanse racimos de chicuelos, que al menor vaivén caían en la arena, saliendo milagrosamente de entre las patas de los caballos. En las plataformas iban los de la Lonja, tratantes en trigo, molineros, gente campechana y amiga del estruendo, que, en mangas de camisa, botonadura de diamantes y gruesa cadena de oro en el chaleco, arrojaban á los balcones con la fuerza de proyectiles los ramilletes húmedos y los cartuchos de confites duros como balas, con más almidón que azúcar.

Cada *roca* esparcía el terror y el regocijo á un tiempo. La movible batería de brazos disparaba ruidosa metralla, cubriendo el aire de objetos; los cristales caían rotos, y hasta las persianas quedaban desvencijadas bajo la granizada de confites.

En los balcones, las señoritas cubríanse el rostro con el abanico, temerosas al par que satisfechas de que las acribillasen con tan brutales obsequios. Abajo estaban los bravos, que por un chichón más ó menos no querían mostrar miedo é insultaban á los de las *rocas* cuando se agotaban los proyectiles,

hasta que aquéllos les arrojaban á la cabeza los cestones vacíos. Cada vez que caía un cartucho ó un ramo sobre la gente, mil manos se levantaban ansiosas, originándose disputas por su posesión.

Pasó por fin la última *roca*, la *Diablera*, donde iba la gente de trueno, más atroz en sus obsequios y tenaz en proporcionar ganancias á los almacenes de cristales, y la calma se restableció en la plaza, comenzando á aclararse el gentío.

En casa de Cuadros, las señoras, cansadas de permanecer tanto tiempo de pie en los balcones, iban en busca de los mullidos asientos de las salas. En un balcón, completamente solas, estaban doña Manuela y la señora de Cuadros, cobijándose ambas bajo la misma sombrilla, afectando mirar á los transeúntes y hablando en voz baja con tono grave y misterioso.

La viuda de Pajares mostrábase maternal y daba consejos á su amiga con cierta altiva superioridad. Vamos á ver, ya estaban solas. ¿Qué era aquello? ¿Algún disgusto de familia? Podía hablar con entera franqueza, pues ya sabía el gran interés que le inspiraba todo lo de su casa. Pero doña Manuela, á pesar de su superioridad, no pudo ocultar la sorpresa que le produjo conocer la verdad.

¡Vaya con el señor de Cuadros! ¡Quién iba á imaginarse una cosa así!... Todos los hombres son lo mismo. No hay que fiarse de ellos, y más si han sido tranquilos en su juventud, pues ya es sabido que «el que no la hace á la entrada la hace á la salida». Lo mismo le había ocurrido á ella con el doctor. Se casó, creyendo que un hombre grave, que tan enamorado se mostraba, no podía serle infiel; y sin embargo, ya tenía ella que contar de los últimos años de matrimonio.

—Ni Santa Rita de Casia, amiga Teresa, sufrió tanto como yo con aquel hombre endemoniado. En

fin, usted ya lo sabe... Pero cuente usted. A lo que estamos, que lo mío ya pasó y á nadie interesa.

Y doña Manuela, como persona inteligente en el asunto, escuchaba la relación de la pobre Teresa, que balbuceaba y tenía que hacer esfuerzos para no llorar. Por la mañana lo había descubierto todo. Bien es verdad que ya recelaba algo, en vista del despego con que la trataba su Antonio. Pero ¿quién podía imaginarse que aquel hombre se atreviera á tanto? Ella le creía ocupado únicamente en ganar dinero para su casa; y aquella mañana, al limpiar una de sus chaquetas, había encontrado en el bolsillo interior una carta que le costó gran trabajo leer, porque ella no estaba fuerte en estas cosas.

—¿Y de quién era?—preguntó la viuda con curiosidad ansiosa.

—De una tal Clarita. Pero ¡qué carta, doña Manuela! ¡Qué cosas tan indecentes había en ella! Parece imposible que hombres honrados y con hijos puedan leer tales porquerías.

Y la pobre mujer ruborizábase, mostrando en su cara flácida y lustrosa de monja enclaustrada la misma expresión de vergüenza que si fuese ella la autora de la carta.

—Pero ¿quién es esa Clarita? ¡Valiente apunte será la tal!...

—Aguarde usted; apenas me enteré de todo sentí ganas de irme á la cama, donde todavía estaba Antonio, para arañarle... No se ría usted, doña Manuela; hubiera querido ser hombre, para hacer una barbaridad... ¡Pero una vale tan poco!... Además, cuando se es honrada y se quiere al marido, se le tiene respeto y no se atreve una á ciertas cosas. Antonio sabe mucho y es capaz de hacerme ver que lo blanco es negro.

Y la buena Teresa, á pesar de su encono, sen-

tíase dominada por la admiración que profesaba á su marido, aquel modelo, «aunque le estuviera mal el decirlo».

—Pero ¿qué hizo usted?

—Lo primero que se me ocurrió fué averiguar quién era la tal Clarita, y como en su carta le encargaba *al mío* que fuese á ver al dueño de su casa para pagarle un trimestre, indicándole dónde vive ese señor, fuí allá esta mañana, después de oír misa, y supe que la tal inquilina está en la calle del Puerto, en un entresuelito que le han ido pagando en diferentes épocas otros señores de la Bolsa tan imbéciles como mi Antonio.

—¿Y no averiguó usted más?

—¡Buena soy yo para dejarme las cosas á medio hacer! Fuí también á la calle del Puerto, hice hablar á la portera, y... ¡ay, doña Manuela, qué cosas supe! Parece imposible que se consienta la vida de unas mujeres así. La tal Clarita es una perdida, ¿sabe usted, doña Manuela? Lo repito tal como me lo dijo aquella mujer. ¡Válgame Dios, y qué cosas me contó! Toda la calle se fija en ella y se burla de su lujo y sus pretensiones. La portera me dijo que hace dos años vendía géneros de punto aquí, en el Mercado; pero ahora se da el tono de una princesa y habla de su mamá, una *tianga* que cuando no le da un duro le chilla desde el patio y arma escándalo para que se entere toda la calle. ¡Ay, doña Manuela! ¡Que mi marido se haya metido en semejante podredumbre!... Porque si usted la viera, se asombraría de que los hombres puedan caer en tal tentación. La portera me la enseñó estando en su balconcito, con una bata muy lujosa, que bien puedo decir me la ha robado á mí. ¡Y era fea, doña Manuela, muy fea! Huesos y pellejo nada más; pero con unos ojos de desvergonzada, que es sin duda lo que les gusta á los hombres... ¡Mi Antonio, un hom-

bre tan serio, con esa mala piel! ¡Ay, doña Manuela de mi alma, yo creo que me va á dar algo!

Y la pobre mujer, no pudiendo resistir más, cubríase con el abanico los lacrimosos ojos, mientras doña Manuela le recomendaba la serenidad.

—No llore usted, Teresa, eso es lo que le gustaba al mío. Los hombres gozan haciéndonos padecer. Todo menos llorar. Cuando usted hable con Antonio, muéstrese seria y altiva. Nada de cariño; si no, los muy pillos se esponjan y se engríen.

—¿Hablarle yo? No señora. No tengo valor para tanto. Además, tiemblo al pensar lo que ocurriría en esta casa si yo hablase. ¿Qué pensaría mi pobre Andresito? ¿Qué diría don Eugenio, que es la honradez personificada? Y la verdad es que debía hablar á mi marido para abrirle los ojos, pues aunque resulte un malvado en casa, es un tonto fuera de ella. Esa mujer le engaña y se burla de él. Me lo ha dicho la portera y lo sabe toda la calle. Antonio es quien sostiene los gastos de la casa; pero cuando él no está entran como visitas los corredores jóvenes, toda la pollería de la Bolsa, que se burla de mi marido. ¡Ay, Señor, qué vergüenza! ¡Y ese hombre tan satisfecho y tan tranquilo, sin acordarse de que tiene mujer y un hijo y que su nombre es muy respetado en la plaza!...

Teresa gimoteaba tras el abanico, y doña Manuela, á pesar de su curiosidad, en fuerza de mirar á la plaza acabó por distraerse.

Comenzaban los preparativos de la procesión. Las bandas militares atronaban las calles inmediatas con sus ruidosos pasodobles, y rompiendo el gentío pasaban los regimientos, con los uniformes cepillados y brillantes, moviendo airoosamente al compás de la marcha los rojos pompones de gala y las bayonetas, doradas por los últimos resplandores del sol.

Pasaban los invitados á la procesión caminando apresuradamente, muy satisfechos de atraer la atención de la embobada muchedumbre: unos de frac, luciendo condecoraciones raras; otros con uniformes de Maestranzas y Ordenes de caballería, vestimentas extrañas, con el sombrero apuntado y la casaca de vistosos colorines, que daban á sus poseedores el aspecto de pájaros exóticos.

Las dos amigas volvieron á reanudar su conversación. Doña Manuela, con aire maternal, daba consejos á la desconsolada esposa: ella, en lugar de Teresa, daría un disgusto al esposo infiel echándole en cara su conducta... ¿Que no se atrevía? Pues esto es lo que ella hacía con el difunto doctor Pajares... En fin, cada una tiene su carácter.

Pero Teresa, aunque daba por muy acertadas todas las palabras de su amiga, asustábase ante la suposición de tener que reñir al marido por su conducta. ¡Ah, si ella tuviera una persona que se interesase por su suerte y la de la casa, qué gran favor le haría encargándose de sermonear á aquel hombre que, á pesar de sus bigotazos y sus palabras campanudas, se dejaba engañar como un niño! ¡Qué obra tan caritativa lograr que aquel hombre alejado de los afectos de la familia volviese á ser buen padre y buen marido!

Y Teresa miraba ansiosamente á su altiva amiga al formular tales deseos. No necesitó más doña Manuela. Ella se encargaba de ser esa persona que, velando por la moral de la familia, devolviese el marido infiel á los brazos de la esposa resignada. Y la viuda se crecía al hacer tales ofrecimientos, adoptando una actitud teatral y asegurando que realizaría tal conquista, aunque para ello necesitase de algún tiempo.

Las dos mujeres, ya que no pudieron abrazarse en su raptó de enternecimiento, por hallarse en el

balcón, se estrecharon conmovidas las manos, y así estuvieron largo rato, hasta que vinieron á sacralas de su triste arrobamiento los gritos de las jóvenes que ocupaban el balcón inmediato.

—¡La procesión! ¡Ya está ahí la procesión!

A este grito, las señoras mayores abandonaron las butacas de la sala, para apelotonarse en los balcones, teniendo á sus espaldas á los caballeros, que de vez en cuando se alzaban sobre las puntas de los pies para ver mejor.

En el extremo de la plaza aparecieron las banderolas con las rojas barras de Aragón, y sonaron dulzainas pausada y majestuosamente, tañiendo las melancólicas danzas del tiempo de los moriscos. Detrás iban los *enanos*, con sus enormes cabezas de cartón, que miraban á los balcones con los ojos mortecinos y sin brillo. Y entre el repique de las castañuelas y redoble de los atabales, avanzaban las cuatro parejas de *gigantes*, enormes mamarrachos cuyos peinados llegaban á los primeros pisos y que danzaban dando vueltas, hinchándose sus faldas como un colosal paracaídas.

Entraron en la plaza las banderas de los gremios, llevando en su remate la imagen del santo patrón del oficio; y era de ver el entusiasmo con que aplaudía el público los prodigios de equilibrio de los portadores sosteniéndolas enhiestas sobre la palma de la mano, moviéndolas á compás del redoble de los enormes y viejos tambores que hacían sonar los toques de los tercios obreros en la guerra de las Germanías.

Después comenzó la parte monótona de la procesión. Un desfile de más de cien imágenes con sus correspondientes cofradías y asilos; más de un millar de cabezas que pasaban por debajo de los balcones con la raya partida y el pelo aceitoso ó rizado. Al compás de los valeses ó marchas fúnebres que

entonaban las bandas, contoneábanse los devotos cirio en mano; y el desfile de santos continuaba, lento, monótono, aplastante: unos, desnudos, con las carnes ensangrentadas y sin otra defensa del pudor que unas ligeras enagüillas; otros, vestidos con pesados ropajes de pedrería y oro. Pasaban los mártires con el rostro contraído por un gesto de fiero dolor, los místicos con los brazos extendidos y los ojos velados por el éxtasis de la felicidad; y tan pronto aparecía un santo con dorada mitra ó rizada sobrepelliz, como lucía otro sobre su cabeza el acerado casco de guerrero.

La multitud se arremolinó, movida por el regocijo, y exclamaciones de alegre curiosidad salieron de muchas bocas. Desfilaba la parte grotesca de la procesión, conservada por el espíritu tradicional como recuerdo de las épocas más religiosas de nuestra historia, que unían siempre el regocijo á la devoción.

En larga fila, contestando á las cuchufletas y carcajadas del gentío con burlescos saludos, aparecían las figuras más salientes del gran poema bíblico. David, con corona de latón, barba de crín y el floreado manto barriendo los adoquines, avanzaba pulsando los bramantes de su arpa de madera; Noé, encorvado como un arco, apoyado convulsamente en su bastoncillo, enseñaba el palomo que llevaba en su diestra á aquella muchedumbre que reía locamente ante esta caricatura de la vejez; detrás venía Josué, un mozo de cordel vestido de centurión romano, apuntando con una espada enmohecida á un sol de hoja de lata y caminando á grandes zancadas como un pájaro raro; y cerraban el desfile las heroínas bíblicas, las mujeres fuertes del Antiguo Testamento, que salvaban al pueblo de Dios cortando cabezas ó perforando sienes con un clavo, representadas todas ellas por mancebos barbilam-

piños, embadurnadas las mejillas con albayalde y bermellón y vestidos con trajes de odaliscas. Su paso producía escándalo. Las mujeres sonreían, y no faltaban chuscos que requebraban á aquellos mamarrachos, como si realmente fuesen jóvenes disfrazadas.

Después venía la parte seria é interesante de la procesión, y el alboroto del gentío cesó instantáneamente.

Desfilaban los cleros parroquiales con sus áureas cruces; los seminaristas con la frente baja y los ojos en el suelo, cruzadas las manos sobre el pecho; y en toda la extensión de la plaza, á la luz de los cirios, que brillaban con más fuerza en el crepúsculo, veíanse dos filas interminables de deslumbrante blancura, compuestas por los rizados roquetes y las albas de ricas blondas. Entre esta oleada de blanca espuma, pasaban llevadas en andas las reliquias en sus ricas urnas, las imágenes de plata con una ventana en el pecho, tras cuyo vidrio marcábase confusamente el cráneo del bienaventurado.

Luego volvía á reanudarse la parte teatral de la solemnidad. Todas las extraordinarias visiones del soñador de Patmos, cuantas alucinaciones había consignado el evangelista Juan en su Apocalipsis, pasaban ante el gentío, sin que éste, después de contemplarlas tantos años, adivinase su significación. Desfilaban los veinticuatro ancianos con albas vestiduras y blancas barbas, sosteniendo enormes blandones que chisporroteaban como hogueras, escupiendo sobre el adoquinado un charrón de ardiente cera; seguíanles las doradas águilas, enormes como los cóndores de los Andes, moviendo inquietas sus alas de cartón y talco, conducidas por jayanes que, ocultos en su gigantesco vientre, sólo mostraban los pies calzados con zapatos rojos; y cerraba la marcha el apostolado,

todos los compañeros de Jesús, con trajes de ropería, en los que eran más las manchas de cera que las lentejuelas; é intercalados entre ellos, niños con hachas de viento, vestidos como los indios de las óperas, pero con aletas de latón en la espalda, para certificar que representaban á los ángeles.

La procesión estaba ya en su última parte. Desfilaban los invitados, una avalancha de cabezas calvas ó peinadas con exceso de cosmético, una corriente incesante de pecheras combadas y brillantes como corazas, de negros fracs, de condecoraciones anónimas y de un brillo escandaloso, de uniformes de todos los colores y hechuras, desde la casaca y el espadín de nácar del siglo pasado hasta el traje de gala de los oficiales de marina. Los papanatas asombrábanse ante las casacas blancas y las cruces rojas de los caballeros de las Ordenes militares, honrados y pacíficos señores, panzudos los más de ellos, que hacían pensar en el aprieto en que se verían si por un misterioso retroceso de los tiempos tuvieran que montar á caballo para combatir á la morisma infiel.

La muchedumbre permanecía embobada. El aparato religioso, las imágenes de plata, los cleros entonando sus himnos á voces solas, las interminables cofradías, no la habían impresionado tanto como este continuo desfile de grandezas humanas; y sus ojos se iban deslumbrados tras las fajas de los generales, las placas que centelleaban como soles, los bordados de caprichoso arabesco, las empuñaduras cinceladas y brillantes y las bandas de moaré que cruzaban los pechos como un arroyo ondeante de colorines.

Arriba, en los balcones, la curiosidad señalaba con el dedo á los personajes conocidos que se mostraban á la luz de los cirios, y las cabezas ergui-

das de algunos invitados cruzaban saludos con las señoras, sin perder por esto el gesto de gravedad propio de las circunstancias.

Acercábase el epílogo de la procesión. Sonaba á lo lejos la grave melopea de la marcha solemne y religiosa que entonaba la banda militar. Las cornetas de los regimientos formados en la carrera batían marcha; y mientras los soldados requerían su fusil para inclinarse al paso del Sacramento, la muchedumbre agitábase para ganar un palmo de terreno donde hincar las rodillas.

Estallaban luces de colores, y á su resplandor, tan pronto blanco como rojo, veíanse á lo lejos, terminando la doble fila de cirios, los sacerdotes con capas de oro, manejando los incensarios, con un continuo choque de cadenillas de plata, en el fondo de una nube de azulado y oloroso humo; sobre ella, agitándose dorado y tembloroso entre sus deslumbrantes varas, el palio, que avanzaba lentamente, y bajo la movable tienda de seda, como un sol asomando entre nubes de perfumes, la deslumbrante custodia, que hacía bajar las cabezas, como si nadie pudiera resistir la fuerza de su brillo.

El poético aparato del culto católico imponíase á la muchedumbre con toda su fuerza sugestiva. Las mujeres llevábanse las manos á los ojos, humedecidos sin saber por qué, y las viejas golpeábanse con furia el pecho, entre suspiros de agonizante, lanzando un «¡Señor, Dios mío!» que hacía volver con inquietud la cabeza á los más próximos.

Caía de los balcones una lluvia de pétalos de rosa, volaba el talco como nube de vidrio molido, estallaban luces de colores en todas las esquinas, y entre el perfume del incienso, el agudo reclamo de las cornetas, la grave lamentación de la música, la melancólica salmodia de los sacerdotes y el infantil balbuceo de las campanillas de plata,

avanzaba el palio abrumado por la lluvia de flores, iluminado por el resplandor de incendio de las bengalas; y el sol de oro, mostrándose en medio de tal aparato, enloquecía á la muchedumbre levantina, pronta siempre á entusiasmarse por todo lo que deslumbra, é inconscientemente, lanzando un rugido de asombro, empujábanse unos á otros, como si quisieran coger con sus manos el áureo y sagrado astro, y los soldados que guardaban el palio tenían que empujar rudamente con sus culatas para conservar libre el paso.

«Aquello entusiasmaba, abría el corazón á la esperanza»; y por esto el señor Cuadros, que desde que era tan afortunado en la Bolsa se permitía tener ideas conservadoras, murmuró como un oráculo:

—¡Y aún dicen que no hay fe! Por fortuna, la religión de nuestros padres vive y vivirá siempre. Aquí quisiera ver yo á los impíos. La religión es lo único que puede contener á toda esa gente de abajo.

Los otros bolsistas aprobaban con movimientos de cabeza, y su esposa le miró con asombro y escándalo al mismo tiempo. Sin duda pensaba en Clarita, no pudiendo comprender cómo faltaba á sus deberes un hombre que decía cosas tan sensatas y dignas de respeto.

Tras el palio, la gente admiraba un nuevo grupo de capas de oro, sobre las cuales sobresalía la puntiaguda mitra y el brillante báculo. Después, ajustando sus pasos al compás de la marcha musical, desfilaban los rojos fajines y los portacirios de plata de los concejales; y por fin, con un tránsito obscuro de la luz á la sombra, pasaba la negra masa de la tropa, en la cual los instrumentos de música lanzaban amortiguados destellos y los filos de las bayonetas y los sables brillaban como hilitos de luz.

Cuando ya la procesión había salido de la plaza

y la escolta de caballería conmovía el adoquinado con su sordo pataleo, los señores de Cuadros y sus amigos abandonaron los balcones, entrando en el salón, profusamente iluminado.

Las burguesas de exuberantes carnes y respiración angustiosa dejábanse caer en los mullidos sillones, fatigadas por tan largo plantón, mientras las niñas correteaban ó volvían como distraídas á los balcones, para ver si en la obscura plaza, perfumada de incienso, permanecía aún el grupito de adoradores.

—Pasen ustedes—decía doña Teresa rodando en torno de sus amigas, que no se decidían á abandonar los asientos—. Hagan ustedes el favor de seguirme. Vamos al comedor; allí hace más fresco.

Todos adivinaban lo que significaba tal invitación. ¡Oh, no señora; muchas gracias! Ellos no podían permitir tantas molestias. Pero las mamás abandonaron sus asientos perezosamente, estirándose el arrugado cuerpo del vestido de seda, y seguidas por las niñas, fueron al comedor, donde ya estaban el señor Cuadros y sus amigos.

¡Magnífica sorpresa! Todos los años se repetía, y no había nadie entre los invitados que no la esperase. Pero había que repetir la frase sacramental, las excusas de rúbrica, y mientras todos aseguraban que no tenían sed y preguntaban con enfado á los dueños de la casa por qué se molestaban, la lengua, seca por el calor, parecía pegarse al paladar, y los ojos se iban tras las tazas de filete dorado que contenían el humeante chocolate, las anchas copas azules, sobre las cuales erguían los sorbetes sus torcidas monteras rojas ó amarillas, y las maqueadas bandejas cubiertas de dulces. Había que resignarse y no hacer un desaire á los señores de la casa. Y á los pocos minutos ya estaban amigablemente en torno de la mesa, con el mantel cu-

bierto de migajas de bizcocho, las jícaras de chocolate vacías y clavando barquillos en las entrañas de los sorbetes.

Doña Manuela hablaba con el señor Cuadros. Teresa la había colocado junto á su marido, con la esperanza de lograr su catequización. Aquella señora, que tanto sabía y tan grande experiencia había adquirido en las miserias matrimoniales, era su única esperanza.

La viuda hablaba con su antiguo dependiente, sonriendo. ¡Cómo había cambiado aquel hombre! Doña Manuela, experta conocedora, notaba en él cierto atrevimiento, como el muchacho que se emancipa de la autoridad maternal y se lanza en plena vida de locuras.

La viuda, siempre sonriente, se asombraba de sus frases de doble sentido, de los guiños picarescos con que acompañaba sus palabras, y hasta le parecía ¡oh poder de la ilusión! que había en su persona un perfume extraño que comenzaba á crisar los nervios de doña Manuela, algo del ambiente de aquella mala piel de la calle del Puerto, que el protector se había traído sin duda á su hogar honrado.

Mientras tanto, Teresa, sin dejar de atender á los convidados y de abrumarles con obsequios, no quitaba los ojos de su marido y de la bondadosa amiga. Doña Manuela experimentaba una profunda conmiseración cada vez que se fijaba en la pobre esposa. ¡Bueno estaba su marido para intentar conversiones! El señor Cuadros era un hombre perdido para siempre, un hambriento que había gustado el fruto prohibido, tras muchos años de vida obscura y laboriosa, sin saber lo que era juventud y trabajando como una bestia de carga. Antes moriría que hallarse saciado. Nada podría adelantar su esposa alejándolo de Clarita. Los calaveras cincuentones resultan terribles por su candidez, y aunque los

aislen, son capaces de enamorarse de la criada de la casa.

Doña Manuela afirmábase aún más en esto al notar lo que ocurría en torno de ella. ¿De quién era aquel pie que debajo de la mesa pisaba el suyo? ¿Qué rodilla era la que tan audazmente acariciaba su falda de seda? Del señor Cuadros, de aquel honrado padre de familia que contestaba á sus palabras con melosos gestos y parecía medirla de arriba á abajo con sus ojos encandilados.

¡Pobre Teresa! Tal vez se imaginaba que las palabras de doña Manuela conmovían al descarriado, haciéndole entrar en el camino del arrepentimiento; no adivinaba ni aun remotamente que su marido, por una aberración extraña, en la que entraba por mucho el amor propio, comenzaba á entusiasmarse con la belleza algo marchita de la esposa de su antiguo principal.

La viuda sentíase molestada por tales audacias; agitábase nerviosa en su asiento, pero callaba y seguía sonriendo. Pensaba en que la situación imponía disimulo, y que la amistad del matrimonio Cuadros le era muy necesaria para salvarla en sus apuros de señora en decadencia, acosada por las deudas. Además, el porvenir de su hija, de su Amparito, estaba allí, y la viuda lanzaba una mirada de ansiedad maternal al extremo de la mesa, donde estaba la niña junto á Andresito, recibiendo con gestos de gatita mimosa los dulces y las palabras de su novio.

Tras media hora de sobremesa, se disolvió la reunión. Los hombres iban en busca de sus sombreros y las señoras besuqueábanse al despedirse, murmurando todas el mismo saludo:

—Hasta el año que viene. Que Dios nos conserve á todos la salud, para ver la procesión.

Fueron desfilando todas las familias, y al fin

quedaron solas las de Pajares, que esperaban á Juanito ó Rafael para que las acompañasen á casa.

El señor Cuadros seguía acosando á doña Manuela. Esta se había levantado, huyendo de las audaces intimidades por debajo de la mesa, pero el bolsista la seguía para continuar su conversación. Ahora los dos estaban junto á Teresa, y el marido sólo se permitía frases amables y recuerdos sobre la gran amistad que siempre había unido á las dos familias.

—Los chicos tardarán en venir—dijo don Antodio—. Rafael estará con sus amigos; y en cuanto á Juanito, le atraen obligaciones ineludibles. Me han dicho que ahora tiene novia y está loco por ella. ¡La juventud! ¡Oh, qué gran cosa! Ya conozco yo eso, ¿verdad, Teresa?

Y como si presintiese lo que pensaba su mujer y quisiera apaciguarla de antemano, lanzaba á la obesa señora una mirada de ternura, como un hombre honrado y de costumbres intachables recordando su tranquila luna de miel.

Doña Manuela estaba admirada. Decididamente, la tal Clarita había cambiado á aquel hombre. Era un tuno. Y en vez de indignarse por la crueldad con que mentía é intentaba engañar á su mujer, la viuda comenzaba á encontrarlo simpático, viendo en él como una resurrección de su segundo marido, de aquel doctor calavera al que tanto había amado.

—Si ustedes quieren, las acompañaremos Andre-sito y yo.

Doña Manuela, animada por un instinto pudoroso, intentó excusarse.

—Sí; Antonio las acompañará—se apresuró á decir Teresa.

Y la pobre mujer la rogaba con su mirada que aceptase, como si fuese para ella una esperanza que su marido prolongase la conversación con la viuda.

¡Quién sabe cuántas cosas podía decir doña Manuela al marido infiel!

No hubo medio de excusarse. Las de Pajares salieron acompañadas por Andresito y don Antonio, siguiéndolas con su vista ansiosa la crédula Teresa. ¡Dios mío, que se ablandara el corazón de aquel hombre, para que no la martirizase escandalizando á la familia y los amigos!

Abajo, en la cerrada tienda, encontraron á don Eugenio, siempre con la gorrita de seda, el cual acogió con gesto huraño á su antiguo dependiente.

Las de Pajares y sus dos acompañantes siguieron por una acera del Mercado. Delante, las dos niñas con Andresito; Concha malhumorada y ceñuda porque en todo el día no había visto al elegante Roberto, y Amparo muy satisfecha de poder lucir un novio, para molestia de su hermana. Detrás, el señor Cuadros dando el brazo á doña Manuela, apretándola intencionadamente el codo sobre su cadera cada vez que soltaba una palabrita atrevida y contoneándose como un invencible conquistador.

Fué algo más que acompañar á las de Pajares lo que hicieron el padre y el hijo. Subieron con ellas, permanecieron de visita más de una hora, cantó Amparito para obsequiar á su futuro suegro, y cuando salieron á la calle, el padre y el hijo marchaban como compañeros unidos fraternalmente por una común empresa.

Sólo habían transcurrido algunos meses, pero estaban ya lejanos para Cuadros aquellos tiempos en que el tendero de costumbres tranquilas y rutinarias se indignaba al saber que su hijo iba á los bailes y le esperaba tras la puerta empuñando fieramente la vara de medir.



IX

A las cuatro de la tarde entraban las de Pajares en el paseo de la Alameda.

Era domingo, y la animación ruidosa y expansiva de los días festivos inundaba la acera izquierda del paseo. El tiempo era hermoso: una tarde de verano, con el cielo limpio de nubes, y en lo más alto, como un jirón de vapor tenue y apenas visible, la luna, esperando pacientemente que le llegase el turno para brillar. Las largas filas de rosales, los macizos de plantas, toda esa jardinería mutilada y corregida por las tijeras del hortelano, reverdecía con el soplo cálido de la tarde y se cubría de flores, uniendo sus simples perfumes á la estela de esencias que dejaban las señoras tras su paso.

Por el arroyo central daban vueltas y más vueltas, como arcaduces de noria, los carruajes alineados en interminable rosario. Las torres de los guardas erguían sus caperuzas de barnizadas tejas por encima de los árboles, y á los dos extremos del paseo, empequeñecidas por la distancia, destacábanse sobre el verde fondo las monumentales fuentes con sus figuras mitológicas ligeras de ropa.

Era la hora en que el paseo adquiría su aspecto más brillante. A todo galope de los briosos caballos bajaban carretelas y berlinas, y por las aceras del

paseo desfilaban lentamente, con paso de procesión, las familias endomingadas. Los verdes bancos no tenían ni un asiento libre. Un zumbido de avispero sonaba en el paseo, tan silencioso y desierto por las mañanas, y algunas familias ingenuas conversaban á gritos, provocando la sonrisa compasiva de los que pasaban con la mano en la flamante chistera, saludando con rígidos sombrerazos á cuantas cabezas asomaban por las ventanillas de los carruajes.

Lo que atraía la atención de todos era el desfile incesante de coches, símbolos de felicidad y bienestar en un país donde el afán de enriquecerse no tiene más deseo que no ir á pie como los demás mortales.

Piafaban los caballos con la boca llena de espuma, esparciendo en torno el pajizo olor de las cuadras, y de vez en cuando un relincho contagiaba á toda la línea de brutos briosos, que parecían contestar con nerviosos pataleos á este llamamiento de libertad. Los cocheros, enfundados en sus blancos levitones, exhibían desde lo alto de los pescantes sus caras afeitadas y carrilludas de cómicos obesos ó párrocos bien conservados, y miraban con cierto desprecio á toda aquella muchedumbre que les obligaba á pasar unas cuantas horas de tedio. En la larga fila de vehículos estaba el antiguo faetón, balanceándose sobre sus muelles como una enorme caja fúnebre y encerrando en su acolchado interior toda una familia, incluso la nodriza; la ligera berlina, con sus ruedas rojas ó amarillas; la carretela, como una góndola, meciéndose á la menor desigualdad del suelo, y la galerita indígena, transformación elegante de la tartana y símbolo de la pequeña burguesía, que, detenida en mitad de su metamorfosis social, tiene un pie en el pueblo, de donde procede, y otro en la aristocracia, hacia donde va.

Parecía existir una barrera invisible é infranqueable entre la gente que paseaba á pie y aquellas cabezas que asomaban á las ventanillas, contrayéndose con una sonrisa siempre igual cuando recibían el saludo de las personas conocidas. Grupos de jinetes mezclados con jóvenes oficiales de caballería caracoleaban por entre los carruajes, tendiéndose algunas veces sobre el cuello de sus cabalgaduras para hablar al través de una portezuela.

Las de Pajares contemplaban con nostalgia de desterradas el paso de los carruajes.

¡Gran Dios, qué tarde! ¡Se acordarían de ella toda la vida! Era la primera vez que iban á pie á la Alameda. Las niñas, á pesar de sus elegantes trajes, creían que todos se fijaban en ellas para sonreír compasivamente, y doña Manuela marchaba erguida, con altivez dolorosa, poco más ó menos como Napoleón en Santa Elena después de la derrota.

La viuda presentía su ruina. Ya no eran las deudas y los apuros pecuniarios las amarguras de la vida; ahora, la fatalidad, según ella decía, complacía en agobiarla con nuevos golpes, quitando á la familia los escasos medios que la restaban para sostener su prestigio.

Aquella mañana había sido de prueba para las de Pajares. Nelet el cochero subió muy alarmado á dar cuenta á sus señoras de que el caballo estaba enfermo. El suceso no era para tomarlo á risa. No se trataba de un cólico vulgar, y la pobre bestia, sostenedora inconsciente del prestigio de la familia, revolcábase abajo, en la obscura y húmeda cuadra, quedando panza arriba y con las patas agitadas por un temblor convulsivo. La situación fué ridícula y conmovedora. Tantos años de servicios habían establecido cierto afecto entre las señoras y la brava bestia, que era considerada casi como de la

familia. Doña Manuela, recogíendose la cola de su bata teatral, bajó á la cuadra, no pasando de la puerta por miedo al caballo, que se revolcaba furioso.

Llamaron al mejor veterinario de la ciudad; pero el caballo no mejoraba, y por la tarde desvaneciéronse las ilusiones que tenían las niñas de pasear en carruaje. Casi adquirieron la certeza de que el pobre caballo no saldría de la enfermedad. ¿Qué iban á hacer ellas cuando se vieran confundidas entre las cursis que paseaban á pie por la Alameda? ¿Qué dirían las amigas al ver que transcurría el tiempo y la hermosa galerita, de que tan orgullosas estaban, permanecía arrinconada en la cochera? Porque las dos, aunque su mamá, por no entristecerlas, las ocultaba el estado de la casa, tenían pleno conocimiento de los apuros de la familia y estaban seguras de la imposibilidad de reemplazar el viejo pero brioso caballo por otro que valiese tanto como él.

Después de comer, la madre y las hijas sentáronse en el salón, y allí permanecieron más de una hora, silenciosas, hurañas y malhumoradas. El día era magnífico; pero no, no saldrían; primero monjas que el mundo se enterase de su decadencia, de sus privaciones tan hábilmente ocultadas.

Pero las tres no podían resignarse á pasar un día dentro de casa. Además, por los balcones entraba el sol y soplaba un aire cargado del perfume irritante del verano. Pensaban involuntariamente en los verdes campos, en el paseo exuberante de gentío, en el placer de andar lentamente bajo las ladeadas sombrillas, viendo caras nuevas y contestando al saludo de los amigos; y por fin, la madre y las hijas no pudieron resistir más y comenzaron á vestirse.

—No hay que ser tan escrupulosas—dijo doña

Manuela—. Todos nos conocen, y porque un día nos vean salir á pie no van á imaginarse que nos falta el carruaje. Vamos, niñas, ¡á paseo!

Y salieron de casa con el propósito de ir á cualquier parte menos á la Alameda. Pero el paseo las atraía; no sabían adónde ir, y al fin, insensiblemente, sin ponerse de acuerdo, encamináronse allá.

¡Qué tardecita pasaron las de Pajares! Exteriormente fueron las de siempre; las niñas contestaron con mohines graciosos á los saludos de los amigos, y la mamá, altiva y majestuosa, cobijándolo todo con su mirada de protección. Pero en su interior ¡cuántos tormentos! Si alguna amiga las saludaba desde su carruaje con expresión cariñosa, las tres creían adivinar cierto asomo de lástima, y enrojecían bajo la capa de blanquete que cubría sus mejillas. Si una persona conocida se detenía á saludarlas, ellas, á tuertas ó á derechas, y muchas veces las tres á un tiempo, se apresuraban á decir que habían salido á pie en vista de la hermosura de la tarde; y seguían mirando con nostalgia y despecho la larga fila de carruajes, experimentando la misma impresión de nuestros bíblicos padres ante las puertas del Paraíso cerradas para siempre.

Después, ¡qué recuerdos tan penosos! A las tres las obsesionaba la enfermedad del caballo, como si éste fuese de la familia. Estaban arrepentidas de haber salido de casa; sentían la falsa esperanza de los que se interesan por un enfermo y creen que permaneciendo á su lado aceleran la curación. Saludaban á derecha y á izquierda; deteníanse á estrechar manos, cambiando palabras sobre el tiempo ó sobre los trajes que más lucían en el paseo; pero sus miradas iban inconscientemente á detenerse en aquellos caballos que pasaban á pocos pasos de ellas; y en todos, bien fuese por el color, por la ca-

beza ó por la grupa, encontraban cierto parecido con el otro que ocupaba su memoria.

Tuvieron en aquella tarde encuentros muy penosos. Andresito, el hijo de Cuadros, pasó por entre las dos filas de carruajes montando el enorme caballote que le había comprado su padre. Buscaba á la novia para ir escoltándola, luciendo sus habilidades hípicas en torno de su carruaje. El gesto de inocente sorpresa que hizo al verlas á pie, confundidas entre la cursilería dominguera, fué una verdadera puñalada para las tres mujeres.

Todo hería su susceptibilidad. Roberto del Campo, que iba con algunos amigos, las saludó con la más seductora de sus sonrisas; pero ellas creyeron distinguir en sus labios una irónica expresión. Indudablemente, aquel trasto de Rafaelito había relatado á Roberto lo del caballo. Estaban seguras de que todo el paseo conocía el desagradable suceso, adivinando lo que vendría después. Y cegadas por la vanidad herida, recordando sin duda las burlas que ellas habían dirigido á otras familias, turbábanse por momentos, creyendo ver miles de ojos fijos en ellas y que las señoras desde los carruajes las sonreían desdeñosamente, como si fuesen criadas disfrazadas. Hasta llegaron á pensar con escalofríos de terror si á sus espaldas las señalarían irrisoriamente con el dedo.

Y siempre el maldito caballo ocupando su pensamiento, viéndolo con los ojos de la imaginación tal como estaba en su cuadra al salir ellas de paseo, panza arriba, estirando convulsivamente las patas. Las tres llevaban dentro de sí, como implacable enemigo, su propio pensamiento, que las hacía ver la burla y la lástima en todas partes, y hasta creyeron algunas veces que personas conocidas fingían distracción por no saludarlas.

—Vámonos, niñas—dijo la mamá con una expre-

sión en que vibraban el dolor y la cólera—; vamos á casa á ver cómo está «aquello». Hoy el paseo está muy cursi.

Las niñas apoyaron á la mamá con gesto de aprobación. Era verdad, muy cursi; y las tres emprendieron una retirada desastrosa, anonadadas, vencidas, como si acabasen de sostener una batalla con la consideración pública, quedando derrotadas y maltrechas. Al subir la rampa del puente del Real tuvieron que apartarse del borde de la acera, limpiándose con los pañuelos de blonda el polvo que levantaban las ruedas de un carruajillo descubierto que corría con velocidad insolente, arrollándolo todo.

Era la última sorpresa. El señor Cuadros, tirando de las riendas para refrenar su veloz caballo y agitando el látigo, las saludaba desde lo alto de aquella cáscara de nuez montada sobre ruedas.

A su lado iba Teresa, desbordando sus carnes blanduchas sobre el banquillo de terciopelo azul, moviendo con cierta incomodidad su cabeza, como si le molestase la capota, recargada de rosas y follaje, regalo de su marido.

—Hasta la noche... Adiós, niñas. Esta noche iré á ver á ustedes.

Y Teresa enviaba una sonrisa sin expresión á su antigua señora, como suplicando que no abandonase la tarea de catequizar á su esposo.

¡Buena estaba doña Manuela para tales indicaciones! Sabía lo que significaban las asiduas visitas, unas veces por la tarde y otras por la noche, que la hacía aquel cincuentón; pero no pensaba ahora en eso. El encuentro había acabado de trastornarla. Sus antiguos criados en carruaje, ensuciándola con el polvo de las ruedas, y ella, la hija de un millonario, la viuda del doctor Pajares, á pie y humillada por unas gentes á las que siempre había

tratado con cierto desprecio. Jamás había imaginado que pudiera ocurrir aquello. Agobiada por las deudas, esperaba la caída, pero no tan honda y lastimosa para su dignidad.

Esto era demasiado fuerte para poder resistirlo. Y la pobre mujer, toda susceptibilidad y orgullo, sintió que algo caliente se agolpaba á sus ojos, y hubo de hacer esfuerzos para no llorar. Su paso acelerado era una verdadera fuga. Huían del paseo, de aquel lujo que algunos días antes era su elemento y ahora les parecía un verdadero insulto.

Cuando entraron en la plazuela donde vivían, la vista de su casa, que con el portalón entornado, los balcones cerrados y la fachada oscurecida por la última luz de la tarde tenía cierto aspecto fúnebre, hizo revivir en la memoria de las tres el recuerdo del caballo.

—¡Dios mío! ¿Cómo estará el pobre *Brillante*?

Tan vehemente era su interés por la salud de la bestia, que hasta acariciaban la absurda esperanza de una extraña reacción, de un milagro que las permitiera tener el carruaje disponible para el día siguiente. Arrastradas por la rutina, hasta sentían tentaciones de rezar por el pobre animal. Algo había en ellas de cariño, de agradecimiento por todo lo pasado; pero lo que predominaba era el ansia de recobrar su categoría de «señoras de coche», sin la cual se creían deshonradas.

Al entrar en el patio, dirigiéronse rectamente á la cuadra. Pasaron rozando la abandonada galerita, que, oculta bajo su funda de lienzo, sólo mostraba las ruedas, ligeras, amarillas y finas como las de un juguete; y después de asomar su cabeza con cierta zozobra por la puerta de la cuadra, entraron en el antro oscuro y maloliente, recogiendo las faldas y hundiendo sus elegantes botinas en la blanda y húmeda capa de estiércol.

Era un espectáculo extraño. A la luz de un farolillo colocado junto al pesebre, los trajes azul y rosa de las niñas, sus sombreritos de flores, las joyas relumbrantes de la mamá, causaban el efecto de una aparición sobrenatural, que contrastaba con las paredes sucias, el techo empavesado de polvorientas telarañas, los montones de estiércol y el olor punzante y molesto de cuadra sucia. Tan escasa era la claridad, que doña Manuela se dió un golpe contra la hoz clavada en la pared para cortar la hierba, y pasaron algunos momentos antes que las tres mujeres distinguieran á Nelet en el fondo de la cuadra.

El pobre muchacho, á pesar de su rudeza, contemplaba á *Brillante* con asombro doloroso, frunciendo el ceño como si quisiera cerrar el paso á las lágrimas. Los dos habían sido muy buenos amigos. El cochero celebraba sus picardías de animal viejo y brioso; tenía orgullo en decir que era muy bravo y sólo por él se dejaba manejar, y ahora estaba allí tendido de costado sobre el estiércol, inmóvil como carne muerta, agitando alguna vez con ronco estertor el redondo pecho y levantando un poco la cabeza para lanzar en torno suyo la mortecina y lacrimosa mirada.

—¡Lo que somos!... ¡lo que somos!...—decía Nelet entre dientes, sintiendo que cada espasmo de la larga agonía de su *Brillante* era una verdadera puñalada para él.

Al ver á las señoritas se adelantó algunos pasos, hablando con tono compungido. El veterinario se había marchado, declarándose impotente para remediar el mal. *Brillante* se moría de una enfermedad extraña, de un nombre raro que Nelet no podía recordar; pero lo cierto era que estaba ya en la agonía.

Y el pobre caballo, como si quisiera afirmar las palabras de su amigo ó reconociese á sus amas, le-

vantaba la pesada cabeza, lanzando su estertor angustioso.

Aquello partía el corazón á las tres mujeres.

—¡*Brillante!* ¡Pobrecito *Brillante!*...

Y las tres se abalanzaron á la pobre bestia, soltando sus faldas, cuyos bordes barrieron la suciedad del suelo. Doña Manuela, casi arrodillada en el estiércol, sin acordarse de su elegante traje, cogía la cabeza de *Brillante*, que se elevaba trabajosamente como para saludar á sus amas por última vez. Aquella mirada desmayada y vidriosa, fija con expresión agradecida en el grupo de mujeres, acabó con la falsa serenidad de éstas, y estallaron los sollozos y las exclamaciones de desconsuelo.

Era ridículo llorar la muerte de un caballo; sí señor, ellas lo reconocían. Si les hubiesen contado algo semejante de sus amigas, no hubieran sido flojas las burlas; pero así y todo, había que reconocer lo que aquel pobre animal representaba para la familia, las ilusiones que se llevaba con su muerte.

¡Adiós, compañero de grandeza! La familia sólo tendría para ti grato recuerdo. Mueres representando la fortuna que se aleja de casa, el prestigio que se pierde, la altivez que se desvanece; y cuando salgas de ella á altas horas de la noche en sucio carro para ser conducido adonde te explotarán por última vez, convirtiendo tu piel en zapatos, tus huesos en botones y tu carne en abono fertilizante, por la puerta entreabierta entrará la pobreza, la desesperación de una miseria disimulada, y quién sabe si la deshonor, eterna compañera de los que se aferran tenazmente á las alturas de donde les arrojan. ¡Adiós, *Brillante!* ¡Adiós, fortuna que huyes para siempre!

Y las tres mujeres, con el cerebro embotado por el choque de confusos pensamientos, arrastrando sus hermosas faldas, que olían á cuadra, subie-

ron lentamente la escalera, como agobiadas por el dolor.

Amparito, en otras ocasiones la más risueña y juguetona, era la que ahora lloraba como una niña. Su madre había tenido que sacarla de la infecta cuadra cogiéndola del brazo.

—¡Ay, *Brillante!*... ¡Pobrecito *Brillante* mío!...

Y hasta había llegado á unir su linda cabeza de bebé con las negras narices de la bestia, cubriéndolas de besos.

El desaliento las tuvo hasta bien entrada la noche clavadas en sus asientos del salón, silenciosas, sin otra luz que el escaso resplandor de los reverberos públicos que entraba por los balcones abiertos, produciendo una débil penumbra. Las tres, envueltas en sus batas de verano, destacábanse en la obscuridad como inmóviles estatuas. Las niñas pensaban en su porvenir, que adivinaban confusamente; presentían que desde aquel momento comenzaba para ellas una era nueva, en que no todo serían alegres risas é indiferencia para el día siguiente.

Los pensamientos de doña Manuela aún eran más oscuros. Miraba en torno de ella, y nada, ni un mal rayo de esperanza amortiguaba su desesperación. Necesitaba dinero para reponer esta pérdida, que tanto podía influir en el prestigio de la familia, y para satisfacer ciertos compromisos que, como de costumbre, la agobiaban con gran urgencia; pero á pesar de ser tan numerosas las amistades, no encontraba, repasando su memoria, un solo nombre.

¡Y pensar que ella, que había derrochado tantos miles de duros y vivía con cierta ostentación, pasaba angustias por unos cuantos miles de reales!... El recuerdo de su hermano se aferraba tenazmente á su memoria. ¡Ah, maldito avaro! Necesario era todo su mal corazón para dejar á una hermana en

el sufrimiento, pudiendo remediar sus penas con algunos de los papelotes mugrientos que á fajos dormían en el viejo *secrétaire* de su alcoba. Pero no había que pensar en semejante hombre. Bastantes veces la había humillado con rotundas negativas.

Otro de los que no se podía contar para salir de la situación era su hijo Juanito. Doña Manuela, que le había tenido tanto tiempo á su voluntad, asombrábase ahora ante sus alardes de independencia. Le habían cambiado su hijo, según ella decía con el tono quejumbroso de una madre resignada. Y el tal cambio consistía en haberse negado Juanito varias veces á darla dinero para salir de pequeños apuros.

Esto indignaba á doña Manuela. Habíase despertado en él la fiebre de la explotación. Revivía la «sangre comercial» de su padre, el instinto acaparador de su tío don Juan; y contagiado por la atmósfera de jugadas victoriosas y millonadas de papel que respiraba continuamente en la tienda al lado de su principal, había acabado por decidirse, despreciando los bienes positivos y materiales para lanzarse en la fiebre de la Bolsa.

El acto de ciega confianza de su novia y su vieja amiga entregando sin temor los ahorros al omnipotente don Ramón Morte había acabado por decidirse. ¿Iba á ser él más cobarde que aquellas dos mujeres?

Vendió su huerto de Alcira, y los ocho mil duros que le dieron engrosaron el raudal de oro que, á impulsos de la más ciega confianza, iba á caer en las cajas del filántropo banquero. Una parte de su capital lo invirtió su eminente protector en papel del Estado, y con la otra, que era la más exigua, comenzó sus jugadas de Bolsa, siempre á la zaga de Cuadros y sin atreverse á imitar sus golpes de audacia.

Vacilaba algunas veces, sentía misteriosos te-

rreros al pensar que su fortuna estaba á merced de un capricho del azar, mas no por esto perdía la confianza, y nada había reservado de su capital para responder á los vencimientos de los pagarés que le había hecho firmar su madre. ¿Para qué tal precaución? No había mas que oír á su principal y al poderoso banquero. Sus ocho mil duros se doblarían y triplicarían en muy poco tiempo, y entonces podría pagar las deudas maternas y casarse con Tónica. Pero mientras tanto, que no contase su madre con él. La quería mucho, seguía adorándola con un respeto casi religioso; pero de dinero, ni un ochavo.

Todo lo sabía doña Manuela, y por esto colocaba á su hijo al mismo nivel que su hermano. ¡Vaya unos parientes! Podía una morirse en medio de la calle, bien segura de que nadie acudiría en su auxilio.

Y doña Manuela, enfurecida por lo difícil de la situación, crispaba sus manos arañando los adornos de su bata. Sólo una esperanza le restaba, pero no quería pensar en ella, pues en su interior elevábase como una voz de protesta.

Estaba segura de que cierta persona le facilitaría á la menor indicación aquel dinero que tantas angustias le producía. Indudablemente, al señor Cuadros no le era difícil salvar á una amiga por unos cuantos miles de reales, él que todos los meses contaba sus ganancias por miles de duros; pero apenas le acometía este pensamiento, renacían en doña Manuela escrúpulos que creía muertos para siempre.

Conocedora de la vida, comprendía la importancia de aquel favor y lo que forzosamente había de sobrevenir. Un mes antes no habría vacilado en acudir á su antiguo dependiente, á pesar de lo mucho que esto lastimaba su altivez. Pero ahora,

al pensar en las audacias que se permitió el día de Corpus y otras muchas realizadas por el bolsista en sus diarias visitas, doña Manuela deteníase avergonzada, y á estar iluminado el salón, se hubiera visto su rubor.

Ella, que hacía tantos años no se acordaba para nada de Melchor Peña, sentíalo vagar en torno como un espíritu guardián de su honrada viudez. Del doctor, de su segundo marido, no se acordaba para nada. Aquel buena pieza, con sus infidelidades, no tenía derecho á exigirle cuentas por lo que pudiera hacer.

Lo que más extrañeza le causaba era que se mostrasen ahora en ella tan terribles escrúpulos, cuando á raíz de su primera viudez había caído fácil é insensiblemente en los brazos de Pajares. El amor había ahogado entonces todas las preocupaciones; pero ahora se trataba de una explotación deshonrosa, de una venta que sólo el suponerla le producía vergüenza y rubor. La altivez le hacía recobrar su puesto. Cuadros, á pesar de su fortuna, no dejaba de ser el antiguo dependiente, el marido de la criada Teresa, un pobre diablo al que ella había tratado siempre con desprecio. ¿Y por tal hombre iba á perder su prestigio de mujer honrada, sostenido durante tantos años á costa de sacrificios que guardaba en el misterio? No; antes la miseria.

Y doña Manuela, embriagándose con la energía de su resolución, pensaba en la miseria como en una cosa desconocida, pero que iba pareciéndole grata por ser la salvación de su honor. Trabajarían ella y sus hijas. También duquesas, princesas y hasta reinas se habían visto en la miseria, arros-trándola con dignidad. Y doña Manuela, repasando sus escasos conocimientos históricos, halagaba su orgullo y creíase casi igual á una soberana destro-

nada que cae en la pobreza. Esto bastó para afirmarla en su resolución.

Cuando Rafael y Juanito llegaron á casa, la familia pasó al comedor. La cena fué triste. Parecía que el cadáver tendido abajo, en la suciedad de la cuadra, estaba allí, sobre la mesa, mirando con los ojos vidriosos é inmóviles á sus antiguos amos.

Al terminar la cena, los dos hermanos salieron, marchando cada uno por su lado.

Juanito había cambiado de costumbres. No volvía á casa hasta las once de la noche, y después de hacer una corta visita á Tónica y Micaela, iba á un café donde se juntaba la gente de Bolsa y podían apreciarse diariamente las opiniones y profecías de «alcistas» y «bajistas».

A las nueve de la noche recibieron las de Pajares la visita de Andresito y su papá. Doña Manuela, al ver á su antiguo dependiente, se ruborizó, como si éste pudiera adivinar los pensamientos que la habían agitado poco antes.

El señor Cuadros mostrábase gozoso y radiante, como si le alegrase la noticia que en el patio le había dado Nelet. ¿Conque había muerto el caballo? Vamos, ahora se explicaba por qué iban aquella tarde á pie por la Alameda. Era de sentir la pérdida, porque un caballo que sustituyera dignamente á *Brillante* había de costar algún dinero; pero ¡qué demonio! cuatro ó cinco mil reales no arruinan á nadie. Y el señor Cuadros hablaba del dinero con expresión de desprecio, echando atrás la cabeza y sacando el vientre como si lo tuviera forrado con billetes del Banco.

Las niñas hablaban con Andresito cerca del piano, y doña Manuela, serena y en posesión de sí misma, miraba fijamente á su antiguo dependiente. La escandalizaba el desprecio con que aquel hombre hablaba del dinero, y recibía como un san-

griente sarcasmo la suposición de que cuatro ó cinco mil reales nada significaban para ella. Y pensando esto, su mirada iba instintivamente hacia el mármol de una consola dorada, donde antes se exhibían unos magníficos candeleros de plata guardados ahora en el Monte de Piedad; y miraba igualmente los cromos baratos que adornaban las paredes del salón, sustituyendo á dos grandes cuadros heredados de su padre, obra de Juan de Juanes, por los cuales le habían dado lo preciso para vivir durante un mes.

Aquel hombre, cegado por su fortuna, no sabía lo que decía. Igual era ella algunos años antes, cuando tenía fincas que vender ó empeñar y arrojaba el dinero á manos llenas. Pero ahora la pobreza vergonzante y cuidadosamente ocultada le había enseñado el valor del dinero.

El señor Cuadros, siempre ignorante de la verdadera situación de la casa, molestaba atrozmente á doña Manuela. Quería aparecer amable, y para esto la hacía ofrecimientos que resultaban sarcasmos. El se encargaba de la compra del caballo. Vería ella cómo le resultaba más barato; por una bestia tan hermosa como *Brillante* sólo tendría que desembolsar unos tres mil reales. El conocía á los chalanes más afamados. El caballo que montaba su hijo lo había comprado casi por una bicoca, y confiaba tener ahora la misma suerte.

—Lo que á usted le conviene, Manuela, es comprar el caballo cuanto antes, pues si las gentes las ven á ustedes paseando muchos días como hoy, harán maliciosos comentarios. Los que estamos á cierta altura debemos mirarnos mucho en nuestras cosas.

Y el afortunado majadero, al hablar de la altura, cerraba los ojos como si sintiera el vértigo de los que se hallan en la cúspide.

Lo que más efecto causó en doña Manuela fué la afirmación de que la gente haría comentarios si no se mostraba en público como siempre. Ahora reaparecía la altivez de su carácter, estremeciéndose al pensar en la mortificante lástima con que se hablaría de su ruina.

Ella no tenía carácter para sobrellevar con resignación la miseria. Estaba decidida. Había que sostenerse en la altura, empleando todos los medios; y después, que viniera todo, hasta aquello que sólo al pensarlo tanto rubor la producía.

Y la vanidosa señora, para afirmarse en su resolución, buscaba ejemplos y recordaba lo que tantas veces había oído en las murmuraciones infames de las tertulias: los innumerables casos de señoras tan decentes como ella, bien consideradas por la sociedad, y que habían hecho sacrificios iguales para salvar el prestigio de sus casas. Y sostenida por el pernicioso ejemplo de aquellas mujeres á las que tanto había censurado, miró á su antiguo dependiente con ojos en que se revelaba un impudor razonado y tranquilo. Al fin—pensaba ella para consolarse—, el señor Cuadros, aunque ramplón y vulgarote, era un hombre aceptable, y no tenía que resignarse ella, como otras mujeres, á buscar la protección de un valetudinario repugnante.

El bolsista adivinaba algo en las miradas de la esposa de su antiguo principal. Y en su credulidad de calavera viejo é inocente, echaba el cuerpo atrás con cierto orgullo, como si estuviera convencido de que sus prendas personales habían influido en tan asombrosa conquista.

Terminó la visita á media noche, y cuando el padre y el hijo se dirigían hacia la puerta, acompañados por las señoras de la casa, doña Manuela cambió sus últimas palabras con el señor Cuadros.

—Quedamos—dijo la señora—en que usted se encargará de la compra del caballo. Mañana mismo confío en que habrá hecho mi encargo.

—¡Oh, seguramente!... Ya sabe usted que todas sus cosas me interesan como mis propios negocios.

—Entonces, venga usted mañana á las tres y le daré el dinero.

—¿Quiere usted callar? Ya arreglaremos cuentas más adelante... Pero, en fin, vendré por tener el gusto de charlar un rato.

Y el señor Cuadros salió de la casa satisfecho de sí mismo, bufando de satisfacción, contoneándose como un joven y mirando con cierta lástima á su hijo, que caminaba al lado de él tímido y encogido. Un risueño optimismo le hacía olvidar que era su padre. ¡Ah! ¡Si en vez de los cincuenta y pico tuviera él los años de aquel pazguato, cuánta guerra había de dar en el mundo!

Al día siguiente, el señor Cuadros fué puntual. A las tres de la tarde entraba en casa de doña Manuela, y se sorprendió agradablemente al ver que la señora estaba sola en el salón, vestida con la más elegante de sus batas y el rostro retocado con los más finos menjurjes del tocador de las niñas. El bolsista sentía como un renacimiento de la vida, algo que recordaba sus fiebres de joven, cuando siendo primer dependiente bromeaba y perseguía á la criada Teresa en la trastienda de *Las Tres Rosas*.

Las niñas habían sido enviadas por su mamá á casa de «las magistradas». Juanito estaba en la tienda; y en cuanto á Rafael, no había que esperarle hasta bien entrada la noche.

En el comedor oíase el ruido de los cubiertos que secaba Visanteta, la única que se enteró de la visita del señor Cuadros y de lo larga que resultó. Ella fué la que oyó las risas apagadas de la señora y el arrastre de algunos muebles, como si fueran

empujados con violencia; pero era una muchacha prudente y reservada, que sólo se ocupaba de sus actos, sin detenerse á interpretar los ajenos.

Al día siguiente, la familia pudo salir á paseo en su carruaje, y un caballo más joven y de mejor estampa que *Brillante* ocupó el vacío que la muerte había dejado en el pesebre. Las amarguras sufridas en aquel domingo fueron olvidadas ante una abundancia como pocas veces se había gozado en aquella casa. Doña Manuela tenía dinero; comenzaron á pagarse las cuentas con regularidad; los proveedores no la molestaron ya exigiendo el pago de los atrasos, y la modista francesa, después de embolsarse algunos miles de reales que creía perdidos para siempre, hizo á las niñas de Pajares nuevos trajes para lucirlos en la feria de Julio.

Todo era dicha y tranquilidad en casa de doña Manuela, y el contento de la familia repercutía en *Las Tres Rosas*, donde la sencilla Teresa considerábase feliz. Sabía que su marido había roto definitivamente con Clarita, aquella «mala piel» que vivía en la calle del Puerto. Ya no le pagaba los trimestres del entresuelo, ni atendía á sus locos gastos. Es más: un alma caritativa le había hecho saber que aquella perdida le engañaba, burlándose de él con los chicos de la Bolsa; y don Antonio mostrábase arrepentido, dispuesto á no proteger más mujeres de tal calaña.

La pobre Teresa, al pensar que su antigua señora era la que había realizado tal milagro, atrayendo á su esposo á la buena senda, sentía tal gratitud, que no podía hablar de ella sin que se le saltaran las lágrimas. ¡Qué buena persona era doña Manuela! Ella únicamente había sabido catequizar al señor Cuadros.

X

Juanito vivía entregado á la agitación y la zozobra del que confía su porvenir á los caprichos del azar.

El, tan metódico y cuidadoso de cumplir sus obligaciones, abandonaba la tienda para ir á la Bolsa en compañía de su principal, ó á los lugares donde se reunían sus compañeros de explotación financiera. ¡Valiente cosa le importaba *Las Tres Rosas*! Ya no quería ser dueño de la tienda. Las primeras ganancias, adquiridas con dulce facilidad, le habían cegado y sólo pensaba en ser millonario, en esclavizar la fortuna, riéndose ahora de aquellos tiempos en que soñaba con Tónica la existencia monótona y tranquila de rutinarios burgueses, amasando ochavo tras ochavo un capital para pasar tranquilamente la vejez.

Su novia, prácticamente, refrenaba sus entusiasmos financieros. No había que tentar á la fortuna; y ahora que se mostraba favorable, era una locura no retirarse á tiempo.

Pero Juanito se negaba á oírlo. ¿Qué saben las mujeres de negocios? ¿Por qué había de quedarse en la mitad del camino, cuando podía seguir á su principal hasta el paraíso de los millonarios? Enamorado cada vez más de Tónica, le halagaba la

idea de casarse inmediatamente; pero este mismo cariño impulsábale á esperar. Era mejor contener sus deseos durante algunos meses, un año á lo más; dejar que su capital, volteando por la Bolsa, se agrandase como una bola de nieve; y cuando poseyera el tan esperado y respetable millón, hacer que la transformación fuese completa: gozar viendo cómo la pobre costurerilla se convertía, bajo la dirección de su vanidosa suegra, en señora elegante, con gran casa, carruaje y los demás adornos de la riqueza.

El deseo de llegar cuanto antes á este final apetecido era lo que le hacía audaz y acallaba sus temores de una probable ruina. Los que le habían conocido en otros tiempos asombrábanse por el cambio radical de su carácter. Su tío don Juan no hablaba ya con él. Un día dió por roto el parentesco, faltándole poco para que pegara á su sobrino.

—Juanito, eres un imbécil—dijo el avaro con los labios trémulos por la rabia, erizándosele el bigote de cepillo—. Siempre creí que en tu carácter había más de tu padre que de mi hermana, y por eso te quería; pero ahora veo que me engañé. Te han perdido las malas compañías, esa atmósfera de mentira en que vives, los ejemplos de tu derrochadora madre y los consejos del majadero de tu principal, que se cree un oráculo en los negocios porque gana el dinero á ciegas por una burla caprichosa de la suerte, y algún día las pagará todas juntas, dándome el gusto de poder reír al verle sin camisa. Y á ti te pasará lo mismo. ¡Vaya si te pasará!... Vendiendo el huerto para hacerte dueño de *Las Tres Rosas* y casarte con esa chica, que, según tengo entendido, es buena persona, hubieras dado gusto á tu tío. Y si te faltaba algo, aquí estaba yo para responder. Con que hubieras venido á decirme: «Tío, necesito esto, lo otro y lo de más allá», estábamos

al final de la calle. Pero ahora no, ¿lo entiendes? No cuentas para nada conmigo. Como si no fueras mi sobrino. Me has salido igual á todos los de tu familia, y no puedo quererte. Yo pensaba en ti, quería que fueses el que estuviera junto á mi cama en la hora de mi muerte, y al recontar los cuatro cuartos que tengo, me decía: «Esto será para el chico.» Pero ahora estoy desengañado. Anda, anda, hazte millonario en la Bolsa, y si quedas en pordiosero, no vengas á buscarme, porque lo que hará tu tío es reirse al ver lo bruto que eres.

La ruptura con su tío entristeció á Juanito. No había conocido otro padre; y además, en sus cálculos de comerciante, siempre había figurado la esperanza de ser el heredero de don Juan. Pero las agitaciones de la Bolsa, y especialmente las ganancias, amortiguaban en él el pesar del rompimiento.

Cuando, á fin de mes, cobraba las «diferencias», decíase con extrañeza:

«Parece imposible que nos censuren por dedicarnos á una explotación tan cierta. Pero ¡bah! ¡Quién hace caso de esa gente rancial!»

Y entre los rancios no sólo figuraba su tío, sino don Eugenio, el fundador de *Las Tres Rosas*, que también manifestaba al joven gran descontento. Siempre que Juanito se encontraba en la tienda con el viejo comerciante, éste le lanzaba miradas tan pronto de compasión como de desdén. Algunas veces hasta llegaba á murmurar con tono de reproche:

—¡Ay, Juanito, Juanito!... Te veo perdido. Ese demonio de Cuadros te arrastra á la perdición... No le defiendas, no intentes justificarte. Ahora te va muy bien para que pueda convencerte; pero al freir será el reir.

Y el viejo le volvía la espalda, con la confianza de que los hechos vendrían en apoyo de sus pronósticos.

Unicamente en su casa encontraba Juanito aplauso y consideración. Su madre le quería más desde que le veía entregado á los negocios. Su hijo ya no era un dependiente de comercio; era un bolsista, y esto siempre proporciona mayor consideración social. Además, sus ganancias eran un motivo de esperanza para la viuda, que aunque veía satisfechas todas sus necesidades en el presente, no dejaba de sentirse preocupada por el porvenir. La buena fortuna de Juanito podía solidificar el prestigio de la casa.

La proximidad de la feria de Julio preocupaba á la familia. Nunca se habían pasado veladas tan agradables en casa de las de Pajares. Por la noche, después de la cena, llegaban el señor Cuadros, Teresa y su hijo, y comenzaba la alegre reunión.

Por los balcones abiertos penetraba el hálito caliginoso de las noches de verano, cargado de enervantes perfumes. La plazuela animábase. El calor arrojaba de sus estrechos cuchitriles á la gente de los pisos bajos, y las puertas estaban obstruídas por corrillos de blancas sombras sentadas en sillas bajas y respirando ruidosamente. Arriba, sobre los tejados, cubriendo la plaza como un toldo de apolillado raso que transparentaba infinitos puntos de luz, el cielo del verano con su misteriosa y opaca transparencia. En los oscuros balcones distinguíanse, entre los tiestos de flores y el botijo puesto al fresco, confusas siluetas ligeras de ropa. Otros, abiertos é iluminados, dejaban escapar, como los de las de Pajares, el sonoro tecleo del piano, acompañado algunas veces por el rítmico chorrear de las macetas recién regadas.

En los corrillos de la plaza partíanse enormes sandías, y las mujeres, con el moquero sobre el pecho para librarse de manchas, devoraban las tajadas como medias lunas, chorreándoles la boca rojizo

zumo. En una puerta susurraba la guitarra con melancólico rasgueo, contestándole desde otra el acordeón con su chillido estridente y gangoso. Y los ruidos de la plaza, el reir de las gentes, los gritos que se cruzaban entre los corrillos y la música popular, entraban con el fresco de la noche en el salón de las de Pajares, sirviendo de sordo acompañamiento á la conversación de la tertulia.

Las niñas, con Andresito, hacían planes para la próxima feria. Recordaban los rigodones en el pabellón de la Agricultura y los alegres vales en el del Comercio; pensaban en los trajes que les había traído la modista francesa, y que guardaban intactos para dar golpe en la Alameda en la primera noche de feria, y hasta sentían su poquito de maligna alegría considerando el efecto que su elegancia causaría en las amigas.

La calma y la felicidad habían vuelto á aquella casa.

Hasta Conchita, á pesar de su carácter iracundo y malhumorado, considerábase dichosa al ver que Roberto «volvía al redil», mostrándose más enamorado que antes. Por las noches, abandonando á su amigo Rafael, asistía á la tertulia de las de Pajares; y no contento con las largas conversaciones que allí sostenía con su novia, todavía por las mañanas, á la hora en que Amparo estaba en el tocador, las criadas en el Mercado y la mamá en la cama, subía la escalera, y en el rellano, ante la puerta entreabierta de la habitación, hablaba más de una hora con Conchita, hasta que se levantaba doña Manuela y comenzaba el movimiento en la casa.

La gran preocupación de la familia eran las tres corridas de toros, festejo el más ruidoso de la feria. La tertulia tenía ya ultimados sus proyectos. El señor Cuadros compraría un palco de los mejores para las dos familias; y lo mismo las de Pajares que Te-

resa, proponíanse deslumbrar al público con su elegancia.

Las niñas tenían preparados sus trajes de «manola», y un sinnúmero de veces se habían ensayado ante el espejo para aprender á colocarse con naturalidad y buen gusto la blanca mantilla de blonda. En cuanto á las dos mamás, pensaban lucir oscuros trajes de seda, con costosas mantillas negras, regaladas á las dos por el señor Cuadros.

Llegó el día de la primera corrida. La atmósfera parecía cargada de un ambiente extraño de locura y brutalidad. Por la mañana arremolinábase la gente, con empujones y codazos, en torno de los revendedores que en la plaza de San Francisco voceaban las de «sol» y de «sombra»; y como si la ciudad acabase de sufrir una invasión, tropezábase en todas partes con gentes de la huerta y de los pueblos: unos con pantalones de pana y manta multicolor; otros, los tipos socarrones de la Ribera, vestidos de paño negro y fino, la chaqueta al hombro, dejando al descubierto la blanca manga de la camisa, los botines de goma entorpeciéndoles el paso, y en la mano un bastoncillo delgado, casi infantil, movido siempre con insolencia agresiva.

El gentío presentaba igual aspecto en todas las calles, como si la ciudad entera se hubiese vestido con arreglo al mismo patrón. Sombreros cordobeses de blanco fieltro ó marineras de paja, cazadoras de color claro, corbatas rojas, y en todas las bocas un cigarro de á palmo.

La Bajada de San Francisco era un torrente por el que rodaban sin cesar las oleadas de gentío. Las jacas pamplonesas, cubiertas con inquietos borlajes y repiqueteantes cascabeles, pasaban como rayos por entre el gentío tirando de las tartanillas de colores claros, de los coches señoriales y de los carruajes ingleses, en cuyos bancos erguíanse como

cimbreantes flores las muchachas vestidas de rosa ó azul, con el rostro realzado por el marco de blanca blonda. La gente menuda, los del tendido de sol, pasaban en grupos, con la enorme bota al hombro y un garrote de Liria en la mano, oliendo á vino y vociferando, como si comenzasen á sentir la borrachera de insolación que les aguardaba en la plaza.

Muchachos desarrapados rompían las oleadas del gentío, ofreciendo la vida de *Lajartijo* en aleluyas, los antecedentes y retratos de los seis toros que iban á lidiarse, ó pregonaban unos abanicos de madera sin cepillar y en los cuales una mano torpe había estampado un toro como un pellejo de vino y un torero que parecía una rana desollada.

Los babies ávidos de emociones agolpábanse frente á las fondas donde se alojaban las cuadrillas, esperando pacientemente la salida de los toreros para poder tocar con respeto los alamares del diestro. La gente abría paso con curiosidad cada vez que algún picador empaquetado sobre la silla y con el mozo á la grupa pasaba montado en su jaco huesoso y macilento, que le llevaba hacia la plaza con un trotecillo cochinerito.

Entre los carruajes que velozmente y atronando las calles atravesaban el centro de la ciudad, pasó el cochecito de Cuadros, y tras él una carretela de alquiler, en la que iban las de Pajares. Doña Manuela en el sitio preferente, empolvada y retocada con tal arte, que su rostro producía cierta impresión asomando por entre los festones de la negra blonda; y frente á ella, las niñas, graciosísimas como un cromo de revista taurina, con zapatito bajo, medias caladas, falda de medio paso con red cargada de madroños y mirando atrevidamente bajo la nube blanca que envolvía sus adorables cabezas, cerrándose sobre el pecho con un grupo de claveles.

¡Qué tarde tan hermosa! Nunca se sintieron las de Pajares más contentas de la vida. Al descender de su carruaje frente á la plaza, llovieron sobre ellas los requiebros; y para todas hubo, hasta para la mamá, que respiraba ruidosamente y enrojecía, satisfecha del triunfo. Indudablemente eran ellas las que más llamaban la atención en toda la plaza. No había mas que verlas en el palco abanicándose con negligencia, mientras una gran parte de los señores del tendido, puestos de pie y volviendo la espalda al redondel, las miraban fijamente, con ojos de deseo.

El señor Cuadros estaba orgulloso de su situación. No podía quejarse de la vida. Ganaba cuanto quería; parecía un muchacho con su trajecito claro, corbata roja y el enorme cigarro, al que conservaba la sortija de papel, para que todo el mundo se enterase de su precio. A un lado tenía á Teresa, tranquila y sin sentir la menor sospecha de infidelidad, y al otro á doña Manuela, orgullosa de la admiración que ella y sus niñas despertaban en una parte de la plaza.

Sentíase satisfecho de la situación el señor Cuadros, y las ávidas miradas fijas en el palco parecíanle un homenaje á él. No se podía pedir mayor felicidad. Cumplía con la conciencia y con el placer. A un lado la esposa legítima; al otro, doña Manuela, la satisfacción de la carne, el alimento de su vanidad; y las dos familias, de las cuales era él el punto de unión, contentas, lujosas, llamando la atención del público, todo gracias á su buena suerte, que le permitía tirar á manos llenas los miles de pesetas. El bolsista, saboreando su dicha, aseguraba mentalmente que Dios es muy bueno, y no sabía ya qué desear, pues la seguridad de que en breve sería millonario tenía por indiscutible.

En el fondo del palco estaban el hijo de Cuadros

y los dos de doña Manuela, con los gemelos en la mano, contemplando el aspecto de la plaza. En el tendido de sombra, el graderío circular era un escalonamiento de sombreros blancos que bajaba hasta la barrera. Algunas capotas cargadas de flores ó relucientes peinados, destacándose sobre los pañolones de Manila, rompían la monotonía de las hileras de puntos blancos. Las puertas de los palcos abríanse con estrépito, y aparecían en las barandillas, cubiertas con los colores nacionales, las mantillas blancas, las caras risueñas, los peinados con flores; toda una primavera que era saludada á gritos por los entusiastas de abajo, puestos en pie sobre los banquillos de madera.

Enfrente, bajo el sol que agrietaba la piel en fuerza de sacar sudor, que hacía humear las ropas y ponía un casco de fuego sobre cada cabeza, enloqueciéndola, estaba la demagogia de la fiesta, el elemento ruidoso que aguardaba impaciente, tan dispuesto á arrojar al redondel los sombreros en honor al diestro, como los bancos y los garrotes en señal de protesta. De allí partían las palabras infames contra los picadores que al aproximarse al toro pensaban en la mujer y en los hijos. Esta mitad de la plaza no tenía la regularidad monótona del tendido de sombra. Era un mosaico animado, en el que entraban todos los colores y que al agitarse variaba de composición. Las tintas rabiosas de los trajes de la huerta, las blancas manchas de los grupos en mangas de camisa, los pantalones rojos de los soldados, los enormes quitasoles de seda granate que parecían robados de una antigua sacristía, los gigantescos abanicos de papel moviéndose con incesante aleteo, las botas de vino que á cada instante se alzaban oblicuamente sobre las cabezas, los gritos, las protestas porque se hacía tarde, todo daba á aquella parte de la plaza un aspecto de locura

orgiástica, de brutalidad jocosa. Y arriba, sobre la doble galería, clavadas en la crestería del tejado, colgaban lacias é inertes las banderitas rojas y amarillas, palpitando perezosamente cuando un suspiro fresco, enviado por el mar al través de la vega, arrastrábase sobre aquellas gentes aplastadas por la insolación, haciéndoles dilatar fatigosamente los pulmones. En lo alto, como bóveda del gran redondel, el cielo azul, infinito, sin la más leve vedija de vapor, cruzado algunas veces por una serpenteada fila de palomos, que aleteaban impasibles, sin dar importancia á la extraña reunión de tantos miles de personas.

Eran las cuatro de la tarde y se impacientaba la gente. Por detrás de la barrera iban los chulos de la plaza, con sus blusas rojas, abrumados bajo el peso de las capas de brega, repugnantes andrajos manchados de sangre; y por los tendidos, haciendo prodigios de equilibrio, filtrándose por entre el compacto gentío, avanzaban los vendedores de gaseosas con el cajón al hombro, pregonando la limonada y la cerveza, y los *tramusers* con un capazo á la espalda, llenando de altramuces y cacahuets los pañuelos que les arrojaban desde las nayas y devolviéndolos á tan prodigiosa altura con la fuerza de un proyectil.

Sonó la música, y un movimiento de ansiedad, de emoción, dió la vuelta á la plaza, haciendo latir sus corazones.

Esto era lo que más gustaba á las de Pajares. La lidia les aburría ó las horrorizaba; pero la salida de la cuadrilla las enardecía, y movíanse nerviosamente en sus asientos al ver el desfile de jacarandosas figurillas, que, á la luz del sol, destacábanse sobre la arena del redondel como ascuas de oro con el brillo de sus alamares.

Pasada la primera impresión de entusiasmo,

cuando las doradas capas cambiáronse por sucios trapos y cesó de tocar la música, saliendo el alguacil del redontel á todo galope, las de Pajares presintieron el aburrimiento.

El primer toro... ¡bueno! Todavía les causaba cierta ilusión el arrojó de los diestros, el valor de aquellos cuerpos esbeltos, nerviosos y ligeros que escapaban milagrosamente de entre las curvas astas; pero apenas comenzó la parte brutal del espectáculo y cayeron pesadamente como sacos de arena los infelices peleles forrados de amarillo, mientras el caballo escapaba, pisándose en su marcha los pingajos sangrientos como enormes chorizos, las jóvenes volvieron la cabeza con un gesto de asco y no quisieron mirar al redondel. ¿A qué iban allí? A lo que van todas: á ver y ser vistas, á lucirse un rato á cambio de palidecer de emoción y lanzar angustioso grito cuando la cornuda cabeza bufa en la misma espalda del torero fugitivo.

Y conforme avanzaba la corrida, la mayoría del público contagiábase del aburrimiento del espectáculo, y hasta los del tendido de sol, si no por repugnancia por fastidio, callaban, dejando que los lances en la arena se desarrollasen en medio de un tétrico silencio, como si desearan no provocar incidentes para que la lidia terminase cuanto antes. Sólo los grupos de los aficionados sostenían el entusiasmo palmoteando, aclamando á sus respectivos ídolos y entablando disputas ruidosas.

La salida de la plaza era lenta, desmayada, contrastando con la llegada, ruidosa como una invasión. Todos parecían cansados y caminaban con cierta lentitud y ensimismamiento, como el que acaba de ser víctima de un engaño ó ve defraudadas sus ilusiones. Los únicos que mantenían la algazara de la fiesta eran los que, tostados y sudorosos, salían por las puertas del sol golpeándose amigable-

mente con las arrugadas botas y las vacías calabazas, dando á entender á gritos que el contenido de aquéllas se hallaba en lugar seguro y servía para algo. Las dos familias, sufriendo los codazos de la muchedumbre, salieron de la plaza por entre los jinetes de la Guardia civil que mantenían el turno en el desfile de los coches, fueron en busca de los suyos, teniendo las mamás y las niñas que recoger sus faldas de seda, y manchándose las medias con el barro de la carretera recién regada.

Por fin vieron á Nelet, que guardaba el cochecito del señor Cuadros. Vestía de blusa, pues la carretela de las señoras era de alquiler y tenía cochero propio.

Iba á subir el señor Cuadros en su pescante y empuñar las riendas, cuando el cazurro muchacho se rascó la cabeza y pareció recordar algo.

—Oiga, don Antonio; don Eugenio me ha dado este papel, encargándome mucho que no tardase en entregarlo.

Y ofrecía un cuadrado de papel azul con el cierre intacto. Era un telegrama.

Juanito, al ver el despacho, por un instinto de solidaridad, apartóse de su madre, colocándose al lado del maestro.

—¡Bah!—dijo el señor Cuadros con indiferencia—. Será un telegrama de nuestro corresponsal de Madrid.

Y por la fuerza de la costumbre le rasgó el cierre, viendo su contenido con rapidez.

Pero inmediatamente palideció, dió una patada en el suelo y soltó unos cuantos pecados gordos, de aquellos que hacían ruborizar á Teresa y fruncir el gesto á doña Manuela, intransigente con tales groserías. Juanito, que leía por encima del hombro de su principal, estaba pálido también y parpadeaba como si creyera en un engaño de sus ojos.

—Ya ves, Juanito—dijo con precipitación el maestro—. Acaba de subir de un golpe cerca de tres enteros. ¿Qué será esto? Hay que ver en seguida á don Ramón. Lo que es por esta vez, ¡se ha lucido!... Pero no; él no se equivoca fácilmente. Aquí hay gato encerrado. De todos modos, debemos consultar en seguida á nuestro hombre. ¡Cristo! ¡pues apenas tiene la cosa importancia!...

Y montó en el cochecillo, nervioso é impaciente, con el deseo de llegar cuanto antes á casa para dejar á la familia y correr en busca del infalible protector.

Juanito no tuvo tanta presencia de ánimo. Pálido, sudoroso, hablando y gesticulando como un sonámbulo, casi echó á correr sin despedirse de la familia. Iba al despacho del poderoso Morte, á aquella Meca de la fortuna, y sentía una inmensa extrañeza al ver que la gente no mostraba la menor impresión, que el cielo estaba azul, que todo se hallaba como siempre y no surgía la más leve señal exterior para hacer saber al mundo que el gran genio se había equivocado por primera vez aconsejando la baja.



XI

La derrota fué completa.

A los dos días, ninguno de los bolsistas que tenían por oráculo al famoso don Ramón dudaba de ella. El mismo banquero confesaba que esta vez se había equivocado, aunque no por ello dejaba de sonreír, asegurando que lo mismo que había ocurrido una alza contra todas sus previsiones, podía sobrevenir una baja, pues no todos los tiempos son iguales.

Y aquellos hombres de fe inquebrantable acogían como risueña esperanza las ambiguas palabras del banquero, prestándoles esto cierta energía para sobrellevar el golpe. A todos los admiradores de don Ramón les había alcanzado la derrota; pero quien más sufría era el señor Cuadros, que de un golpe veía desaparecer todas las ganancias de su vida de bolsista.

Pero él no desmayaba, no señor. ¿Qué gran general no sufre una derrota? El era soldado fiel de don Ramón y le seguía á ciegas, convencido de que con un hombre así, de tropezón en tropezón, más tarde ó más temprano se llegaba á la victoria.

Con el error del banquero, quedaba lo mismo que antes de entrar en la Bolsa: dueño de la tienda y de unas cuantas fincas sin importancia. Pero esto

mismo le animaba y le hacía ser más tenaz en sus propósitos. Al fin, ¿qué había perdido? Igual estaba ahora que antes de entrar en el negocio. Lo que había ganado en la Bolsa justo era, que en la Bolsa se perdiese. Además, que le quitasen lo mucho que se había divertido gastando el dinero á manos llenas... ¡Adelante! El buen carretero vuelca muchas veces en un bache insignificante.

Y con tantos ánimos se sentía, que consolaba á Juanito, el cual, sin perder tanto como su maestro, mostrábase aterrado por el suceso.

—Vaya, muchacho, debes tener más alma ó retirarte del negocio. ¿Crees tú que se pescan millones sin correr peligro? Aquí me tienes á mí, que me he quedado lo mismo que hace un año: convertido en un tenderillo de escasa fortuna. Otro se consideraría perdido; pero yo me quedo tan fresco. ¿Que sigue sosteniéndose el alza? Pues yo á la baja, como antes. A la baja está don Ramón, y sigo á su lado. No hay cosa que disguste tanto á la suerte como la inconsecuencia.

Y con estas seguridades, dadas enérgicamente, aunque sin saber con qué fundamento, el señor Cuadros conseguía serenar á Juanito.

No tenía igual poder sobre don Eugenio, su antiguo principal. El pobre viejo, al saber el gran descalabro, en vez de irritarse depuso su huraña actitud, aproximándose á su antiguo dependiente para darle consejos con tono paternal.

—Estás á tiempo para retirarte. Lo que te pasa es un aviso de la Providencia. En realidad, nada has perdido. El dinero mal ganado se lo lleva el diablo. Lo que ahora tienes es lo adquirido honradamente y á fuerza de trabajo. Créeme, Antonio; á vivir como Dios manda, con tranquilidad y modestia, educando á tu hijo para que sea hombre de provecho, y sin repetir ciertas locurillas de las que no

quiero hablarte. No tientes á la suerte, que es traidora. Piensa que un segundo golpe dejaría á tu mujer y á tu hijo en situación de pedir limosna.

Cuadros, á quien la derrota había privado de fuerzas para discutir su pretendida infalibilidad en jugadas de Bolsa, contestaba afirmativamente al viejo y parecía aceptar todos sus consejos; mas no por esto se hallaba menos decidido á seguir á su grande hombre, sosteniéndose á la baja, como medio seguro de conquistar los soñados millones. Y tanto él como Juanito manteníanse firmes, á pesar de que continuaba el alza y no se veía la menor probabilidad de que pudiesen cumplirse las predicciones de don Ramón.

Algo más que el desgraciado negocio preocupaba á Juanito. Una noche, al retirarse después de acompañar á Tonica y su amiga en su paseo por la feria, encontróse en la puerta de casa con su hermano Rafael, que se llevaba el pañuelo al rostro como para ocultar algo que le molestaba.

Arriba, á la luz del comedor, vió á Rafael con un ojo amoratado y las narices sucias de sangre. El joven elegante, admiración y orgullo de la mamá, olía á vino, y con palabrotas de las más soeces explicaba lo que acababa de ocurrirle. Nada; una cosa de poca importancia. Se había peleado con un amigo, dándose de bofetadas y palos en medio del puente del Real cuando iban á la feria á última hora.

No quiso decir más, aceptando con gruñidos de borracho los cuidados paternales de Juanito, que hizo todo cuanto supo para curarle las contusiones. El pobre muchacho, al ver á su hermano cruelmente aporreado, sintió renacer el cariño de otros tiempos, cuando ejercía de niñera, sacrificándose en el cuidado de sus hermanitos.

Al día siguiente hizo averiguaciones para conocer con exactitud lo ocurrido; y los calaverillas de

la Bolsa, que sabían lo de la riña, le enteraron con una exactitud cruel.

Quien había aporreado á su hermano era Roberto del Campo. Los dos cenaron en un *restaurant* para conmemorar los buenos golpes que habían dado en la ruleta del *Sportsman Club*. Se habían emborrachado amigablemente, y al dirigirse después hacia la feria, surgió la disputa á consecuencia de ciertas afirmaciones infames del elegante Roberto.

Aquel miserable se había permitido asegurar cosas que hacían enrojecer al pobre Juanito: intimidades repugnantes con su novia cuando por la mañana hablaban en la escalera; secretos, en fin, que Juanito tenía por calumniosos, y que únicamente podía revelar un canalla como aquel. Su amigo había contestado á las confidencias con una bofetada, y después ocurrió la riña, de la que Rafael salió tan malparado.

Juanito se conmovió por el suceso. Decididamente, su hermano no era malo; su prontitud en defender la honra de la familia, castigando la calumnia, hacía simpático. Y el sencillo Juanito, olvidando lo de la borrachera, consideró á su hermano como un héroe. Conmovíale el valor con que había defendido á Concha, y no pudo callar ante la interesada el entusiasmo que sentía por Rafaelito.

Su sorpresa fué inmensa al ver el poco caso que Concha hacía de sus palabras.

—Mira, chico, todo eso que me dices son líos de Rafaelito, y harás bien no metiéndote en nada. Yo quiero á Roberto, ¿me entiendes? El me quiere á mí, á pesar de todo cuanto digas, y eso de que se permitió hablar ciertas cosas es una mentira de Rafael, que, según me han dicho, iba la otra noche como una cuba. ¡Vaya que le está bien á ese señorito meter cisco en la familia! Más le valdría no embo-

rracharse, ó por lo menos que sus borracheras no las pague yo.

Y la joven se expresaba con serenidad, con frescura, como si se tratase de la honra de otra y aquel Roberto fuese un infeliz á quien calumniaban.

Juanito no podía contener su asombro. ¡Dios mío! ¡qué gente aquella! ¿Y era su hermana la joven que permanecía tranquila ante suposiciones ofensivas para su dignidad? Insistió, cada vez más escandalizado; pero Conchita cortó rudamente sus recriminaciones:

—¡Cállate! Como eres un tonto, crees que todos los jóvenes han de ser iguales á ti. Roberto es como es... y basta. Yo contenta, pues todos satisfechos.

Y le volvió la espalda desdeñosamente.

Entonces acudió á la mamá. El no podía permitir que aquella loca, por amor ó despreocupación, mirase impasible lo que de tan cerca hería el prestigio de la familia. Doña Manuela le escuchó atenta; aparentó indignarse en el primer momento, pero al fin dijo, con aquel tono de inmensa bondad que tan bien le sentaba:

—Mi pobre Juanito, tú eres muy bueno; no conoces el mundo, no tienes sociedad, y te extrañan y escandalizan muchas cosas que realmente carecen de importancia. No tuerzas el gesto, que no intento defender á ese muchacho, aunque me extraña mucho que un joven distinguido y bien educado haya podido decir tales infamias. Pero ten en cuenta que tanto él como Rafaelito estaban algo «alegres», y las cosas hay que tomarlas según está el que las dice. En fin, Juanito mío, no te preocupes de la casa, que aquí estoy yo para vigilarlo todo. Además, ya he dispuesto que Conchita no salga más á la escalera. ¿No te parece bastante? Pues hijo, no hay que echarlo todo á barato. Al fin, Roberto es un

buen partido, y Conchita no va á despedirlo por cuatro palabras dichas como broma imprudente.

Y doña Manuela, ofendida por la insistencia de su hijo, que tildaba de «quijotesca», se separó de él casi tan huraña y despreciativa como Conchita.

Ahora sí que Juanito sentía á su alrededor un triste vacío. ¿Quién quedaba en aquella casa que pensase como él? Únicamente en los hombres había que buscar la vergüenza. Rafaelito y él eran los depositarios de la dignidad de la familia. Por esto él, que hasta entonces había tratado á distancia y con cierto despego á su hermano, sentía un recrudecimiento de cariño fraternal. Pero á los dos días de ocurrida la riña le dijeron que Rafael y Roberto iban juntos otra vez, apuntando sobre el tapete verde en fraternal combinación. Los dos se comprendían y compenetraban; eran la yunta viciosa, ligada por el yugo de la comunidad de gustos y la mutua posesión de secretos poco limpios.

Este golpe acabó de anonadar á Juanito. También su hermano desertaba. Nadie; ya no quedaba en su casa un corazón que pudiera colocarse al nivel del suyo. ¡Cómo sentía ahora su rompimiento con el tío don Juan! El viejo, á pesar de su tacañería y sus manías, era un hombre puro y recto.

Juanito pensaba ir en su busca como en otros tiempos, pues sus consejos eran como un baño de dignidad y rígida honradez, que le hacían resistir mejor la atmósfera de putrefacción moral de su casa. Cada vez se sentía más alejado de la familia. Vivía como siempre; comía con la mamá y las hermanas á la misma hora, pero las escuchaba como si fuesen seres extraños encomendados á su observación; sonreía interiormente al apreciar sus preocupaciones, indignábase sin romper su silencio, y apenas terminaba el motivo de esta reunión de familia, escapaba para ir en busca de Tonica y de la

pobre ciega, sintiendo el anhelo de purificarse, cual si las palabras de los suyos estuviesen agarradas á su piel como asquerosas manchas.

El pobre muchacho se sentía sin fuerzas para seguir viviendo con la familia. Un obstáculo invisible se levantaba entre él y los suyos. Decía bien su tío don Juan. El era de otra raza. Formaba aparte en el seno de la familia. Todos estaban ligados por la vida común; pero los otros eran la burguesía pretenciosa, corrompida prematuramente por la ambición de brillar, por el ansia de mentir, encaramándose penosamente á una altura usurpada; y él era un intruso, el resultado de un encuentro de la fuerza, cándida y sumisa, con la corrupción moral, hermosa y deslumbrante.

No; él no tenía madre. Los otros, los de Pajares, eran los legítimos vástagos de doña Manuela, su fiel retrato en lo moral. El solo era el hijo de Melchor Peña, con toda la inocencia, la hombría de bien, la ruda dignidad del montañés de Aragón... y Melchor Peña había muerto. Estaba solo en el mundo; no tenía madre.

Pero á pesar de su tristeza, Juanito seguía adorando á aquel ídolo, ante el cual volvía la cabeza para no ver los defectos, recordando sólo lo que le parecía bueno.

Doña Manuela podía parecerle en ciertos momentos falta de dignidad; pero él echaba la culpa de todo á la maldita ambición, que la sumía en los enredos y trampas, donde dejaba á jirones poco á poco, por sostener el boato de familia, aquella altivez que tan bien le sentaba.

Además—y esto era lo principal para Juanito—, la viuda, dedicada en absoluto á sus hijos, buscando por caminos engañosos asegurar su porvenir, no había dado motivo á la más leve murmuración. Tratóndose de dinero, era capaz de mentir y hasta de

estafar, tomando préstamos sobre fincas vendidas muchos años antes; pero su virtud de mujer aparecía intachable.

Juanito, como esos desesperados que encuentran todavía en su miseria cosas agradables, reconocía en su madre grandes defectos, pero se extasiaba ante su honradez de mujer.

Un suceso vino á sacarle de la triste preocupación que le causaban los asuntos de su familia. Era el último día de la feria. Por la tarde, en la Bolsa, circuló una noticia que hizo palidecer á todos los pretegidos de don Ramón Morte. En vez de cumplirse los vaticinios de éste, el alza continuaba su carrera triunfal, ganando nuevos escalones y arrollando las mermadas fortunas de los que osaban ponerse enfrente de ella.

Esta vez desapareció por completo la confianza que Juanito tenía en la infalibilidad de su principal y del señor Morte. La ruina era indudable. El mismo don Antonio le había dicho que si no sobrevenía pronto la baja saltaría él á fin de mes con todos los jugadores que atendían los consejos del famoso banquero.

El infeliz joven, poco avezado á los azares del juego, é incapaz de ocultar las terribles impresiones de la ruina, sintió ganas de llorar en plena Bolsa, ante los corredores y los «alcistas», que sonreían con un gozo feroz viendo la agonía de sus contrincantes.

Pero Juanito era de los que en la desgracia aguardan siempre una inesperada salvación. Pensó que era preciso avisar al señor Cuadros; tal vez él, como hombre experto en los negocios, encontraría el medio de salir á flote. Extrañábale mucho que no estuviera en la Bolsa, siendo aquella tarde de agitación y de emociones, y salió inmediatamente en su busca.

En *Las Tres Rosas* sólo encontró á don Eugenio.

—¿Qué ocurre?—preguntó el vejete—. Tienes cara de susto... ¿Que si está Antonio? No; salió después de comer. ¿Necesitas verle? ¿es urgente el asunto? Pues entonces...—y se rascó la cabeza como si dudase—, entonces puedes buscarlo en tu casa; de seguro lo encontrarás. No sé qué demonios tiene que hacer, siempre metido allí. ¿Es que tu mamá juega también á la Bolsa?

Juanito no quiso oír más, y salió á buen paso con dirección á su casa.

Por el camino preocupábanle las palabras de don Eugenio, la triste sonrisa con que había acompañado su última pregunta. Subió al trote la escalera de su casa, dando un vigoroso tirón á la campanilla.

Abrió Visanteta, y al verle comenzó á darle explicaciones antes que él preguntase. Las señoritas habían salido; estaban en casa de «las magistradas».

—Bien; pero ¿y el señor Cuadros, no está aquí?

Y Juanito miró angustiosamente á la criada, que balbuceaba, no sabiendo qué responder.

La empujó rudamente y entró. Visanteta, sin perder su ceñuda seriedad, levantó los hombros, hizo un gesto de resignación, como diciendo: «Que ocurra lo que Dios quiera»; y volviendo la espalda al señorito, se fué hacia el comedor.

No había nadie en el salón. Bajo el sofá sonaba el juguetón cascabeleo de *Miss*, la perrita inglesa, que al notar la presencia de Juanito sacó á medias, por entre los lambrequines, su cabeza de juguete.

La mirada del joven examinó rápidamente el salón, fijándose con estúpida tenacidad sobre el sofá, como si viese en él algo extraño que le atraía sin explicarse la causa. Era una chaqueta blanca arrojada con descuido, y que causaba en el joven la misma impresión de esos rostros que siendo amigos tardan mucho en reconocerse.

Llevóse la mano á la frente como si fuera á arañarse con cruel impulso, y sus ojos se dilataron con espanto. Fué un momento, un momento de vértigo nada más; pero en tan corto espacio creyó que la habitación danzaba como una peonza, que el techo descendía hasta apoyar en su cabeza su peso irresistible; vió obscuridad y luces á un mismo tiempo, experimentó frío y calor; sintió una bola extraña que se le atascaba en la garganta, y en un instante pasaron por su imaginación, como relámpagos lívidos, todas las escenas de novela que había leído, con sus terribles descubrimientos y sorpresas aplastantes.

Bien conocía aquella chaqueta; era la de su principal, la que tantas veces le había rozado al descansar paternalmente la manga sobre su hombro. *Miss*, saliendo de su escondite, frotábase contra sus piernas gruñendo imistosamente.

Pero, en fin, ¿qué era aquello? Nada significaba el pedazo de tela. Pero ¿dónde estaba el señor Cuadros? Insensiblemente se dejó arrastrar por un espíritu de desconfianza que acababa de despertarse en él, y dentro de su casa, por una precaución inexplicable, le hacía andar de puntillas como si fuese un ladrón.

Sin darse cuenta de ello, se vió junto al cortinaje que cubría la puertecilla por donde entraba doña Manuela todas las noches á la hora de acostarse. El mismo instinto que le hacía recatarse fué quien hizo avanzar su mano, levantando levemente un lado de la misteriosa colgadura.

Miró, y sin embargo no sufrió la impresión de momentos antes. Todo era verdad. Ahora comprendía las palabras de don Eugenio, su sonrisa triste, la mirada de conmiseración con que había acompañado su rápida salida de la tienda.

Y abrumado por la sorpresa, permaneció ergui-

do, con los ojos desmesuradamente abiertos, apoyando su espalda en la pared, como si temiera desplomarse.

Debió lanzar un suspiro; tal vez chocó con demasiada rudeza contra la pared.

—¿Quién anda ahí?

Y tras larga pausa, contestó á esta voz femenil otra de hombre en tono más bajo, pero que rasgó los oídos de Juanito:

—Será *Miss*, que juega.

No supo cómo salió de allí. Lo único que pudo recordar fué que el instinto de precaución le dominaba aún, y que al bajar la escalera lo hizo de puntillas, evitando roces, como si fuera un delincuente y temiera ser descubierto.

Cuando se vió en la calle sintió un calor insufrible. Ya sabía quién le apretaba con tanta crueldad la garganta. Era la vergüenza, que hacía arder en su interior un fuego de infierno, que enrojecía su rostro y aceleraba la circulación de su sangre. Creyó que todos le miraban, que los transeúntes ladeaban el cuerpo para evitar su roce, y anduvo apresuradamente, como si sintiera tras sus pasos el espectro de su vergüenza que le perseguía.

Aire... espacio... libertad; se ahogaba en las calles tortuosas, con sus paredes que parecían aproximarse para cerrarle la marcha; necesitaba horizontes inmensos, para no creerse aplastado, para poder ensanchar sus pulmones y arrojar la cruel madeja de suspiros que se apelotonaba en su garganta.

Una sensación fresca le despertó de aquella pesadilla, que le hacía caminar como un sonámbulo aterrado. Estaba en las Alamedas de Serranos, y marchaba con la cabeza inclinada, los brazos á la espalda: la misma expresión de los tipos casi lúgubres que acostumbraban á pasear allí.

A lo lejos, tras las cortinas de los árboles que circuían el verdoso estanque, sonaba el canto de un corro de niñas confundiéndose con el juguetón parloteo de los traviesos gorriones:

Yo me quería casar,
yo me quería casar
con un mocito barbero...

Juanito sentía deseos de llorar como cuando escuchaba las romanzas italianas de Amparo. Pero ahora no era el amor quien ponía en tensión sus nervios; eran los recuerdos del pasado, que contrastaban penosamente con su situación actual.

Le hacía daño la inocente melopea infantil. Se veía con la imaginación vistiendo el trajecito escocés de su niñez, cuando su madre, con tocas de viuda, le llevaba á la Glorieta á que jugase con las niñas, pues su timidez y debilidad no le permitían alternar con los revoltosos muchachos. ¡Cuán hermosa estaba con sus negras tocas! Juanito la veía al través de los años como una *Máter dolorosa*, acariciando dulcemente su cabeza de niño y pensando en el doctor Pajares, á pesar de su reciente viudez.

Ya no creía en su madre. La fe se había rasgado en él como una virginidad irreparable. Le hacía daño el canto infantil, y para no llorar salió rápidamente del paseo, siguiendo el pretil del río.

Caminando junto á la carretera polvorienta, sin ver otras caras que las de los carreteros que marchaban perezosamente tras sus vehículos, ó las de los guardias de Consumos sentados ante sus garitas, Juanito se encontraba mejor. No tenía miedo, como el poeta, á encontrarse con su dolor á solas, y caminaba por aquel lugar poco frecuentado, saboreando con gozo cruel el hondo pesar que, de vez en cuando, estallaba en ruidosos suspiros.

Sentía en torno de su persona la imagen invisible de un padre que no había conocido. El recuerdo del pobre Melchor Peña le inspiraba cierta conmiseración. Aquel también había vivido engañado. Amó locamente á su esposa sin conocer su verdadero carácter y murió en el error, como hubiese muerto él, jurando que su madre era la mejor de las mujeres, á no haberle conducido la fatalidad al salón de su casa para hacer el más terrible de los descubrimientos.

Su madre era una tramposa capaz de todos los enredos y vergüenzas para conservar el falso oropel de su vida; su madre despreciaba las murmuraciones que herían hondamente el honor de la familia; dejaba á las hijas que se arrojasen en el peligro, arrastradas por la desesperada audacia de cazar un novio, y al final se entregaba como una perdida en brazos de un amigo de su esposo, se vendía infamemente cuando estaba próxima á la vejez, manchando todo su pasado, por una necesidad del orgullo. ¿Qué era, pues, lo que quedaba á aquella mujer? Nada absolutamente. Aquel descubrimiento fatal rasgaba el velo de la credulidad, desvanecía el optimismo del cariño; la madre aparecía á los ojos del hijo tal como era, con toda su fealdad moral; y Juanito pensaba con rabia en su antiguo ídolo como el devoto que pierde la fe y en la imagen milagrosa que antes le arrancaba lágrimas de emoción ve sólo un miserable leño. ¿Por qué había nacido del vientre de aquella mujer? ¿No podía tener una madre como lo son todas? Y furioso contra la fatalidad, que le había dado por madre á doña Manuela, cerraba los puños como si quisiera estrangular á alguien.

Levantó la cabeza y vió que se había separado del pretil, siguiendo por el camino de ronda. Ante él alzaban sus pesadas moles cilíndricas las dos

torres de la puerta de Cuarte, con la rojiza costra acribillada por los profundos agujeros de las granadas francesas y las de las insurrecciones republicanas.

Contemplaba fijamente los tragaluces angostos y enrejados de los calabozos donde estaban los presos militares. Pensaba con envidia que allí dentro, en las mazmorras lóbregas y húmedas, se estaría muy bien, rodeado de absoluto silencio, lejos del mundo, sin pesares que turban la existencia.

Permaneció mucho tiempo mirando fijamente aquellos colosos de argamasa, hasta que por fin se dió cuenta de que algunos chicuelos del barrio formaban círculo en torno de él, contemplándolo con curiosidad, tomándole, sin duda, por uno de esos viajeros que para el vulgo han de ser forzosamente ingleses.

Juanito huyó de aquella pillería, cuya mirada insolente y burlona nada bueno presagiaba, y siguió por el camino de ronda, sumiéndose al poco rato en sus tristes reflexiones. Volvía á caminar automáticamente, sin fijarse en las personas que pasaban junto á él. Llevaba abiertos los ojos, miraba á todas partes, y nada veía. Nada, no; lo real, lo inmediato á su persona no lograba fijarse en su retina; pero en cambio, veía siempre, con una tenacidad desesperante, la blanca chaqueta arrugada brutalmente como la sábana del lecho después de una noche de placer, y luego... luego veía también la cortina alzada revelando una parte del atentado vergonzoso, de la degradación maternal, que era para él un golpe de muerte.

¡Oh, cuán execrable le resultaba ahora su antiguo ídolo! Y sin embargo, estaba convencido de que todo su odio era una impresión del momento, que se desvanecería apenas se hallase en presencia de la mamá. Es muy difícil desarraigar un cariño

de tantos años; y este convencimiento era lo que más desesperaba á Juanito. Sentíase avergonzado por tener tal madre y adorarla, sin embargo, con la dulce ceguera del cariño.

—¡Eh!... ¡á un lado!

Juanito saltó hacia atrás instintivamente, al sentir en su rostro el bufido ardoroso de dos caballos. Había llegado á la entrada del camino del Cementerio, y aquellas bestias que casi le atropellaban eran los jacos huesosos, antipáticos y enfermos que tiraban de un coche fúnebre. El tétrico conductor, con su librea negra y mugrienta, pasó, rociando de injurias al distraído y amenazándole con su látigo.

Juanito apenas si pudo verle. Sus ojos estaban fijos en el féretro blanco y dorado que se mecía con el traqueteo de las ruedas, dejando en su memoria la impresión de una nubecilla surcada por rayos de sol.

También debía estarse bien allí. Mejor que en los calabozos que antes contemplaba con envidia. El silencio para siempre, la amarga satisfacción del no ser, la grandiosa monotonía de la eternidad libre de toda alteración. ¿Por qué no iba él dentro de aquella caja? ¿Por qué no había caído cuatro años antes, cuando sufrió una pulmonía que puso en conmoción á toda su familia? Al menos habría muerto creyendo en su madre, y al partir le hubiera consolado un gesto, una lágrima de aquella mujer. Pero ahora estaba solo. Moriría aislado; lo único que le fortalecía era la certeza de la muerte como solución para sus males.

El rostro de una joven asomada á la ventanilla de uno de los carruajes del cortejo fúnebre pareció cambiar el curso de sus ideas. No; era una locura buscar la muerte. Si no hubiese conocido á Tónica, podría aceptar tan desesperada resolución; pero

siendo amado por ella, era una locura. Aún había remedio. Una parte de su capital la había entregado á don Ramón Morte, no para jugadas de Bolsa, sino para la adquisición de valores públicos. Vendería, aunque fuese con pérdida, esta parte segura de su capital; pagaría las deudas importantes que había contraído por salvar á su madre, y con lo que le quedase se establecería modestamente, sería el dueño de *Las Tres Rosas* ó de una tienda más pequeña, casándose en seguida con Tónica. Esta era la verdadera solución. Nada de buscar millones; la lección había sido dura. Comerciante rutinario y cachazudo, buen marido y padre virtuoso; esta era la felicidad, lo que él ambicionaba para el porvenir.

Y cuando con más entusiasmo forjábese la ilusión de la tranquilidad patriarcal, un silbido estridente rasgó los aires, como si Mefistófeles, desde las nubes, contestase con su carcajada chillona á los hermosos planes de virtud doméstica.

Juanito, sin dejar de andar, despertó del extraño sonambulismo que le hacía correr en torno de la ciudad, agitado á cada instante por los más diversos pensamientos. Frente á él perfilábase sobre el cielo de pálido azul la Plaza de Toros, con su contorno de circo romano. Entre ella y el joven estaba el paso á nivel de la vía férrea, donde comenzaba á palpar, lanzando mugidos, una bestia de hierro.

Juanito vióse detenido por la cadena que acababa de tender el guardavía. Este obstáculo pareció irritarle. Sintió otra vez dentro de sí aquel compañero misterioso que le había guiado en el salón de su casa al hacer los terribles descubrimientos. Algo le decía ahora con acento imperioso. Le empujaba, y él obedecía automáticamente. Olvidaba las ilusiones de futura felicidad que se había forjado momentos antes, y el ataúd coquetón, aquel féretro de raso

blanco y bordados de oro, parecía brillar ante él, como un astro que le iluminase en su camino. Abriase su tapa, mostrando el interior mullido y acolchado como el de una caja de dulces. Unos cuantos pasos más, y se quedaba dentro para siempre...

De pronto, Juanito se sintió cogido por los brazos, zarandeado y empujado hacia atrás con tal fuerza, que estuvo próximo á caer.

—Pero ¿adónde va usted? ¿Está usted loco?...

El que le hablaba era el guardavía, un mocetón de blusa azul con iniciales rojas.

Entonces se dió cuenta de que estaba á pocos pasos de un tren que, conmoviendo el suelo, dando mugidos por la chimenea y rugiendo por las válvulas de escape, salía de la estación, abofeteando á los más próximos con el viento de su rápido paso. Juanito lo comprendió todo. Había pasado por debajo de la cadena, y el empleado acababa de detenerle casi en la misma cabeza del tren que avanzaba.

El guardavía mirábale con ojos interrogantes, en los que era visible la sospecha de un intento de suicidio. Los curiosos agolpados á ambos lados de la vía daban á entender lo mismo con sus palabras.

Juanito, avergonzado, siguió á buen paso el mismo camino de antes, como si después de lo ocurrido le fuera imposible continuar adelante dando la vuelta completa á la ciudad.

Pasó por el lugar donde había encontrado el fúnebre cortejo, y no pensó ya en aquel ataúd blanco que le obsesionaba con la más amarga de las seducciones. Tampoco levantó la desalentada cabeza para contemplar las torres de Cuarte, cuyos rojizos muros adquirirían en su parte alta un tinte de incendio reflejando la puesta del sol.

La frescura que sintió siguiendo el pretil del río pareció reanimarle. Comenzaba el crepúsculo.

En el cauce del río, las charcas y riachuelos, reflejando en su fondo el rojo horizonte, brillaban como si fuesen de encendida lava. En la ciudad, los vidrios de los altos balcones y de las esbeltas torrecillas destacábanse sobre la masa oscura de los edificios como placas de fuego. La calma del crepúsculo, compuesta de murmullos imperceptibles, de lánguidos suspiros que exhala la Naturaleza próxima á adormecerse, invadía el ambiente. Desde el pretil veíanse rebaños de oscuras ovejas, que al compás perezoso de las esquilas iban en busca del corral, mientras que por la parte de arriba, por la carretera polvorienta, marchaban también en retirada los rebaños del trabajo, gentes de espalda encorvada y blusa vieja, con la cara sudorosa y el saco de herramientas á la espalda.

La melancolía del crepúsculo se apoderaba de Juanito. Cuando entró otra vez en las Alamedas de Serranos, sus piernas flaqueaban, y sintió la necesidad de dejarse caer en uno de los bancos.

En aquel paseo silencioso, casi desierto, que lentamente se obscurecía, podía forjarse la ilusión de que estaba en un jardín de su propiedad, donde nadie vendría á turbar la pereza dolorosa, el anonadamiento triste en que iba sumiéndose.

En las charcas del río, las ranas comenzaban á templar sus instrumentos de dos notas para la interminable sinfonía de la noche; en la inmediata carretera sonaba el chirrido de los carros.

La humedad del sombrío arbolado empapaba las ropas de Juanito, adormeciéndole. Hubo momentos en que su imaginación, lanzada en el camino de la insensatez, hízole pensar que, como en los cuentos fantásticos, un colosal murciélago le abanicaba con sus alas, para chuparle la sangre después de dormido.

De pronto, vió plantadas ante él, mascullando

palabras ininteligibles y extendiendo vergonzosamente las manos, dos niñas entecas, dos cabezas con el pelo revuelto y erizado como espantables Medusas, mostrando las piernas enflaquecidas y desnudas por debajo de los guiñapos que las servían de faldas. Una profunda conmiseración invadió el ánimo de Juanito. Aquellas eran aún más desgraciadas que él. Tal vez no habían conocido á sus madres, y esto era mil veces peor que tener una aunque fuese como la suya. Olvidó repentinamente todas las precauciones de su carácter económico, y dejó el puñado de pesetas que llevaba en el chaleco en aquellas manecitas, que, asombradas y faltas de costumbre, no sabían cómo oprimir la lluvia de plata. Las pesetas caían al suelo, y Juanito no se arrepentía de su generosidad.

Indudablemente, allá arriba había alguien viéndolo todo: lo mismo lo que pasaba por las tardes en una alcoba, que lo que ocurría por la noche en un paseo solitario entre dos mendigas pequeñas y un hombre más niño que ellas.

La desgracia le perseguía. ¿Quién sabe lo que le estaba reservado? Tal vez algún día, con más vergüenza que aquellas infelices, tendría que tender la mano á las gentes, sintiendo calor en el rostro y en el estómago el cruel arañazo del hambre. Y como para sellar su pacto con la desgracia futura, cogió entre sus manos las desmelenadas cabecitas, besándolas en las sucias mejillas, en los labios cubiertos de costras.

Esto asombró á las mendigas más aún que la generosidad de momentos antes. Sus ojos cándidos y virginales deshonraronse con una viva chispa de malicia; tras la inocencia infantil asomó la precocidad de la vida aventurera, las lecciones infames aprendidas sobre el barro de las calles; y las dos, apretando convulsivamente sus puñados de

pesetas, huyeron como si las amenazase un terrible peligro.

Después pasó una mujer pequeña y enflaquecida, una pobre obrera de las que habitan en la otra orilla del río. Cansada del trabajo, sostenía en un brazo la pesada cesta y un chicuelo mofletudo que se agitaba con nerviosa alegría, mientras tiraba con la otra mano de un galopín de cinco años que se obstinaba en no andar por habérsele desatado el zapato.

La mujercita saludó con una dulce sonrisa á Juan, y dejando sobre su mismo banco el pequeño y la cesta, encorvóse penosamente para atar el zapato de su hijo mayor. Después de acariciarle su enorme cabeza, volvió á recuperar lo que había dejado sobre el banco y prosiguió su marcha, siempre abrumada por la fatiga, poseída por triste desaliente, pero satisfecha y sonriente al mirar á sus dos pequeñuelos, cruz abrumadora que arrastraba en el calvario de la miseria.

Juanito creyó despertar ante aquella aparición. Era una verdadera madre la mujercita de la dulce sonrisa. En aquel grupo de conmovedora miseria había algo que él no había conocido jamás, y los dos pobres chicuelos, martirizados por el hambre, destinados á vivir como parias de la sociedad, gozaban lo que él, criado entre lujo y ostentación, no había tenido nunca.

Sentía deseos de pedir á Dios que hiciese un milagro, que le convirtiese en uno de aquellos niños, destinados á ser bestias de carga para el bienestar de sus semejantes, pero que al menos tenían una madre que los amaba sin distinguirlos y no se vendía á pesar de su miseria.

Sintió de pronto en sus manos la caída de algo caliente que resbalaba sobre su epidermis. Lloraba. Al alejarse el tierno grupo, las lágrimas habían aso-

mado á sus ojos, y no hacía ningún esfuerzo por contenerlas, sintiendo al llorar una sensación voluptuosa, como si sus pulmones, con extraordinaria dilatación, hubiesen expelido aquel nudo que le oprimía la garganta.

Así pasó mucho tiempo: con el sombrero caído á sus pies y la cabeza apoyada en una mano, dejando que las lágrimas resbalasen á lo largo de su antebrazo.

Los últimos transeúntes que pasaron fueron unas buenas mozas con la cesta al brazo, moviendo al andar bizarramente sus fuertes caderas. Debían ser cigarreras que volvían de la fábrica. Miraron entre compasivas y burlonas al señorito que lloraba, y se alejaron haciendo comentarios á toda voz. ¡Un hombre llorando! Indudablemente le había engañado la novia ó había muerto su madre. A Juanito no le hicieron daño los burlones comentarios de aquellas muchachas. Habían acertado. Su madre había muerto aquella tarde, y por esto lloraba.

Tras el desahogo del llanto, quedó fatigado, con los miembros entumecidos, como si acabase de hacer una larga marcha.

No supo si había dormido ó si el tiempo pasó con extraordinaria rapidez; lo cierto fué que al apartar las ardientes manos mojadas en lágrimas y erguir su cabeza, vió que era de noche. Por entre el ramaje de los árboles veíase el cielo azul oscuro de las noches de verano, moteado por el luminoso polvo sideral.

Como un sordo rugido semejante al hervor de lejana caldera, llegaban los rumores de la ciudad al paseo obscuro y silencioso.

Cantaban las ranas con una monotonía desesperante; reflejábanse las temblorosas estrellas en el fondo de las charcas; en el inmediato estanque conmovíanse con estremecimientos voluptuosos las

plantas verdosas que extendían sus palmitos á flor de agua, y á lo lejos, como un eco, sonaban los ladridos de los perros del arrabal.

Aquel silencio matizado por los ruidos propios de la noche hacía imaginarse á Juanito que se hallaba en un tranquilo pueblo, lejos de una vida en la que sólo había encontrado hondos pesares. Su mirada vagaba errante por entre los puntos de luz, que le parecían impenetrables jeroglíficos trazados en el cielo. ¿Cómo serían aquellos mundos? Y pensando en esto, recordaba confusamente la poca geografía aprendida en la escuela, las innumerables consejas que había oído relatar sobre la influencia de los astros sobre los hombres.

Creía en lo maravilloso, en la influencia astrológica, sintiendo que la calma augusta de la inmensidad se filtraba en su ánimo.

Como si le atrajesen aquellos mundos desconocidos, creía elevarse en el espacio, dejando muy lejos, bajo sus pies, la tierra, llena de miserias. Su corazón parecía ensancharse, crecer, convertirse en un músculo gigantesco que ocupaba todo su pecho y lo hacía estallar como un saco angosto. Ya no odiaba á nadie. Todos los seres de la tierra le parecían pequeños; y sintiendo la tierna conmiseración de las almas grandes, sonreía dulce pero compasivamente al pensar en su madre, en sus hermanas y hasta en la misma Tónica.

Nada le impresionaba ya; todo le era indiferente: amistad, familia y amor. El no era de este mundo; su verdadera patria estaba arriba. Y miraba á los astros con ojos interrogantes, como inquilino que escoge la mejor habitación para trasladarse á ella.

Pero las impurezas de la realidad le despertaron otra vez de su sonambulismo. Pasaban misteriosas parejas por detrás de los macizos de árboles, unidas por dulce intimidad, con paso recatado, cuchichean-

do levemente y buscando un lugar á propósito para aislarse de otros á quienes la cita nocturna llevaba también allí.

Esto sublevó á Juanito. Tenía por suyo el paseo, la calma de la noche, el puro silencio que le envolvía; la impúdica invasión de libertinos callejeros y mercenarias ambulantes causábale el efecto de un atentado contra su propiedad. Un sentimiento de asco le hizo ponerse en pie; y recogiendo su sombrero, salió de la obscura alameda.

Las campanas de los relojes atraieron su atención, haciendo que mirase el suyo á la luz de un farol.

Eran las diez y media. Le sorprendió la rapidez con que había transcurrido el tiempo y continuó su camino, dispuesto á vagar sin rumbo fijo; pero los grupos de gente que siguiendo el pretil marchaban en la misma dirección le arrastraron, haciendo que insensiblemente se encaminara á la feria de la Alameda.

Al llegar al puente del Real pasó por entre los tranvías y carruajes, que, parados en la obscuridad, parecían mirar al gentío con los encarnados y redondos ojos de sus faroles.

El magnífico panorama reanimó á Juanito. Al otro lado del río, millares de luces de colores, en serpenteantes líneas ó marcando el contorno de los pabellones arquitectónicos, desvanecían la obscuridad, produciendo un rojizo vaho que se extendía por el cielo como el reflejo de lejano incendio. Las charcas del río se poblaban de inquietos peces de fuego.

Atravesó el puente sufriendo los codazos de la multitud. Aquella noche era la última de feria. Destacábanse los grupos de soldados, con los roses enfundados de blanco; los huertanos iban en cuadrilla, cogidos de las manos por temor de extra-

viarse; y pasaban las labradoras con su traje de fiesta, arrastrando tras sí un racimo de chiquillos llorones y cansados, precedidas por los maridos en mangas de camisa, chaleco negro y el garrote de Liria en la mano, mirando á todos con fijeza, como si temiesen que los «señoritos» se burlasen de la familia.

Los farolillos venecianos formaban gigantescos pabellones de una claridad difusa. En la entrada de la Alameda apelotonábase el gentío, y por entre la masa de espaldas arqueadas y codos en punta pasaban las floristas con su cesto de mimbres erizado de ramilletes y las chicuelas desgrednadas, con el cántaro en la cadera y el turbio vaso en la mano, pregonando: «¡Al agua fresqueta!»

Juanito vióse detenido por la masa apiñada ante el tablado de los bailes populares. Sonaba el agudo cornetín repitiendo monótonamente la contradanza moruna ó acompañando las voces de los cantadores, y á su compás saltaban sobre el tablado las parejas de bailarines, que de lejos parecían polichinelas.

En aquel lugar bifurcábase la corriente del gentío. La gente alegre y ruidosa, los labradores, la chavalería de gorrilla y tufos ó de falda almidonada y pañuelo de seda, seguía por el pretil del río mirando la larga fila de casetas, en las que se aburrían los feriantes esperando al comprador que nunca llegaba.

Por el lado opuesto, por la avenida central, donde estaban establecidos los pabellones de baile, marchaba la gente «distinguida», con parsimonia, como en una procesión, mirando con el rabillo del ojo á los que estaban en las compactas filas de sillas, ó deteniéndose un instante para contemplar las parejas que danzaban en los pabellones.

Juanito, confundido entre este público é insensi-

ble á las cosas de este mundo, lo encontraba todo feo y ridículo con su pesimismo feroz.

Aquellos pabellones, que vistos con un poco de buena voluntad á la luz artificial recordaban los palacios deslumbrantes de las leyendas, parecíanle ridículas barracas. Y luego, ¡qué asco le producían los imbéciles que en aquellos salones al aire libre bailaban como monigotes, sin advertir que el gentío se divertía con sus saltos!

En uno de aquellos pabellones estaría su hermano Rafael. Y el muy imbécil tal vez se divertiría, tal vez estarían con él las hermanitas, y todos juntos mirarían con desprecio á la gente que se pasea por bajo, sin pensar que de allí podría salir un acusador anónimo que les gritara: «¡Todo ese lujo, esa altivez que ostentáis, son debidos á la trampa, á la desvergüenza, á que vuestra madre es una...!»

No; decididamente, él no podía seguir paseando por aquella parte de la feria. Volvían á reaparecer las tristes ideas de la tarde; pensaba otra vez en su madre. Además, de seguir por cerca de los pabellones, estaba expuesto á encontrarse con su familia, con el señor Cuadros, con cualquiera otro que le hiciera acordarse de lo que él tenía empeño en olvidar.

Huyó de aquellos sitios, dirigiéndose al final de la feria, donde estaban los *restaurants* al aire libre, las buñolerías apestando el ambiente con el aceite frito de sus fogones, y las rifas, cuyos dueños atraían con furiosos gritos á la gente, prometiendo una fortuna. Más allá estaban los vendedores de sandías, voceando tras sus montones de verdes bombas; las mesas de comida barata, donde cenaban chorizos crudos y morcillas secas los soldados y los labradores; y al final, los barracones de espectáculos: *El teatro mágico*, *La mujer gorda*, *Los perros sabios*, con órganos á la puerta que hacían sonar

una música extravagante, propia de una fiesta de caníbales. Juanito, con los nervios excitados, acabó por huir, refugiándose en los jardinillos á la inglesa que la gente llama «el Plantío».

Volvió á encontrarse como en las Alamedas de Serranos, en una soledad relativa, mirando desde su banco la agitación de la feria y contemplando el cielo á través de las copas de los árboles, cuyas hojas, bañadas por el reflejo de la luz artificial, cambiaban su tono verde por un plateado mate.

Allí, por un extraño capricho de su imaginación, pensó en los negocios. Recordaba las noticias que le habían dado aquella tarde en la Bolsa. La ruina era indudable. ¡Bien les había dejado el célebre banquero con su pretendida infalibilidad!

Su principal, el señor Cuadros, podía tenerse por hombre al agua. En cuanto á él, daba por perdida una gran parte de su fortuna, y únicamente confiaba en los valores del Estado que por encargo suyo había adquirido el señor Morte. Eran unos tres mil duros, y con esta cantidad pensaba encontrar la salvación.

El optimismo tornaba á apoderarse de su ánimo, como una reacción necesaria tras tantas horas de insufrible dolor. Aún tenía salvación. Se alejaría de aquella familia que sólo era en apariencia suya, pero á la cual no le ligaba lazo alguno; se casaría con Tónica, buscaría una tienda modesta y emprendería otra vez la conquista azarosa y difícil del dinero, teniendo por maestro á don Eugenio y siguiendo los procedimientos lentos y rutinarios del comercio á la antigua.

No sería millonario, no soñaría con palacios en el Ensanche y brillantes trenes de lujo; pero al llegar á la vejez se pasearía por una tienda acreditada, con zapatillas bordadas, gorro de terciopelo y la prosopopeya de un honrado patriarca, viendo á

los hijos talludos tras el mostrador, como activos dependientes, y á Tonica hermosa á pesar de los años, con el pelo blanco y los ojos de dulce mirada animándole el arrugado rostro.

Y el pobre muchacho conmovíase ante este cuadro de futura felicidad; y así como antes el dolor le hacía llorar, ahora suspiraba con angustia á causa de la alegría.

Cruzó el espacio un silbido rápido, estridente, un ruido semejante al desgarrar de inmensa sábana, y en lo más alto del cielo, después de una detonación de lejano cañonazo, esparcióse un haz de puntos luminosos de diversos colores, que descendieron lentamente, dejando tras sí culebrillas de fuego.

Eran los cohetes voladores que anunciaban el disparo de los fuegos artificiales. Juanito, con la atención de un muchacho, seguía las vertiginosas curvas de aquellas veloces rayas de fuego en el obscuro espacio. Cuando comenzaron á arder con gran estruendo los fuegos artificiales en un extremo de la feria, él no abandonó su asiento. Estaba molido; sus piernas entumecidas negábanse á obedecerle, y la debilidad y el cansancio le producían, en ciertos momentos, algo así como asomos de vértigo.

Toda la feria adquiriría un aspecto fantástico alumbrada por las bengalas, que tan pronto la coloreaban de alegre rosa como daban á las personas un tinte lívido.

Un rugido de entusiasmo saludó el principio de la *traca*, diversión favorita de un pueblo que ha heredado de los moros la afición á correr la pólvora. Pendiente de los árboles daba la vuelta al largo paseo aquella envoltura de papel rellena de pólvora, colgando á trechos los blancos cucuruchos que contenían los truenos.

Durante media hora repitió el eco aquel estruendo de batalla. Las mujeres, puestas de pie sobre las sillas, miraban con nerviosa curiosidad la nube de humo erizada de relámpagos que se acercaba, dejando tras sí un ambiente cargado de azufre y voladoras pavesas; y cuando el estruendo llegaba frente á ellas, cubríanse los rostros con los abanicos, hundían la cabeza en el pecho, ó sin dejar de reir, llevábanse las manos á los oídos, como si no pudieran resistir el trueno continuo, cuya intensidad subía ó bajaba, llegando en algunos instantes, con la violencia de la explosión, á hacer el vacío, dejando sin aire los pulmones.

La fiebre levantina enloquecía á los nietos de los rifeños, y eran muchos los que, con la blusa chamuscada, sacudiéndose la lluvia de pavesas, corrían siguiendo la marcha del fuego, deteniéndose para silbar al pirotécnico cuando la *traca* se cortaba, apagándose por algunos segundos. Con la violencia de las explosiones saltaban hechos añicos los globos de vidrio del alumbrado de gas; el azufre colábase por todas las gargantas, llevando al fondo de los estómagos su sabor insufrible; pero todo entraba en la diversión, y al final, cuando estallaba el trueno gordo, haciendo temblar el suelo de la feria, la gente menuda prorrumpía en estruendosa aclamación, despertando de la pesadilla belicosa que la había enardecido durante media hora.

Al terminar la *traca*, Juanito salió de la feria. Tenía prisa en llegar á casa antes que su familia. Reconocíase sin fuerzas para resistir la presencia de su madre. Carecía de costumbre en el fingimiento, y la expresión de su rostro le haría traición. Además, sentíase muy débil. Como los seres nerviosos que después de un esfuerzo extraordinario caen en desaliento mortal, él, tras la tarde de agitación y la noche pasada en los bancos del paseo, sufriendo

el húmedo relente, sentíase enfermo. Su estómago le atormentaba, recobrando sus funciones después de la crisis nerviosa.

Cuando llegó á su casa y Visanteta le abrió la puerta, no pudo contener un gesto de asombro al ver que el salón estaba iluminado.

Entró. Allí estaban su familia y la del señor Cuadros, pero todos silenciosos, ceñudos, con la cabeza inclinada, como si en la vecina alcoba hubiese un muerto al que velaban. Juanito husmeó en el ambiente algo terrible é inesperado, y se olvidó de todo, atento únicamente á conocer el misterio. Fué á preguntar, pero el señor Cuadros le atajó poniéndose en pie y avanzando con los brazos abiertos, con expresión paternal y desesperada.

—¡Ay, hijo mío! Estamos perdidos. Ese Morte es un pillo.

¡Eh! ¿Qué era aquello?... Pero la extrañeza del joven duró muy poco, pues el señor Cuadros hablaba con la verbosidad de la desesperación.

La cosa había ocurrido al anochecer. Primero la noticia circuló tímidamente por la Bolsa, pero poco después la sabía toda la ciudad. El célebre banquero don Ramón Morte había desaparecido, produciendo la consternación en centenares de familias. Unos decían que era un farsante que había huído para comerse en el extranjero los millones robados á sus clientes con la hipócrita comedia de su sencillez y su filantropía; otros aseguraban que era un desgraciado, un iluso, que, enloquecido por anteriores triunfos, se había empeñado en sostenerse á la baja, perdiendo su capital y el de sus admiradores, para huir al fin, pobre y avergonzado, sin que su deshonra le valiera nada. Lo cierto era que desde el anochecer, toda una procesión de clientes, anonadados unos y amenazantes otros, entraban en las oficinas del banquero, no encon-

trando otra cosa que las mesas abandonadas y algunos empleados quejumbrosos y todavía no convencidos de la ruina de su principal.

Juanito quedó clavado en el suelo por el asombro, con los ojos desmesuradamente abiertos, mirando á un lado y á otro, sin ver nada. Los demás seguían cabizbajos, oyendo por centésima vez la relación del señor Cuadros, que parecía enloquecido por la ruina.

—¡Sí, hijo mío! Yo también he estado allí. Aquello es una desolación. Estamos á fin de mes y hay que pagar en seguida. ¡Oh, ese hombre! ¡Ese pillo! ¡Da lástima ver tanto desesperado, tantos padres de familia dispuestos á matarse ó á matar á ese granuja si le pillan! El muy ladrón debió saber antes que nadie lo de la baja, y... ¡échale un galgo! ¡Dios sabe dónde estará ahora!

Juanito fué á preguntar algo, con la timidez del que espera una terrible noticia, pero su principal siguió hablando.

—¿Y yo, Juanito mío? ¿Cómo me quedo yo?... Arruinado para siempre, perdido, y lo que es peor, deshonorado. No tengo la cabeza para cuentas, pero he calculado á la ligera lo que debo á los corredores, y ni con la tienda ni con mis fincas tendré para pagar la mitad. ¿Qué hago, Dios mío, qué hago?... Para comer tendré que pedir á algún compañero que me admita de dependiente; y esto, á la vejez, es para pegarse un tiro.

Y Cuadros tenía los ojos vidriosos, faltándole poco para romper á llorar. No era su próxima degradación lo que más lamentaba, sino la pérdida de los placeres con que le había tentado la riqueza improvisada.

—Pero ¿y yo?—dijo por fin Juanito—. ¿En qué situación quedo?

—¿Tú?... ¡Pareces tonto! La ruina es igual para

todos. Unicamente tienes sobre mí la inmensa ventaja de ser joven y carecer de mujer é hijos... ¡Ay, quién estuviera en tu piel!

—Pero yo—dijo el joven con la tenacidad del que se agarra á una esperanza—, yo no sólo jugaba á la Bolsa. Don Ramón tenía en su poder más de tres mil duros míos en títulos del Estado. ¿Qué se han hecho?

Cuadros lanzó una carcajada, que, en fuerza de querer ser irónica, resultaba espeluznante.

—Espera sentado tus tres mil duros—exclamó con brutalidad—; eso de los valores públicos es una mentira. Ahora se ha descubierto que el tal don Ramón no compraba papel, y cuando le daban una cantidad con tal destino la dedicaba á la Bolsa, cuidando de entregar los intereses al cliente, como si en realidad existiesen los títulos. ¿Quieres saber qué hay de esos tres mil duros? Pues que los has perdido. ¿No me dijiste que tu novia le entregó ocho mil reales? Pues los ha perdido también... ¡Cristo! Hemos sido unos brutos, y ahora, en justo castigo, nos quedamos en la miseria, y muchas gracias si en alguna tienda nos quieren admitir de bestias de carga.

Y Cuadros, furioso, iba de un extremo á otro del salón manoteando, gozándose cruelmente en pintar á su discípulo toda la grandeza de su ruina. Juanito estaba inmóvil por el estupor. ¡Dios sabe lo que pasó en aquellos momentos ante sus ojos, fijos, sin luz y desmesuradamente abiertos como los de un ciego!

De pronto, doña Manuela abandonó su asiento al ver á su hijo vacilar, llevándose las manos al pecho y retroceder como si buscase apoyo.

Intentó cogerlo por los brazos; pero el pobre muchacho se estremeció, lanzando una mirada á su madre, que despertó en ella vergonzosas sospechas.

—No, no me toque usted, mamá: ¡lejos!... no necesito á nadie... estoy bien.

Y cayó como un fardo sobre el mismo sofá en el que por la tarde había visto la arrugada chaqueta como impasible acusadora del adulterio.

XII

Juanito se moría.

Toda la noche la pasó tendido en su cama como una masa inerte, con la pesada cabeza hundida en las sábanas, el rostro enrojecido, la barba alborotada y los ojos cerrados.

El pecho elevábase acelerada y trabajosamente, como si dentro funcionara una válvula vieja, y en la alcoba sonaba sin interrupción un ronquido silbante, cual si á lo lejos estuviera una locomotora expeliendo el vapor de sus calderas.

La familia pasó toda la noche junto á la cama del enfermo.

Doña Manuela, á pesar de su ánimo varonil, estaba aturdida por el asombro. Pero ¿cuándo se cansaría Dios de enviar desgracias sobre ella? Primero la ruina del protector que sostenía el prestigio de la casa y la de su hijo, con cuya fortuna contaba para casos extraordinarios, é inmediatamente aquella enfermedad extraña, rápida como el rayo, que mataba por anticipado al pobre joven, pues le tenía inmóvil é insensible como un cadáver, sin otra vida que aquella respiración angustiosa que parecía asfixiar á los demás.

La desgracia reanimaba el sentimiento maternal, dormido durante tantos años en el pecho de

doña Manuela. Contemplaba á Juanito con igual expresión que cuando era hijo único y gozaba de todas sus caricias.

Con los ojos enrojecidos por un sordo lloriqueo, iba la madre de un punto á otro de la alcoba cumpliendo lo dispuesto por los médicos, preparando los sinapismos que aplicaba por debajo de las sábanas á las míseras piernas del enfermo.

Rafaelito habíase retirado á su cuarto en la madrugada, y las hermanas permanecían clavadas en sus sillas, bostezando de cansancio, con un gesto de extrañeza y de miedo, como si presintieran que la muerte rondaba por la puerta de la alcoba.

La madre indignábase al hablar de los médicos. ¡Vaya una gente ignorante! Todo lo echaban en palabrotas raras é ininteligibles. Lo único que había podido sacar en claro era que se trataba de una congestión cerebral de las peores, y que el enfermo, por haber pasado á la intemperie gran parte de la noche, se hallaban en... ¿cómo decían aquellos tipos?... ¡ah, sí! en un medio patogénico que había preparado el efecto terrible de la mala noticia.

Y no cabía dudar que el pobrecito se moría. Ninguno de los médicos había dado á la madre la menor esperanza. A sus preguntas contestaba con palabras que nada prometían; pero apenas estaban fuera de la alcoba, meneaban la cabeza con triste expresión, como afirmando que nada les quedaba que hacer allí.

En medio de su dolor, la obsesionaba una idea cruel. Recordaba el terrible momento en que Juanito había caído inerte al conocer su ruina.

—No, no me toque usted, mamá...

En sus oídos sonaban estas palabras como si acabasen de ser pronunciadas, y veía aún el gesto de repugnancia con que las había acompañado.

¿Qué cambio tan rápido era aquel, desde la adoración idolátrica á una repulsión instintiva? ¿Sabría algo su hijo? Y la cruel sospecha de que Juanito pudiera conocer el secreto de aquel lujo que la familia había ostentado en medio de la ruina martirizaba á doña Manuela. Sólo la suposición de que sus sospechas pudieran resultar ciertas la hacía sentir intenso remordimiento. Por una preocupación extraña, doña Manuela creía preferible que Rafaelito y hasta sus mismas hijas tuviesen conocimiento de su deshonra, antes que aquel buenazo, vivo retrato de su padre, para el cual cualquier impresión extraordinaria era la muerte.

Quedábase unos instantes inmóvil ante el lecho, contemplando fijamente al enfermo, como si en su rostro enrojecido é inmóvil pudiera leer algo de lo que pensaba al rechazarla con tanta vehemencia. Entreabría los párpados del enfermo y se fijaba en el ojo amarillento, opaco, sin vida, no pudiendo encontrar en él un rastro del pensamiento que con tanto interés buscaba.

Así pasó toda la mañana. Las niñas se habían retirado á descansar, fatigadas por el estertor incesante y penoso que las crispaba los nervios.

Doña Manuela estaba inmóvil, pensando en la sima que se abría á sus pies y en la que iba á caer irremisiblemente, encontrando al final lo que tanto la asustaba: la miseria.

Bien adivinaba ella el concepto en que ahora la tenían las familias amigas. En otras circunstancias, una enfermedad hubiese atraído inmediatamente innumerables visitas; pero ahora todos debían saber lo de la ruina, y de la casa que se derrumba todos huyen.

Un asomo de cordura iniciábase en aquella mujer dominada por la vanidad y la soberbia. Se había arruinado, había caído hasta en la deshonra

por hacer su papel en la comedia del mundo, y fuera de algunas satisfacciones de su orgullo, ¿qué había sacado? Su Rafaelito era un perdido: ahora lo comprendía; muy elegante, eso sí, pero inútil para librar á la familia de la miseria. Sus hijas eran unas señoritas que sólo habían aprendido á figurar como muñecas bien educadas en un salón, y aun esto sin poder evitar cierta cursilería que saltaba á la vista apenas salían de su esfera. Su Juanito, el paria de la casa, era el que valía algo, y ahora estaba allí, agitando su pecho para escapar del brazo de la muerte, cansado de sufrir desdenes y olvidos.

Ahora veía claro. ¡Cuán tonta había sido! Pero todos sus propósitos de enmienda desaparecieron por la tarde, cuando recibió la visita de su hermano.

Don Juan había jurado en todos los tonos no volver á poner los pies en la casa de su hermana; pero al saber el estado de su sobrino se apresuró á visitarlo. Amaba á Juanito. Su rompimiento con él fué un arrebató de su carácter atrabiliario; pero por no mostrarse débil, permaneció alejado, aunque sin dejar por esto de enterarse de la marcha de sus negocios. Entró en la alcoba del enfermo con el ademán soberbio, el cónico sombrero encasquetado y lanzando á su hermana una mirada de desprecio.

Hacía esfuerzos por aparentar rudeza y mal humor, como si se presentase arrastrado por el deber y no por el cariño; pero el cerdoso bigote le temblaba y los ojillos parpadeaban nerviosamente. El estertor fatigoso, la inmovilidad del enfermo, las sombras cadavéricas que se extendían sobre el rostro, marcando sus huecos con triste negrura y haciendo destacar fúnebremente el perfil de la nariz, acabaron con la serenidad del pobre viejo, arrancándole un grito que parecía salirle del alma:

—¡Juanito!... ¡Niño mío!... ¿No me oyes?... Soy el tío Juan...

Y se abalanzó al rostro del enfermo, besando la sudorosa frente. Pero la máscara barbuda y lívida que asomaba por el embozo de las sábanas permaneció inmóvil.

El viejo prorrumpió en sollozos.

—Se acabó... Esto es cosa hecha. Ya me lo ha dicho uno de los médicos, pero necesitaba verlo para convencerme. Parece mentira... ¡Un chico como un castillo acabar tan pronto!... ¡Ay, cómo me duele ese ronquido!... ¡Cristo! Parece que me rasgan algo aquí, dentro de los pulmones. ¡Señor! ¡Qué justicia! Los carcamales como yo, buenos y sanos, y ese chico que parecía comerse el mundo, camino del cementerio.

Hubo una larga pausa.

—Mujer, ya estarás contenta. Al fin has salido con la tuya. Te estorbaba el chico, por ser hijo de quien es.

—¡Yo!—gritó doña Manuela poniéndose en pie, con llamaradas en los ojos y la majestuosa nariz agitada por la indignación.

Aquel momento de silencio pareció una larga amenaza. El ronquido angustioso del enfermo seguía sonando, cada vez más desgarrador.

—Sí, mujer, tú. No te pongas tan soberbia, que no has de comerme. Ya sabes que nos conocemos, y á mí no me asustas. Tú... sólo tú eres la autora de esa muerte. ¿Crees que no estoy enterado de todo? El chico era dócil, modesto, había bebido en buenas fuentes, era de nuestra escuela, y toda su ilusión consistía en conquistarse una posición sin perder la honra. Te quería demasiado, hubiera dado su sangre por ti, y eso es lo que le ha perdido. Primero le hiciste firmar pagarés, contraer deudas, y luego, su imbécil principal y tú, con el hambre del

dinero, lo habéis metido en esa ladronera que llaman Bolsa. Ha venido la ruina, y... ¡cataplum! ¡el chico á tierra!... ¿Quién tiene la culpa, mala madre? ¿Quién ha asesinado al muchacho, perra desvergonzada?

—¡Juan!... ¡Juan!—gritó doña Manuela avanzando un paso con ademán imponente, extendiendo las crispadas manos como si fuera á arañarle.

—¿Qué hay?... ¿Qué quieres?... No me causas miedo. Los que somos honrados decimos sin temor la verdad... Ya veo que has llorado, pero á mí no me engañan tus lagrimitas. No lloras por tu hijo: lo que te entristece es la miseria que se aproxima, la ruina de tu *buen amigo* Cuadros.

Don Juan subrayó con tanta expresión estas palabras, que su hermana dió un paso atrás, palideciendo y bajando las amenazantes manos.

—Parece que me has entendido. ¿Creías que también ignoraba yo esto? Lo sé todo, hija mía, y digo que me avergüenzo de que lleves mi apellido. Troné contigo cuando siendo viuda tuviste «aquello» con el doctor Pajares. Entonces aún podías justificarte, pues al fin amabas algo á aquel perdis... Pero lo que no tiene excusa es que te hayas vendido, que te hayas entregado como un pingajo de la calle. En mal camino estás, Manuela, y ya es tarde para retroceder. Hay alguien que te castiga, haciendo que la deshonra no pueda servirte de nada. Has perdido tu respetabilidad de mujer y ahora te hallas en los mismos apuros de antes, pues ese imbécil de Cuadros es hombre al agua. Por cierto que, según me han dicho, nadie puede encontrarle. Habrá huído, como su maestro el farsante Morte, convencido de que lo que tiene no alcanza para pagar á la décima parte de sus acreedores. Lloro, hija mía, llora; de nada te ha servido caer.

Y doña Manuela lloraba, efectivamente, sin sa-

ber con certeza si sus lágrimas las arrancaba el estado de su hijo, los insultos de su hermano ó aquella última noticia de la desaparición de Cuadros.

El viejo continuaba hablando junto al lecho del enfermo, excitado por la indignación, con voz sorda unas veces y gritando otras, de modo que cubría aquel estertor angustioso.

—Te lo vuelvo á repetir. No cuentas conmigo para nada. Si antes no te quería porque eras una manirrota, menos te querré ahora que eres una... no lo quiero decir. El único que podía esperar algo de mí es ese pobrecito. Los cuatro cuartos que tengo eran para él; pero ahora... se acabó. Nada espero y en nada confío. Gastaré lo que me queda; procuraré darme buena vida, y si tengo que hacer por alguien, ya sé á quién me dirigiré.

Y volviéndose hacia el enfermo, díjole con expresión de ternura, como si pudiera oírle:

—¡Juanín!... ¡Hijo mío! Tu tío está aquí... Márchate tranquilo, que alguien queda para proteger á los que te amaban y habían de formar tu familia.

—¿Qué es eso?... ¿Qué dices?

—Cállate; Juanín me entiende, á pesar de que parece muerto. No tardaré en reunirme con él... por eso no lloro... no vale la pena; es una separación de un par de años... un viaje. Pero cuando lo vea otra vez, tengo la certeza de que me abrazará agradecido y me llamará ¡tío!, como cuando era pequeño y pasaba los domingos jugando en los *pòrches* de mi casa.

Y don Juan, enternecido por los recuerdos, gimo-teaba inclinado sobre aquella cabeza lívida, en cuya frente caían las lágrimas del viejo, mezclándose con el agónico sudor.

De pronto debió arrepentirse don Juan de su debilidad; recordó sin duda algún detalle irritante

de la vida de su hermana aferrado tenazmente á su memoria, y recobró el gesto de rudeza, mirando fijamente á doña Manuela.

—Oye bien lo que te digo. Cuando éste salga de aquí, no nos veremos más. El era lo único que me ligaba á vosotros, el que podía obligarme á venir á esta casa. Andas muy mal, Manuela. Crees que tu última locura la ignoran todos, y cuantos te conocen lo sospechan. ¡Quién sabe si este pobrecito también estaba enterado y se va al otro mundo avergonzado de su madre!...

—¡Juan!... ¡Cállate por Dios!... ¡Me matas!...

Doña Manuela gritó horrorizada, cubriéndose el rostro con las manos. La sospecha que tanto la molestaba reaparecía en boca de su hermano. Y tan grande era su turbación, que hasta le pareció más ruidoso aquel estertor de agonía, como si el moribundo contestase afirmativamente con su fatigoso ronquido.

—Sí, Manuela. Adivino lo que piensas. Tu hijo se muere, sin que tengas la certeza de que marcha á un mundo mejor con su inocencia limpia de toda sospecha, creyendo en su madre como yo creí siempre en la nuestra. Ese será tu castigo; ese será tu remordimiento... Vivirás intranquila. Hasta ahora, el pobre Juanito apenas si ha merecido tu atención; pero la muerte despertará en ti los instintos de madre, pensarás en él á todas horas, le verás en sueños, y la sospecha de que tu hijo pudo conocerte tal como eres amargaré tu existencia... ¡Ay, infeliz! Te compadezco, pienso con horror en las noches que pasarás cuando esta cama esté vacía y creas oír en las habitaciones los pasos de Juanito. ¡Cómo llorarás cuando la miseria te acose, y esos cachorros de Pajares, que para nada sirven, no te puedan dar el pan que Juanito se hubiera quitado de la boca para ti!...

Ahora sí que lloraba de veras doña Manuela. Pensaba en el remordimiento horrible que le precedía su hermano, y más aún en aquella miseria que tanto la asustaba.

Tan visible era su desesperación, que don Juan calló, compadecido de su hermana. Hubo un largo silencio. El viejo habíase sentado en una silla baja, apoyando su espalda en el lecho, y con la cabeza inclinada parecía sumido en dolorosa reflexión. Doña Manuela, lloriqueando, fijaba sus ojos con expresión interrogante en el implacable hermano, como si le pidiera misericordia.

Transcurrió más de una hora sin que el silencio de la alcoba se interrumpiera con otro ruido que el estertor angustioso y continuo del enfermo. Doña Manuela levantábase para pasar una mano por la frente sudorosa del enfermo, cada vez más fría, y volvía á ocupar su asiento, mirando á lo alto con una expresión desesperada. Al angustioso movimiento de los pulmones uníanse ahora nerviosos estremecimientos, cada uno de los cuales parecía repercutir en los dos hermanos.

Don Juan palidecía como si sufriera los movimientos dolorosos de aquel cuerpo inerte, y miraba á su hermana con la misma expresión que si fuese ella la que martirizara al enfermo.

Entraron en la alcoba Amparo y Conchita, y al ver á su tío, con el instinto de jóvenes precoces y conocedoras del mundo, se aproximaron á él, besándole en la frente. Esto causó cierta impresión en el viejo, y mientras las niñas, de pie junto á la cama, contemplaban con el ceño fruncido y los labios apretados la agonía del pobre enfermo, don Juan dijo á su hermana en voz muy baja y titubeando como si se arrepintiera de su debilidad:

—Oyeme, Manuela; por ti no haría nada... no lo mereces; pero á la vista de esas pobres chicas me

siento débil y no quiero que mi conciencia cargue con un remordimiento. Son jóvenes, están mal educadas, la conducta de su madre no puede servirles de buen ejemplo, y acostumbradas al lujo, es fácil que, al verse en la miseria, se pierdan para siempre... No intentes contestarme; no me convencerás. Conozco adónde se llega siguiendo ese camino en que os halláis... Os protegeré, pero ya sabes quién soy yo. Quiero que viváis, pero sin desórdenes, como personas juiciosas y honradas. Que todo lo pasado sea como un sueño. No tengo ahora la cabeza para cuentas, pero creo que arreglando tus negocios todavía salvaré algún piquillo de tu embrollada fortuna, y con esto y lo que yo os daré podréis vivir como viven esas personas honradas y modestas á las que llamáis cursis despreciativamente... Seréis cursis, ¿lo entendéis? Más os prefiero así que convertidas en señoras tramposas, que pierden hasta su honor por engañar al mundo. Y en cuanto á ese Rafaelito, ó estudiará, haciéndose hombre de provecho, ó lo arrojarás de tu casa... Porque eso sí, hija mía: ¡yo no mantengo pigres!

Al anochecer murió Juanito. La válvula vieja y gastada que parecía mugir dentro de su pecho fué aminorando lentamente el fatigoso movimiento. Cesó el estertor, como si se cerraran los escapes de aquella locomotora que sonaba á lo lejos; y al quedar la alcoba envuelta en un silencio fúnebre estallaron sollozos y lamentos en toda la casa. Hasta Visanteta y la remilgada criadita lloriqueaban en la cocina al pensar que no verían más al señorito campechano que alternaba con ellas, complaciéndose en obedecer sus mandatos.

Entre cuatro grandes cirios, sobre un tapiz fúnebre y tendido en el acolchado fondo de una caja blanca y dorada como aquella que tanto le había seducido, pasó Juanito la noche, velado por su her-

mano y por Roberto, que de vez en cuando salían al balcón para fumar un cigarro.

A la mañana siguiente llegaron las visitas: el desfile de levitas negras y tupidos velos, el paso por aquella casa de los amigos y conocidos, todos con la enguantada mano tendida, un gesto de amargura en el rostro y la palabra de resignación guardada cuidadosamente para tales casos.

La única nota tierna de aquella ceremonia fría y rutinaria fué el llanto de dos mujeres enlutadas que entraron con timidez, apoyadas la una en la otra. Nadie las conocía, pero iban acompañadas por don Juan.

—¡No le veo... no le veo!...—gimoteaba tristemente la más vieja, moviendo sus grandes ojos mates y sin luz.

La más joven contemplaba fijamente, con estupor doloroso, la alborotada barba del cadáver.

—No, no te acerques, niña—dijo bondadosamente don Juan—. Sería una impresión demasiado fuerte... Sé lo que deseas. Tendrás su cabello; ya arreglaré yo eso en el cementerio.

Y don Juan, empujando dulcemente á Tonica y Micaela, las sacó del salón, mostrando con ellas una solicitud paternal. Las gentes enlutadas que estaban en torno del muerto conocían la rudeza del viejo, y extrañaban su bondad. Las buenas burguesas se habían fijado en la dulce belleza de Tonica, y sin dejar de mover los labios como si rezasen, murmuraron bajo sus velos negros:

—Será su querida.

Sonaron en la plazuela el sordo rumor de muchos carruajes y los gritos de los cocheros. Después un coro de voces lúgubres entonaron la primera estrofa del *De profundis*.

Ya estaba allí la parroquia. ¡Abajo el muerto! Y en el salón sonaron los golpes del martillo sobre las

tachuelas del féretro, que el eco repetía con extraña sonoridad. En la plazuela, los balcones estaban repletos de gente, como si esperase el paso de una procesión. En torno de la cruz de plata agolpábanse los negros bonetes, las rizadas sobrepellices y las lustrosas chisteras del acompañamiento. Allí estaba lo mejorcito de la Bolsa. «Alcistas», que respiraban satisfacción por la reciente victoria; los partidarios de la baja, mustios y desalentados, y los que ganaban siempre, los corredores y sus ayudantes, gente joven y amiga de Juanito, recordando con cierto enternecimiento las bromas que se permitían con aquel barbudo de corazón de niño.

En todo el camino, hasta la puerta de San Vicente, el fúnebre cortejo fué una sesión ambulante de la Bolsa. Aquellos señores, sin acordarse del motivo que les obligaba á andar por las calles en procesión, hablaban de los negocios, de la fuga de Morte, con gran estallido de fin de mes, y de la desesperada situación de los discípulos del famoso banquero.

El nombre de don Antonio Cuadros estaba en todas las bocas. Había huído el día anterior, con el convencimiento de que no podía pagar sus deudas, avergonzado sin duda de su ruina. Unos decían que había salido en el expreso para Francia; otros que estaría en Barcelona ó en Cádiz, esperando ocasión para embarcarse en algún trasatlántico. En América está el porvenir de los desesperados y de la gente arruinada. Teresa debía saber dónde estaba su marido. La fuga era cosa convenida entre los dos: por eso se mostraba ella tan tranquila. Habíase quedado con su hijo en *Las Tres Rosas*, y á todos los que buscaban á don Antonio les contestaban lo mismo. Estaba fuera y no tardaría en volver para arreglar sus asuntos.

Era la fuga del banquero Morte copiada en mi-

niatura. Además, se hablaba de que el señor Cuadros había comprometido en su ruina los ahorros de don Eugenio, confiados á su custodia, y todos se compadecían del pobre viejo.

Podían esperar sentados los acreedores de Cuadros á que éste volviese. Pero como entre ellos figuraban corredores de Bolsa, que se veían gravemente comprometidos de no proceder inmediatamente contra el deudor, en el cortejo fúnebre se hablaba de embargo, añadiendo que tal vez á aquellas horas estaría el Juzgado haciendo el inventario de la tienda.

Y era verdad. A las dos de la tarde entraban en *Las Tres Rosas* unos cuantos señores con papeles bajo el brazo, seguidos por un alguacil. En todo el Mercado, la aparición de los pajarracos de la ley produjo honda emoción. El comercio acreditado, sólido y á la antigua, que se cobijaba en oscuras tiendas, experimentaba esa inquietud que la justicia española despierta siempre en los hombres honrados, de tranquilas costumbres.

¡Qué aspecto el de *Las Tres Rosas*! Parecía la tienda un ser animado que acogía la desgracia con un gesto de resignado dolor. La puerta estaba sin adorno. Sólo algunas fajas y tiras de pañuelos oscuros pendían de los balcones, balanceándolas el aire como sogas de ahorcado. El escaparate tenía un aspecto de vetustez y abandono; el polvo de tres días sombreaba los vivos colores de las telas; y hasta el emblema de la casa, aquel maniquí vestido de labradora, parecía mirar al través de los cristales la extensa y alegre plaza con ojos de muerto. En las puertas de todas las tiendas aparecían las cabezas curiosas de los dependientes, con la misma expresión que si presenciasen el último acto de un drama. Los dueños, de pie en la entrada de sus establecimientos, volvían la espalda á *Las Tres Rosas*

y fruncían el ceño, como si les doliese presenciar aquella catástrofe.

Apenas el Juzgado tomó asiento en la tienda, los pocos dependientes que aún quedaban en ella, como fieles guardianes de la ruina comercial, abalanzáronse á las puertas para cerrarlas, evitando de este modo la expectación molesta de los curiosos.

El escribano había subido al piso principal para hacer ante la esposa de Cuadros las notificaciones consiguientes antes de comenzar el embargo.

Un hombre salió de la trastienda con paso acelerado, como si le persiguieran.

—¡Don Eugenio!—exclamaron los dependientes—. ¿Adónde va usted?...

—Dejadme, muchachos. Ya me ha dicho el señor de arriba que no me marche... Pero primero me matan que me quedo. Yo no puedo seguir aquí... esta no es mi casa... ¡Dejadme pasar!... ¡Abrid la puerta!...

Y el pobre octogenario, con su arrugado rostro de una palidez de marfil, tembloroso y flácido, sin el bastón-muleta que le ayudaba ordinariamente en su marcha, los ojos inyectados de sangre y los ademanes descompuestos, parecía un pobre loco.

Pasó por entre los dependientes de la tienda y del Juzgado, atropellándolos con su débil cuerpo, que parecía fortalecido y vibrante por la indignación; y empujando con el pie una puerta entreabierta, salió de la tienda.

A aquella hora, la plaza del Mercado estaba bañada por el ardiente sol de una tarde de verano. Las moscas, revoloteando en la atmósfera de luz, brillaban como movibles chispas de oro; los tejados destacaban sus agudos contornos sobre el espacio azul y límpido. Frente al Principal, un grupo de soldados comía melones; en las puertas de las tiendas asomaban los dependientes curiosos; un corro

de granujillas del Mercado jugaba á las chapas frente á los pórticos, y el resto de la plaza estaba solitario, con las aceras limpias de cestones y toldos, tostándose sus baldosas con aquella luz intensa y deslumbrante que lo caldeaba todo.

Don Eugenio andaba sin saber adónde dirigirse. Le temblaban las piernas, pasaban tenues nubecillas ante sus ojos y veía confusamente á los dueños de las tiendas, que le seguían con un gesto de compasión ó le llamaban con amistosas señas.

—No, no iré... Yo no tengo derecho á entrar en vuestras casas. Sois los hijos, los sucesores de aquellos comerciantes de mi casta, viejos compañeros que antes morían que faltar á la honradez. No podría entrar en vuestras tiendas: soy el dueño de *Las Tres Rosas*, un quebrado, uno á quien embargan y que ningún comerciante honrado puede considerar como amigo... ¡Ay, mi pobre tienda!... ¡Te has lucido, Eugenio! Sesenta años de honradez inquebrantable, llegar á una edad á que pocos llegan, y todo ¿para qué? Para ver desmoronarse en un día lo que tanto me costó de edificar... Pero ¿en qué tiempos estamos? ¿Qué hombres son estos que se juegan el porvenir, la tranquilidad de la familia, que pierden la honra y huyen tan frescos? La maldita ambición de subir y el salirse de la esfera los pierde á todos... Esta no es mi época... Soy un muerto que por milagro sobrevive... Mis compañeros, mis amigos, hace ya muchos años que se pudren en la tierra... Allí debía estar yo. Juanito, ese chico, es quien lo ha entendido... ¡Claro! Aunque dócil, era también de los nuestros, y ha preferido irse. ¡Ay, Señor! ¿Para esto me habéis conservado la vida?... ¡Llevadme, llevadme pronto!...

Y agitado en su interior por estos pensamientos, avanzaba penosamente, trazando zigzags como si estuviera ebrio, cada vez más pálido y extendiendo

sus brazos al pedir mentalmente que lo arrancasen del mundo.

Había llegado frente á San Juan, y su mirada, cada vez más indecisa y oscura, se fijó en la célebre veleta, en el pajarraco que doraba el sol, dándole el brillo de un ave del Paraíso.

—Aquí fué... Como un perro me dejaron los míos... He trabajado mucho, ¿y qué? Pobre y hambriento me abandonaron, y después de setenta años me encuentro igual en el mismo sitio. ¡Hermoso porvenir!... Sea usted honrado, trabaje usted mucho, para verse arruinado, sin otro recurso que pedir limosna en la puerta de San Juan á los hijos de mis amigos... ¡Ay, mi pobre tienda!... Ha naufragado el barco, y el capitán debe morir. ¿Dónde está la veleta?... ¿Se la han llevado?... ¡Qué aprisa anochece!... ¡Cómo me rueda la cabeza!... ¡Viejo, que te caes!... ¡Señor!... ¡Señor!... ¡Así!

La caída fué instantánea.

Primero se doblaron sus rodillas, quedando de hinojos en aquel lugar donde su padre le había abandonado setenta años antes; después cayó de bruces en la acera.

Los que en tropel salieron de todas las tiendas aún pudieron presenciar la agonía del último veterano del Mercado.

FIN

Valencia, 1894.¹

OBRAS DE D. VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

CON EL NÚMERO DE EJEMPLARES IMPRESOS EN ESPAÑA (*)
DE CADA UNA DE ELLAS, HASTA ENERO DE 1924

□ □ □ □ □

EJEMPLS.

CUENTOS VALENCIANOS..	60.000
LA CONDENADA (cuentos).	64.000
EN EL PAÍS DEL ARTE (viajes).	76.000
ARROZ Y TARTANA (novela).	68.000
FLOR DE MAYO (novela).	80.000
LA BARRACA (novela).	104.000
SONNICA LA CORTESANA (novela).	64.000
ENTRE NARANJOS (novela).	88.000
CAÑAS Y BARRO (novela).	64.000
LA CATEDRAL (novela).	84.000
EL INTRUSO (novela).	68.000
LA BODEGA (novela).	60.000
LA HORDA (novela).	52.000
LA MAJA DESNUDA (novela).	60.000
ORIENTE (viajes).	52.000
SANGRE Y ARENA (novela).	136.000
LOS MUERTOS MANDAN (novela)..	56.000
LUNA BENAMOR (novelas).	48.000
LOS ARGONAUTAS (novela).—2 tomos.	48.000
LOS CUATRO JINETES DEL APOCALIPSIS (novela).	164.000
MARE NOSTRUM (novela).	104.000
LOS ENEMIGOS DE LA MUJER (novela).	100.000
EL MILITARISMO MEJICANO (artículos).	40.000
EL PRÉSTAMO DE LA DIFUNTA (novelas).	44.000
EL PARAÍSO DE LAS MUJERES (novela).	48.000
LA TIERRA DE TODOS (novela).	66.000
LA REINA CALAFIA (novela).	60.000
NOVELAS DE LA COSTA AZUL.	20.000
LA VUELTA AL MUNDO, DE UN NOVELISTA.	40.000

NOVELAS DE PRÓXIMA PUBLICACIÓN

A LOS PIES DE VENUS. EL ORO Y LA MUERTE.
LAS RIQUEZAS DEL GRAN KAN. LA CASA DEL OCÉANO.

(*) En muchas repúblicas de la América de habla española se han publicado numerosas ediciones de estas obras sin permiso del autor.